

HELIOS

❖ JUAN VALERA ❖
SOBRE EL REGIONA-
LISMO Y LA CENTRA-
LIZACIÓN (1) ❖ ❖ ❖

HA sido tan lisonjera y tan honrosa para mí la distinción de que fui objeto cuando me nombrásteis Mantenedor de estos Juegos Florales, que no acerté á disculparme, como debiera, no admitiéndola por inválido y nada á propósito para el caso. El haber aceptado yo algunos meses há empleo semejante que me dieron los segovianos, es una de las razones que he tenido para no negarme ahora.

Bien considerado todo, ni ahora ni entonces debí aceptar. Mil medios tuve para manifestar y probar mi gratitud, sin llegar á la aceptación, incurriendo en gravísima falta. Harto bien sabía yo que mi ancianidad y mi quebrantada salud habrían de impedirme venir entre vosotros.

Desprovisto yo de las excelentes prendas que para ser buen orador se requieren, nunca, ni en la flor de mi edad, me hubiera atrevido á pronunciar un discurso, digno de vosotros, ora improvisado, ora confiado á la memoria. En el día tal dificultad es mayor porque los años han debilitado en mí el vigor de la mente y hasta el brío sonoro

(1) Discurso escrito para los Juegos Florales de Córdoba.—Junio, 1903.

de la voz, que se ha vuelto trémula y fatigosa. Cuando era joven, si el amor propio no me engaña, creo que tenía yo una habilidad que compensaba, hasta cierto punto, otras deficiencias. Yo leía muy bien lo que había escrito. Ahora que estoy ciego, ni siquiera puedo leer. La pérdida de mi vista, además, combinada con el decaimiento general de mi persona, no consiente que yo me presente en público con el debido desenfado y sin lastimosa torpeza.

Bastaba y aun sobraba con todo lo expuesto para justificar mi renuncia y dejaros en libertad de nombrar otro Mantenedor más apto. No lo hice, porque me sentí muy halagado, y porque no supe decir que no á vuestros ruegos. En este momento el único recurso que me queda es triste: es harto poco airoso. Tengo que pedirlos y os pido que me perdonéis el haber aceptado ser Mantenedor, enviando á otra persona para que me represente en ocasión tan importante. Yo espero que mi hijo cumplirá con gusto y bien este encargo que le confío, y espero que vosotros le recibiréis y acogeréis con la misma generosa benevolencia que me habéis mostrado.

La elección que de mí hicisteis para Mantenedor en este certamen literario, tiene más valer y es favor de mayor precio en Andalucía que en cualquiera otra región de la península, porque, á decir verdad, no hay región alguna en España donde el amor de la patria chica se sobreponga menos que entre nosotros al amor de la patria grande, y donde por ser hijo de la región sea alguien predilecto sin atender mucho al mérito, y sea alguien más estimado que otro español cualquiera.

No entiendo yo que proceda de frialdad de alma esta carencia de superior estimación con que los andaluces miramos á nuestros paisanos. Antes bien, procede de afecto menos exclusivo y egoísta y de amor más amplio y de más alto sentimiento de solidaridad fraternal hacia los hijos todos de la madre España.

Si no nos estimamos en más, no es porque falte motivo ó fundamento para mayor estimación, sino porque nos

dicta la conciencia, y ya por reflexión, ya por instinto, comprendemos que todo triunfo, toda gloria, toda nominación que alcanza un hijo de este suelo, es producto y resultado de nuestra peculiar civilización, del espíritu nacional entero, de cuantas son las energías y virtudes de nuestra casta ó de nuestra raza en toda la prolongación de su historia.

¿Quién no siente y no comprende el amor de la patria? Pasión es generosa y pura, gérmen de nobilísimas y grandes acciones. Pero ¿cuál es el verdadero objeto de este amor? Aun sintiendo el amor con vehemencia, es harto difícil á mi ver, definir y explicar el objeto que le inspira. Si es el suelo mismo en que nacimós, ¿hasta dónde se extienden sus límites? Y si estos límites son los de un Estado autonómico é independiente ¿se agranda ó empequeñece el objeto del amor cuando por cualquier evento político, dichos límites avanzan ó retroceden? ¿Deja de existir cuando ya el Estado no existe ó tal vez no existió ó no pudo existir el amor cuando todavía no existía el Estado?

Hablando con mayor claridad y llaneza, antes de que España no fuese más que una expresión geográfica, ¿hubo ó pudo haber españolismo?

Cuestión es esta difícil y complicada, y sería temerario el propósito de resolverla en una disertación que debe de ser muy breve. Nada afirmaré, pues, ni nada negaré sobre lo que fué ó pudo ser el amor de la patria española, seis, diez ó veinte siglos hace. No dilucidemos aquí lo que el patriotismo fué en otras edades. Tratemos sólo de cómo es ó de cómo debe ser en el día.

Las diferentes razas que sucesivamente han inmigrado en nuestra península han llegado á fundirse en una sola. A pesar de los diversos dialectos y lenguas que antes se hablaban ó que se hablan aún, una sola lengua ha prevalecido y ha predominado, dilatándose por todas las regiones de España y por la mayor parte de un inmenso y nuevo continente, por los españoles descubierto, ocupado y civilizado. Valiéndose además de esta lengua, el ingenio

español ha producido obras inmortales que, si no superan, compiten dignamente con las mejores de los pueblos extraños, más inteligentes é ingeniosos. Y bien puede asegurarse, por último, que desde hace cuatrocientos años, al menos, unidas casi todas las gentes de la mayor parte de España en un solo cuerpo de nación, han acometido y llevado á feliz término gloriosas empresas, y si han sufrido reveses, y si en ocasiones se han visto decaídas y prostradas, también han alcanzado victorias cuyo triunfante y frondoso lauro extiende sus hermosas é inmarcesibles ramas sobre cuantas son las regiones españolas y los hombres que en ellas viven.

El españolismo, ó sea el amor de la patria española, tiene, pues, en el día un objeto real y poderoso, fundado en razones claras que sobre todo examen y sobre toda duda prevalecen. La raza de hombres, reducida á unidad desde hace siglos, el habla común con que la raza se reconoce y distingue, y el mismo suelo en que por amalgama y cruzamiento de diferentes pueblos y tribus se ha formado, ha crecido y ha prosperado dicha raza, son la causa y el objeto de nuestro amor patrio.

Aunque no aceptemos, dentro de ninguna religión positiva, un númen tutelar, un arcángel, un santo ó un dios especial y nacional que sea nuestro patrono, todavía la imaginación se resiste á que no se personifique de modo alguno la unidad colectiva, ser del pueblo, y á que se reduzca la personificación de esta unidad á mera figura retórica, símbolo ó alegoría.

No se disipa como vano ensueño, sino que vive y seguirá viviendo en nuestra mente, substancial é imperecedero el Genio español: el Genio de nuestra raza.

Ni en el tiempo ni en el espacio acierto yo, ni creo que acierte nadie, á marcar el término de su actividad y de su vida. De aquí que en el suelo de España, aunque sea siglos antes de que fuese España una nación sola, nos enorgullecemos de los héroes y de los sabios que España tuvo, y los consideramos como cosa nuestra: como nuestro abolengo honroso, aunque debiesen su origen á diver-

sas castas, tuviesen opuestas creencias y hablasen distintos idiomas. Por muchas dudas y vacilaciones que forje nuestro espíritu crítico, siempre nos jactaremos y siempre se regocijará nuestra alma, saludándolos como á compatriotas, lo mismo á Lucano que á Góngora; lo mismo á Séneca, Averroes, Maimónides, Ibn Gebirol y otros sabios gentiles, israelitas y muslimes, que á Luis Vives, Suárez y Melchor Cano; lo mismo á los defensores de Sagunto y de Numancia, que á los de la moderna Zaragoza; lo mismo á Viriato, que al Empecinado y á Mina; y lo mismo á Trajano y á Adriano, que á San Fernando, á D. Jaime el Conquistador, á Pedro III el Grande, á D. Alfonso V el Magnánimo y á otros egregios monarcas de Aragón y de Castilla.

De igual manera que el amor de la patria ó de la raza repugna y rompe todo límite en el tiempo, en el espacio también le repugna y le rompe. Separados están ya de nosotros, después de sangrientas luchas fratricidas y de mortales odios, cuantos vivieron sometidos al imperio español y al cetro de nuestros reyes durante cerca de cuatro siglos, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes; pero la filiación persiste y todavía miramos y celebramos como ventura propia el bien ó la prosperidad que logren los habitantes de aquellas tierras remotas, y todavía nos gloriamos de los ilustres varones que por allí han nacido, tanto ó casi tanto como si fuesen naturales de nuestra provincia, de nuestra ciudad natal ó de nuestra aldea.

Valgan para ejemplo y prueba de esta verdad el venezolano Andrés Bello, ambos Caros de Colombia, los argentinos Marmol y Andrade, y la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, por nosotros estimados y queridos como los andaluces Lista y Tassara, pongamos por caso. Y no pongo por caso á otros, no por tibieza de amor, sino porque la severa justicia no lo consiente. A demostrar la imparcial equidad de nuestro afecto, basten el anhelo que sentimos y la esperanza que tenemos de que la América española produzca en lo futuro poetas, sabios

y hombres de Estado que compitan con los más eminentes de España y de toda Europa.

Esta idea tan vasta y tan comprensiva, objeto del amor de la patria grande ó, mejor dicho, del amor de la raza, no debe de oponerse, ni en realidad se opone, al íntimo y eficaz amor de la patria chica, del cual amor procede un legítimo regionalismo, hermoso y útil cuando no se perverte.

Al pensar yo en estas cosas voy más allá todavía. Se me figura que sin el amor de la patria chica, sin un regionalismo recto y bien entendido, el amor de la patria grande es pura vanidad y dá por único fruto estéril jactancia. Es menester amar con toda el alma la provincia, la ciudad natal, la aldea y hasta la casa ó la choza en que nacimos, para dilatar luego este amor y hacerle fecundo, difundiéndole sobre cuantas regiones forman ó formaron la patria á que pertenecemos y sobre cuantos hombres la habitaron ó la habitan. Es indudable que si no hubiera habido cordobeses que abandonasen esta ciudad y fuesen á Alejandría y á Creta, ni aragoneses y catalanes que pasasen á Oriente á combatir contra turcos y griegos, ni Pinzones y otros andaluces atrevidos que acompañasen á Colón ó siguiesen más tarde su rumbo y sus huellas, ni Gran Capitán en Italia, ni Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada en las Indias, ni tantos otros enérgicos aventureros que abandonaron la patria por sed de gloria, de nombradía y aun de bienes de fortuna, ni hubieran sido nuestros padres los que descubrieron, conquistaron y civilizaron el Nuevo Mundo, ni hubieran prevalecido en el antiguo llenándole con el estruendo de sus armas y procurando conservar en él sin rompimiento ni quebranto el alto principio informante, unidad radical y estrecha lazada de la civilización europea.

Hoy los tiempos son otros: la suerte, las circunstancias, el destino, ó hablando religiosamente, según debemos hablar, la Providencia del cielo, conduce por otros medios y lleva por otra senda al humano linaje.

Como quiera que ello sea y aunque nos cumplierse re-

presentar hoy idéntico papel al que hace tres ó cuatro siglos representamos en el drama de la historia, no todos, sino muy pocos, están llamados y menos aún son elegidos para representantes.

Y no es la villa y corte de Madrid el teatro más adecuado para que tal representación logre buen éxito y merecido aplauso.

Ya se entiende que yo condeno como perniciosa manía el prurito que sienten hoy muchos de los que valen ó creen valer algo, de abandonar el lugar que los vió nacer y de irse á Madrid en busca de reputación, de mando ó de influjo.

No para censurar á los otros, sino porque desengañado yo y cargado de años, así lo siento, empiezo por censurarme á mí mismo. ¡Cuánto más me hubiera valido, cuánto más útil hubiera sido yo á la patria grande, si nunca hubiera salido de la patria chica, si hubiera vivido siempre en mi lugar sin mezclarme en nuestras cuestiones políticas, casi siempre estériles, cuando no dañinas, cuidando de mi corta hacienda, acrecentando algo la riqueza pública por virtud de este cuidado, y tal vez plantando vides y olivos y creando algún bonito huerto!

El prurito de notoriedad, el afán de lucirse, es mal gravísimo cuando se apodera de muchas personas y viene á ser á modo de epidemia. Se busca lo inaudito para llamar más la atención cuando se habla; y, cuando quiere convertirse en acción el pensamiento y la palabra hablada, se pugna por derribar leyes, creencias y seculares instituciones, y por fundar y establecer otras nuevas, monumento donde quede grabado nuestro nombre con indelebles caracteres. De aquí el empeño de hallar mal todo cuanto existe y de querer reformarlo; de aquí que no se cumplan las leyes vigentes, porque ya se han desacreditado, y se espera que muy pronto han de ser derogadas y reemplazadas por otras mejores; de aquí la inestabilidad del poder, el súbito encumbramiento, la rápida caída y la disolución de los partidos; y de aquí, por último, la larga serie de mudanzas, novedades y reformas

en constituciones, leyes orgánicas y dirección y administración de los públicos intereses.

Durante todo el siglo que terminó poco há, se han sucedido sin vagar ni reposo las novedades y mudanzas aludidas, pocas inventadas ó imaginadas entre nosotros, muchas importadas de países extraños y adoptadas por moda. Y como apenas hubo nada nuevo que se aceptase y plantease sin resistencia, hubo de tomarse como motivo ó pretexto para resistir y hubo de servir como arma de partido, ya el conjunto mal interpretado de venerandas doctrinas de procedencia sobrehumana, ya el fingido modo de ser de edades pasadas, que nunca fueron como hoy se sueñan, y que si tales fueron son irrevocables y no volverán nunca.

Tanta divergencia de opiniones y tanto furioso empeño de que cada una prevalezca en la práctica, han sido causa de incesantes trastornos y de prolongadas contiendas civiles en las que se ha consumido mucha riqueza, se ha creado, una deuda enorme y se ha derrochado la actividad de muy claros y briosos entendimientos y voluntades que sin duda en mejor empleo hubieran dado sazonados frutos. ¿Y cuáles son los que han dado durante todo el siglo XIX? Prolijo sería enumerarlos. Baste recordar el más amargo: la pérdida de nuestro inmenso imperio colonial, el mayor que ha tenido en el mundo nación alguna.

Imposible parece que después de lección tan cruel no haya sobrevenido el saludable escarmiento; que todavía no nos aquietamos; que descontentos todavía de lo que á fuerza de variaciones y de ensayos hemos creado, anhelamos loca y tercamente que se cambie ó que se reforme; que todavía se propale como salvadora y profundísima sentencia que es menester hacer la revolución, ora sea desde arriba, ora sea desde abajo. ¿Pues qué, no sería mejor, hartos ya y escarmentados de revoluciones, que nos estuviésemos quietos para que con el sosiego y la paz, recobrase la nación la fuerza perdida, se hiciese más próspera y rica y lograrse con el sentimiento de la recobrada

fuerza la fe que va perdiendo y la enérgica confianza en sus altos destinos?

Nadie ha censurado más que yo el vicio, llamémosle así, de ingerir consideraciones políticas en discursos que debieran ser meramente literarios y de que tales consideraciones puedan calificarse de terapéuticas, ya que propenden á curarnos de enfermedades de que se supone á toda la nación poseída. Yo, sin embargo, me disculpo de esta acusación, que parece tener apariencia de justa, afirmando que mi panacea consiste en no tener ninguna; en que no haya y en que no nos propinemos más medicamentos que el reposo. Con él y sólo con él curará la naturaleza al cuerpo social si está enfermo, levantará su ánimo si yace postrado y le infundirá vigor y aliento para nuevas y altas empresas, cuando reposando vuelva á adquirir la robustez pasada.

Tales pensamientos no deben calificarse de extrañas divagaciones si se considera que los hace nacer en mí el concepto que tengo de la riqueza natural de nuestra fértil provincia, de lo salubre y templado de su clima, de la privilegiada disposición que hubo siempre para las letras y las artes en la tierra natal de Juan de Mena, de Fernán Pérez de Oliva, de Ambrosio de Morales, de Pablo de Céspedes y de Angel de Saavedra, y de la aptitud y de la actividad infatigable de que están dotados los cordobeses para la industria y la agricultura. Este concepto aparece más vivo en mi alma y mucho más rico de esperanzas, cuando me figuro y represento la animación, el lujo, la alegría y la importancia de los contratos que suele haber en nuestra espléndida feria. ¡Cuánto mayor no sería el auge de tales bienes si no abandonásemos el generoso suelo que los produce y si nos dedicásemos con mayor afán á fomentarlos, empleando en ello tanta labor, tanta inteligencia y tanto tiempo hoy en la política malgastados y perdidos!

En otras artes y ciencias, menos brillantes pero más útiles, hemos sido hártamente infecundos. De fuera nos han venido casi todos los inventos que suavizan la aspereza de

la vida humana: la sumisión á nuestra voluntad y á nuestra inteligencia de fuerzas naturales ocultas antes ó no dominadas por el hombre, y con cuyo auxilio y virtud fijamos las imágenes, conservamos la voz y la palabra, la transmitimos á larga distancia con la rapidez del rayo, logramos cierta ubicuidad conversando unos con otros desde remotos países, y acortamos las distancias que nos separan, transportándonos corporalmente y transportando nuestras mercancías con velocidad increíble desde un extremo á otro de la tierra. Nada de esto se ha conseguido perorando en los clubs y discutiendo y legislando en los parlamentos.

España, fuerza es confesarlo, si bien en elocuencia, en poesía, y tal vez en bellas artes, está hoy al nivel de las demás naciones, en cultura material, en riqueza y en el consiguiente poderío que de ella nace, se ha quedado muy atrás y va como á remolque con angustiosa fatiga. De aquí nuestra postración y abatimiento.

¿Cómo no he de aplaudir yo y ver con simpatía y con deleite estos Juegos florales, certámenes abiertos al saber y al ingenio? Grato indicio dan de la persistente y fecunda civilización de nuestra raza. La prueba, sin embargo, será más clara y más evidente cuando estas justas mentales, gala y flor de la cultura, sean complemento y corona de renacida prosperidad ó de adelantos materiales que, haciéndonos más ricos, nos hagan más fuertes y nos infundan mayor confianza en el valer propio.

Los problemas sociales y religiosos de que tanto se habla en el día, sobresaltándonos y enemistándonos con la amenaza de su violenta y disparatada resolución, sin duda que no son para puestos de continuo en tela de juicio. Tal vez pretenda el hombre en su vanidosa demencia resolver lo que está prescrito y trazado providencial y naturalmente, y dentro de lo cual, sin mutación alguna, cabe todo progreso. Pero si es menester que se resuelvan y han de resolverse algún día tales problemas, ya lo resolverá Dios con lentitud suave y con infinita y bondadosa sabiduría; ya surcitará para ello, cuando llegue la hora, en

vez de embaucadores ó ilusos Dulcamaras, apóstoles ó videntes maravillosos.

Con dos meses de cada año, si desechamos el prurito nefando de legislar, de cambiar ó reformar, habría de sobra para pedir cuenta al Gobierno del dinero gastado y para presuponer los nuevos gastos y los nuevos ingresos. Con esos dos meses, aprovechándolos bien, habría igualmente de sobra para que los sabios y oradores de veras pronunciasen discursos útiles, luminosos, bellos y hasta inmortales. ¿Por qué no habríamos de refrenar un poco la desmedida facundia?

Si bien se mira, todas las oraciones que nos quedan de Demóstenes y de Cicerón, caben en un solo número del *Diario de Sesiones*, aunque se las ilustre con notas críticas, escolios y comentarios.

Por lamentable estilo suele abusarse en el día de los epítetos, y á fin de que los partidos no tengan sólo razón de ser en la diversa conducta, más ó menos atinada de los hombres que los dirigen, se presentan y suscitan problemas sociales y religiosos, cuya pronta y definitiva resolución se supone en manos de cada partido, y que cada partido ha de resolver á su manera.

De aquí las interminables discusiones, la imposible avenencia, la constante inquietud y tal vez la guerra civil, por último; pero si conviniésemos en vivir bajo una legalidad común, en renovar poco las leyes, no legislando sino lo absolutamente indispensable, y en exigir de los poderes del Estado, no leyes nuevas, sino el estricto y severo cumplimiento de las que ya hay, de seguro que bastaría y aun sobraría con dos meses cada año de debates parlamentarios en las Cortes del Reino. ¡Cuánto más eficaz y tranquilamente se resolverían esos tremendos problemas sociales y religiosos, no discutiendo con vana profundidad ó sutileza, ni menos altercando frenéticamente, sino trabajando en su lugar cada individuo y procurando el aumento de la riqueza pública, del bienestar, de la ilustración, de las buenas costumbres y de la enérgica y salubre vitalidad de la raza de que forma parte.

Los más árdulos problemas han de resolverse aquí con trabajo é ingenio y no legislando ó promoviendo discordias en la capital de la monarquía. Oradores tan admirables como en Francia, Inglaterra y Alemania hemos tenido en nuestro país, durante el siglo XIX, y de nada ó de poco nos han valido.

Otros son los problemas que nosotros tenemos á nuestro alcance y que nos toca resolver: que de nuevo y en mayor abundancia se planten y den frutos nuestros viñedos destruídos por la filoxera, y que los vinos de Montilla y de los Moriles compitan, venzan y logren más precio y más fama que los del Rhin, Borgoña y Burdeos; que nuestro aceite sea más y mejor que el de Niza y Marsella; que fecundada nuestra flora por hábil empleo de regadíos y de abonos, produzca en profusión sazonadas frutas, legumbres y flores; que industrias desaparecidas ó decaídas ya entre nosotros, como la de orfebrería y la de los famosos cueros ó guadamesíes ó reaparezcan ó sean reemplazadas por otras; que en nuestras dehesas no se críen sólo toros bravos para la lidia, sino también mansas y ubérrimas vacas que nos den sabrosa leche y exquisita manteca; que nuestros caballos tengan ó vuelvan á tener más hermosa estampa que los ingleses, y sean más ágiles y veloces en el salto y en la carrera; que se procure que se multipliquen y vuelen más por nuestros campos las perdices y los zorzales que la langosta; que en vez de feos sapos en charcas sucias, el arte del piscicultor haga bullir en los cristalinos arroyos y limpias acequias, millares de truchas asalmonadas y de apetitosos cangrejos; que haya entre nosotros menos reformadores políticos, menos sociólogos, como se dice ahora, y muchos más mineros zahoríes que descubran los subterráneos escondidos tesoros y los saquen á la luz del claro día; y, por último, que las discretas y gentiles mujeres cordobesas, cuyos encantos y excelencias he celebrado yo años ha, en el más entusiasta y menos malo de todos mis escritos, no necesiten para vestir con primor y elegancia, hacer venir de París ó de Londres casi todos sus adornos, tocados, trajes, cos-

méticos, perfumes, joyeles y modas. Tales venturas y otras mil por el estilo deseo yo y me atrevo á vaticinar, con ocasión de estos juegos florales, para mis amables paisanos y lindas paisanas, á quienes, ya que no puedo corporalmente hallarme entre ellos, envío el más cariñoso saludo con toda la efusión de mi alma.

Deseo igualmente que las obras presentadas en el certamen, así en prosa como en verso, vayan más allá de las esperanzas que hemos concebido, y no sólo merezcan el premio, sino general aplauso de todos los españoles y gloria duradera en las edades futuras.





ANTONIO MACHADO

❖ POESÍAS ❖ ❖ ❖ ❖

..... EL POETA VISITA EL PATIO
DE LA CASA EN QUE NACIÓ

*El suelo es piedra y musgo; en las paredes
blancas agarra desgredada higuera...*

*El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta,
sobre el encanto de la fuente límpida,
y allá en el fondo, sueñan
los frutos de oro...*

*Es una tarde clara,
casi de primavera,
tibia tarde de Marzo,
que el hálito de Abril cercano lleva;
y estoy solo en el patio silencioso,
buscando una ilusión cándida y vieja;
alguna sombra sobre el blanco muro,
algún recuerdo, en el pretil de piedra
de la fuente dormida, ó, en el aire,
algún vagar de túnica ligera.
En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera.*

*Ese aroma que evoca los fantasmas
de las fragancias vírgenes y muertas.
¡Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, ¡ay! tú me traías
el buen perfume de la hierba buena,
y de la buena albahaca
que tenía mi madre en sus macetas!
Y tú me viste hundir mis manos puras
en el agua serena
para alcanzar encantados los frutos
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...
¡Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
casi de primavera!*

•• •• •• EL POETA RECUERDA Á UNA
MUJER DESDE UN PUENTE DEL GUA-
DALQUIVIR •• •• •• •• •• •• •• ••

*Sobre la clara estrella del ocaso
como un alfanje, plateada, brilla
la luna en el crepúsculo de rosa
y en el fondo del agua ensombrecida.
El río lleva un rumoroso acento
de sombra cristalina
bajo el puente de piedra. ¡Lento río,
que me cantas su nombre, el alma mía
quiere arrojar á tu corriente pura
la ramita más tierna y más florida,
que encienda primavera
en los verdes almendros de tu orilla!
Quiero verla caer, seguir, perderse
sobre tus ondas limpias. .
Y he de llorar... Mi corazón contigo
flotará en tus rizadas lejanías.*

*¡Oh, tarde como aquella, y río lento
de sombra cristalina!...
Sobre la clara estrella del ocaso
la argéntea luna brilla.*

..... EL POETA ENCUENTRA ESTA
NOTA EN SU CARTERA

*A la desierta plaza
conduce un laberinto de callejas.*

*A un lado, el viejo paredón sombrío
de una ruinoso iglesia;
á otro lado, la tapia blanquecina
de un huerto de cipreses y palmeras,
y, frente á mí, la casa,
y en la casa la reja,
y los cristales túrbidos que empañan
su figurilla plácida y risueña.*

*Me apartaré. No quiero
llamar á tu ventana... Primavera
viene—su veste llanca
flota en el aire de la plaza muerta; -
viene á encender las rosas
rojas de tus rosales... Quiero verla...*

... Y ESTAS PALABRAS INCONEXAS ...

*¡Oh, sola gracia de la amarga tierra,
rosal de aroma, fuente del camino!
Auras... Amor. ¡Bien haya primavera;
bien haya Abril florido,
y el solo amado enjambre de mis sueños,
que labra miel al corazón sombrío!...*



G. MARTINEZ SIERRA

❖❖❖ GALDÓS ❖❖❖

EN el intelecto de las multitudes hay siempre un algo de aquel buen burgués, que cimentaba su admiración por Apeles Mestres en el hecho de creerle obligado á dibujar uno por uno los cientos de ejemplares del periódico.

Y de ahí que la popularidad de Galdós dependa casi tanto como del mérito indiscutible, de la abundancia de obras.

No únicamente la admiración popular, la crítica misma detiéndose casi trocada en inconsciente ante labor que se impone con el imperio innegable de la grandeza. Y es lástima, porque si de cierto esta fecundidad gloriosa, que como el amor *cubre la multitud de los pecados*, puede ser parte á disimular descuidos y lunares, no es menos seguro que, otorgada así en bloque; la admiración deja pasar inadvertidas no pocas bellezas, que sólo á un análisis sutil, escudriñador é imparcial por sereno, es dado descubrir y justipreciar.

Diráse que las excelencias de la labor galdosiana no son de índole tan íntima que escapen á

la observación más somera; que con refulgencia de joyeles campan á flor de página, y que lerdo ha de ser quien no acierte á atisbarlas con prontitud y facilidad. En cierto sentido, verdad: Galdós no es un íntimo en literatura. Su personalidad tiene precisamente puesto de honor en el campo antagónico al de aquéllos á quienes Ma-caulay llama «mendigos de la celebridad, que excitan la compasión de los inexpertos, ofreciendo en espectáculo la miseria y las llagas de sus corazones». Galdós se oculta dentro de su obra, hasta el extremo de que jamás viene á la voluntad el impulso de buscarle. Tan rotundamente niega el don de su alma, que á nadie se le ocurre llamar á su puerta para pedírselo.

Goethe, dice hablando de sí mismo: «Todos mis libros son fragmentos de una confesión general». Galdós no se confiesa con el público, acaso porque le tiene en poco.

Y tan hecho está el público á esta ausencia perdurable de su autor predilecto, que cuando en raras ocasiones—en obras de teatro especialmente—aparece ó intenta aparecer un vislumbre de presencia evidente, no sólo no le acoge con cariño, sino que le rechaza, juzgando acaso fingimiento aquella sinceridad tardía.

Conste que no creo esta impenetrabilidad defecto, sino matiz y matiz digno de loa, en cuanto que afirma el dominio y la supremacía del autor sobre su propio espíritu, al cual ha logrado emancipar de la pesadumbre de su obra. Esta carencia de *personalismo* constituye una personalidad como otra cualquiera, hartó más apreciable que muchas otras: ella es la que comunica á las creaciones literarias aquella universalidad propia de la

epopeya, aquel ser comprendida y gustada por todo el público su contemporáneo, aquel aroma de compenetración que es vida de los grandes poemas primitivos, en que sentía el pueblo y el poeta cantaba.

De los paganos á Homero, al grande Ambrosio de los cristianos, muestra Menéndez y Pelayo como ejemplo de aquellos que, diciendo de cosas grandes, velaron su alma con su decir.

No son estas delicadezas, procedentes de la intimidad del artista consigo mismo, las que pueden quedar inadvertidas á la crítica somera; precisamente tienen las tales cuando existen aroma tan penetrante que traspasan al primer choque la más dura epidermis intelectual y emotiva. ¿Quién, por frívolamente que haya leído habrá dejado de penetrar la melancólica amargura de Becquer, el orgulloso adoloramiento de Byron, y para hablar de contemporáneos vivos, el socarrón escepticismo de D. Juan Valera, el empaque fidalguesco de D. José María de Pereda?

Nada sabemos del alma de Galdós y nada nos importa de ella; pero grandemente nos importa é interesa lo que él pueda decirnos de otras almas, y aquí de las bellezas ocultas, porque el autor de *Marianela* es sutil y sagaz escudriñador de complicadas psicologías.

Dícese que recibe á menudo mujeriles confidencias, que se asemejan harto á cuchicheos confesionales: yo sólo sé que es gran penetrador de repliegues y que anda por los laberintos de la humana conciencia con desenvoltura de rancio conocedor. Formidable curioso de almas debe de ser, y fervoroso enamorado del *elemento humano* de la vida; tanto, que hasta las ideas trueca en

hombres y en mujeres. Razón ésta y tal vez causa de su inevitable simbolismo, que no juzgo de origen voluntario, sino impuesto por la obra misma, como brote y florecimiento de ella.

Hoy—fuera está de duda—Galdós es simbolista, sabe que lo es, mejor dicho, ha descubierto que lo es, y quiere serlo; pero, cosa admirable y peregrina, sus figuras simbólicas de hoy, son menos poderosas, como tales símbolos, que aquellas otras que en sus primeras obras surgieron didácticas, sin pretenderlo el autor, por la fuerza misma de la idea en ellos encarnada. ¿Qué se hace la figura de Pantoja, puesta frente á frente de aquella incomparable María Egipciaca?

Es el símbolo virgen por siempre, y no se rinde á los forzadores. Paréceme que este exclusivo y extremado amor á lo recóndito humano, fuente de las mejores excelencias en el arte de Galdós, es también origen de su mayor defecto: la carencia de poesía.

La poesía en el arte de novelar, resulta de dos co-agentes que pudieran llamarse accidentales ó accesorios: son ellos la emoción y la naturaleza, la naturaleza sobre todo. Es la emoción un episodio hartamente fugitivo en la vida del alma. La naturaleza es, si vale decirlo, un *episodio permanente*, puesto que nos envuelve á toda hora, y en ella vivimos; pero como el alma posee la facultad de entrar en ella ó rechazarla, resulta á la postre tan fugitivo como la emoción, más aún; porque si es difícil encontrar un espíritu que no haya pasado siquiera una vez por el patético episodio emocional, es hartamente fácil y por desgracia lastimosamente frecuente, el topar seres, y entre los muy humanos, que jamás gozaron ni han de gozar un

solo instante de compenetración con la naturaleza. Juicio temerario, de que rehuso hacerme responsable, sería al incluir á Galdós entre los privados del don de gustar las exteriores y no humanas bellezas; pero creo firmemente que no es de ellas grande amator, y que no habría, como San Agustín, de sentir amarguras indecibles al solo pensamiento de que un instante único callase para él enteramente lo creado; la tierra, las aguas, los cielos: porque tengo para mí que la voz de los cielos y de las aguas y de la tierra, no conmueve gran cosa al autor de *Alma y vida*, y hasta me atrevo á suponer que ha de holgarse en que todo lo exterior calle para dejar hablar al hombre, como calla la tierra en la noche para que hable el Silencio.

Por eso, la poesía de la emoción prodúcela Galdós en muchas de sus obras, especialmente en aquéllas sus novelas de la primera época, porque después el desenvolvimiento prodigioso de la facultad crítica y escudriñadora ahoga el escalofrío emotivo en desmenuzamientos de sabio análisis; pero la poesía natural—el sol y el aire rebrillando y aleteando de página en página—faltan en sus libros.

Son antipictóricas, acaso por sobrado minuciosas, todas sus descripciones de ambiente; nunca la acción de sus novelas queda en la memoria engastada dentro de un paisaje que le sea inherente, inevitable; sus héroes viven en el mundo, en cualquier parte del mundo; tanto da, porque su mundo lo llevan en sí mismos.

La poesía es ritmo, y el muy poeta es, sin pretenderlo, buen estilista; Galdós, que no es poeta, no es tampoco estilista; en su obra prodigiosa

cabe decir no pocas veces de la forma: ¡pícaro forma! Es lástima: yo creo que quien tiene la dicha de poseer grandes ideas está obligado á decir las con hermosísimas palabras, Y luego la perfección de estilo es la única posible de adquirir entre las perfecciones, en materia de arte: las otras son dones; sólo ella es conquista, ¿por qué no conquistarla? Ideas soberanas en palabras vulgares, almas radiantes en cuerpos contrahechos, mueven á cierta compasión irónica, y es mengua el exponerlos, engendrador de su esencia clarísima, á inspirar tan mezquino sentimiento.

Verdad es que cabe decir: Esta llaneza de dicción y de frase, esto de que en toda una obra gigantesca no se halle una palabra que deje de comprender, ó un giro que no sea capaz de emplear el más iletrado de los lectores, constituye cierta perfección de misericordia, cierta sublimidad de adaptación de que sólo son capaces intelectos tan enamorados de la idea, que, prefiriéndola, en cierto modo, á la obra, por hacerla triunfar no vacilan en presentarla á los ojos de las multitudes, escasa de galas y pobre de atildamientos.

Sofisma fuera éste, contenedor de no poca recóndita verdad. Galdós es incansable propagandista, no sólo por amor á una doctrina, sino también por afición á la propaganda misma. Esto que, en obra poética sería gran defecto, porque, como ha dicho un crítico ilustre: «el error más grande en que puede incurrir un poeta es proponerse filosofar», en las novelas es sal y aditamento de mucha habilidad, y les comunica cierta fuerza interior, noble y gallarda, levantándolas muy por sobre el nivel de la vaga y amena lite-

ratura. Ello precisamente es lo que ha ganado para el nombre de Galdós la suprema gloria de ser, al mismo tiempo que ensalzado por muchos, odiado de no pocos. Esta cualidad, pasando de la novela al teatro se cambia en defecto, porque Galdós, no satisfecho con predicar su idea por medio de la acción, ha querido que sus personajes la prediquen con él, por medio de la palabra.

He de decir—ya que viene á cuento—cómo admiró á Galdós por su teatro al menos tanto como por sus novelas. Autor dramático, es en la concepción potente, firme en el desarrollo, muy personal y de entre los *modernos*—en todos los sentidos de la tal palabra—el único que á veces resulta genial.

Hable por mi opinión, en el maravilloso tercer acto de «Alma y vida» aquella escena de las moriscas, aquel pasar de la tormenta sobre la tierra y sobre las almas, aquel aletear de la muerte, que atisba quedito para mejor herir. Es de mera honradez afirmar que en todo el teatro de Maeterlinck, el gran sugeridor, y por lo tanto, según mi entender, el gran dramaturgo, no hay nada que aventaje á estas escenas.

En ocasiones—atavismo simpático de toda la generación nuestra contemporánea—corren brisas shakespirianas sobre la concepción dramática de Galdós. Aquel llegar de los pastores en el acto segundo de la misma «Alma y vida» tiene el gallardo al ento que sacó de la nada la feroz catarata de Caliban. Fugazmente, es también en sus dramas gran poeta.

Estas son las bellezas indiscutibles y poderosas de su dramática. En cuanto á defectos están en ella como en toda su obra los inevitables de su

robusta personalidad. Ya he dicho que *sermonista* por naturaleza abruma á pensamientos á sus personajes, que apenas pueden levantar la cabeza bajo la pesadumbre de tanta idea; y es de dolerse, porque apenas los deja abandonados á sí mismos triunfa y convencen.

«La sobra de ingenio mata la comedia», se ha dicho, y creo que pudo añadirse razonablemente: «la sobra de pansamiento la impide nacer». Inspiran á las veces honda conmiseración aquellos cuitados que han de pasarse la comedia entera escuchándose mutua y constantemente tantas abrumadoras metafísicas.

Pienso que Galdós desconfía con exceso y sin fundamento de su poder sugeridor ó de la inteligencia del público: de aquí el obligar á sus personajes á gastar la vida que les da en explicarse y descifrarse á sí mismos y ante los demás; es éste lamentable defecto, porque á la larga produce tedio en el espectador, á quien se priva del incentivo engolosinante del comprender y aun adivinar merced al propio esfuerzo, especie de colaboración que halaga muchas inconfesadas y aun inconscientes vanidades.

La lógica tremenda del autor perjudica en ocasiones á la naturalidad del diálogo. Preguntas y respuestas, argumentos y réplicas, se suceden con dialéctica formidable; matíz por matíz vánse atisbando los interlocutores pensares y sentires, y van de ellos esprimiendo jugo y aroma, con seguridad de juicio rayana en lo implacable; y así faltan en el decir las divinas incoherencias, los balbuceos maravillosos que acusan el paso de la vida por los reinos de la intelectualidad. Así no existen las emociones dormidas en silencio, las ínti-

mas palpitaciones hechas carne en palabras que suenan á enemigas y son amparadoras.

La exposición es en los dramas de Galdós lenta y solidamente cimentada. Merced á tal procedimiento, es justo confesar que el ambiente de la obra queda asentado con incontrastable fijeza; el espectador vase empapando en él como se empapa la tierra en el agua mansa de las lluvias temporales. Lícito es todo procedimiento cuándo artísticamente se emplea; pero tengo yo en más que esta acción poderosa por envolvente, la soberana por penetrante con que muchos de los grandes dramaturgos modernos.—Benavente en España, y tantos otros fuera de ella—imponen con una frase única no sólo el ambiente, sino el espíritu de todo un drama.

Comienza el primer acto de *Alladine et Palomide*. En los jardines de su palacio el viejo rey Ablamore, inclínase sobre Aladine que duerme, y dice:

—*Je crois que le sommeil regne jour et nuit sous ces arbres. Chaque fois qu'elle y vient avec moi, vers le soir, elle est à peine assise qu' elle s'endort. Il faut, hélas que je m'en réjouisse!...*

Y la melancolía punzante de todo el drama, hiere con la saeta de estas pocas palabras el alma del que escucha; y vence.

Borrando faltas y eclipsando méritos, hay en el arte de Galdós cosas que ni en la una ni en la otra categoría pueden incluirse, y que son, sin embargo, gran parte á sustentar su triunfo. Cosas que, por llamarlas de algún modo, llamaremos *aciertos*. ¿Intuiciones acaso? ¿Acaso producto de hondo meditar?

Son ellas, en la novela, el haberse acogido en

toda ocasión á banderas simpáticas; á la historia primero, á la libertad siempre. Son en el teatro la amplitud mayestática de los asuntos, tan grande que hollando con las plantas la tierra, ocultan la frente en las brumosidades de lo muy alto; la intervención de lo sobrenatural, á tiempo siempre, y siempre con grandeza... y así de muchas, hasta la habilidad menuda para elegir títulos, hasta el mañoso introducir en sus novelas de lo que Brunetiere llamó con cierto ingenio «conflicto de la alimentación», en realidad de verdad fuente perenne de interés. Aquellas salidas á la compra de la esforzada Cruz, esas rebuscas de la simpatiquísima Cigüela.

Y hablando—ya que como traída por la mano llega oportunidad—de las mujeres creadas por Galdós, es de apuntar una contradicción bien peregrina. Vayan surgiendo *ellas*, las siempre bienvenidas, de entre las páginas admirables. Miren la triste Marianela cómo vive con la más alta vida, que es la del amar y el sufrir: y miren Inesilla, la dulce sabidora *desde hace mil años*, y María Egipcíaca la funesta, y su rival Pepita, la muy mujer; y aquella incomparable Irene, y aquella Cruz la dominadora, y aquella Nieves la santa, y aquellas tres hermanas que aman y burlan en *Lo prohibido*, y tantas más. ¿No son todas mujeres de sangre y carne, mujeres con alma de mujer? ¿No vienen deseos de adorarlas ó de aborrecerlas, con tal intensa realidad viven ante nosotros?

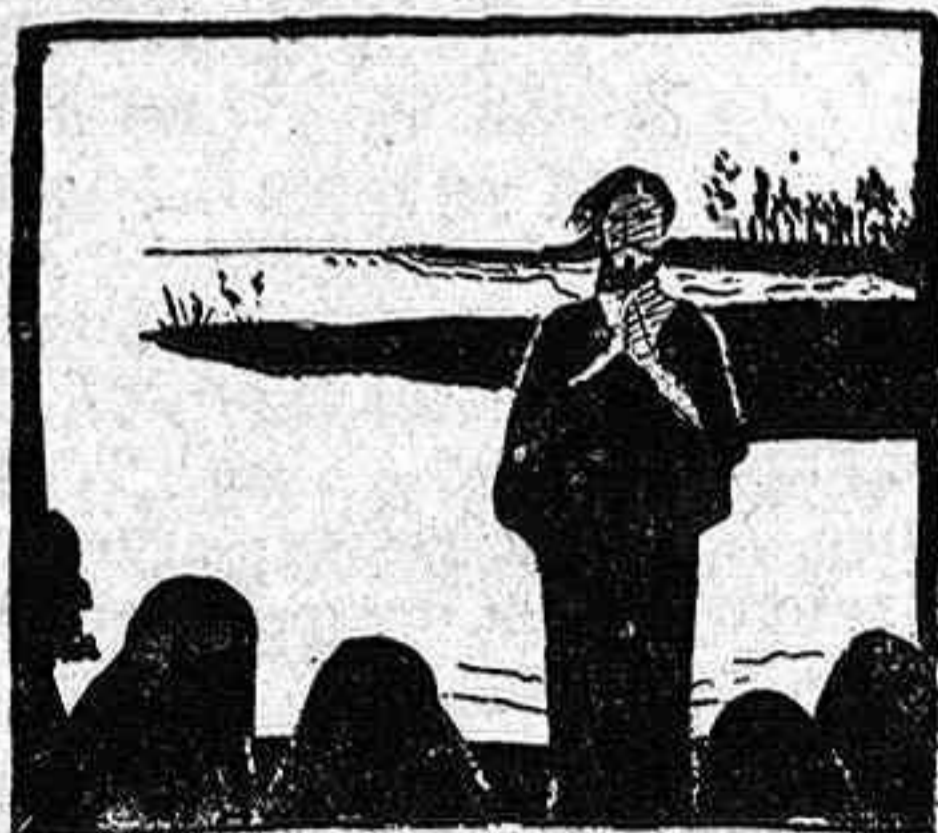
Y mirad las mujeres de su teatro: Electra, la condesa Rosario, hasta la complicada Augusta, ¿no son pueriles, deleznable, tocadas de convencionalismo? ¿Por qué? Misterio y gran misterio. Acaso Galdós, que ve las mujeres de sus novelas

á través de la vida, ve por irremediable espejismo las heroínas de sus comedias á través de la interpretación más ó menos falsa de una actriz cualquiera.

De insuficiente y aventurada peca semejante explicación, porque es lo cierto que con los caracteres de hombre no le sucede esto.

Gustoso es hablar de los grandes. He dicho como sé algo de lo mucho que sobre Galdós pienso: de su fortaleza, de su parentesco, en ocasiones íntimo, con el genio, de su innegable grandiosidad, de sus flaquezas; digamos en honor de la justicia, de las que yo tengo por tales.

Y á quien tachare este escudriñamiento de impertinente y hasta enfadoso, responderle han por mí palabras del propio Galdós, que dicen: «La admiración engendra la curiosidad.»



DON RAMÓN DE LA
CRUZ ❖ EL TEATRO
POR DE FUERA ❖ ❖
SAINETE INÉDITO (1)

... .. PERSONAS

<p>ALFONSA. { PACA. { Naranjeras. BASILIA. { BLASA. { DON PATRICIO, hidalgo de lugar. DON JUAN, su amigo. UN ABATE. PERICO. { EUSEBIO. { Chisperos. DOÑA FRANCISCA. DOÑA ANTONIA.</p>	<p>ISIDRO. { JUAN. { JUDAS. { Apasionados. LUIS. { ANTONIO. { FÉLIX. { PEPE. { UN COCHERO SIMÓN. UN OFICIAL DE GUERRA, CON SU TROPA. UN MINISTRO.</p>
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Calle y vista del coliseo. Aparecen en la inmediación Paca, Basilia y Blasa, naranjeras con sus cestas; á un lado, Perico y Eusebio, chisperos; al otro, cuatro artesanos apasionados, de capa, y algunos otros en corro, algo separados de aquellos.

(Tambor primero).

PACA. Vaya, rubios, á mis dulces
y gordas como cabezas.

BASILIA. ¿Quién estrena á la Basilia,
que las tiene como estrellas? *(Al oficial.)*

EUSEBIO. Perico; qué compañía
que tenemos.

PERICO. ¡Estupenda!
á ciento y veinte mil reales
desde luego hago una apuesta
—y eso que estoy sin camisa,—
que saca este año ésta
más que la otra.

EUSEBIO. Y no pierdes.

PERICO. ¿Me has de pagar la comedia?

EUSEBIO. ¿Por qué no, Perico? Vamos.

(1) Debemos la publicación de este sainete al concienzudo erudito y literato, D. Carlos Cambro nero, Jefe de la Biblioteca Municipal.

- PERICO. Espera un poco, que llega la guardia, y aún no ha venido la Polonia.
- EUSEBIO. Esa es la reina de las mujeres.
- PERICO. Cabal.
Si es la sal de las comedias.
(Sale el oficial con toda la guardia.)
- OFICIAL. Señores, alto, á formar en ala sobre la izquierda; frente; á cabo de escuadra numere la gente apriesa.
- CABO. Uno, dos, tres, cuatro, etc., hasta treinta.
(Lo hace en alta voz.)
Treinta son todos, señor.
- OFICIAL. Repartid las centinelas. *(Lo hace el cabo.)*
- BACA. Chica, ¿con que ayer tuviste con el sargento quimera?
- BASILIA. La mayor parte del pelo le arranqué.
- PACA. ¡Qué ojos te echa!
- BASILIA. Él pensaba hacer conmigo lo que con la probe Pepa, y le dió mal.
- OFICIAL. ¡Atención!
¡Presenten las há! *(Todos lo hacen.)*
¡Descansen sobre las há!
¡Arrimen las armas á la espalda!
Señores: nadie se aparte por si algo á ocurrir llega. *(Sale una silla por un lado y entra por otro.)*
- APAS. 1.º ¡Chicos, la Borda, la Borda!
» 2.º Su hermana viene con ella.
» 3.º Y canta en el entremés.
» 1.º Cuidado, chicos, que es fuerza darla bastantes palmadas para animarla y que pueda cantar bien la tonadilla.
- LOS TRES. Y en acabando, otra vuelta.
(Sale el abate deprisa por un lado, y por el otro D. Juan, su amigo, de militar decente.)
- ABATE. ¡Puede haber mayor trabajo que un abate de mis prendas, de mi talento y carácter, haya dado en la bajeza

- de cortejar! Vaya, vaya,
¿podrá haber quien esto crea?
- D. JUAN. Amigo D. Restituto,
¿dónde vais? ¿Qué prisa es esta?
- ABATE. A buscar un palco para
que vengan á la comedia
dos madamas á quien sirvo
de cortejo.
- D. JUAN. La chaveta
habéis perdido.
- ABATE. ¿Por qué?
- D. JUAN. Porque es imposible empresa
cortejar á dos á un tiempo.
- ABATE. En las más árduas materias
se conocen los talentos
del sujeto; en emprenderlas
y luego en desempeñarlas.
- D. JUAN. Pues por esa razón misma
me admiro.
- ABATE. Vos ignoráis
que el poseer todas ciencias,
las artes y facultades,
viene á ser por preeminencia
único constitutivo
de los abates.
- D. JUAN. Es fuerza
que lo dude. (*Atraviesa otra silla, y todos*
- ABATE. Pues, mirad: *miran.*)
Vos tenéis cortas potencias,
nadie de vos hace caso,
y hasta la naturaleza
escaseó en vos sus dones.
- D. JUAN. Así confesarlo es fuerza.
- ABATE. Pues si queréis en un punto
hacer vuestra fama eterna,
poseer ciencias y artes,
dones de naturaleza,
adquirir el don de gentes
y cuanto el mundo en sí encierra,
vestíos luego de abate
y veréis la verdad cierta.
- D. JUAN. Bien; con que ¿sólo el vestido
lo infunde todo?
- ABATE. Por fuerza;
es tal virtud la que tiene
esta capa, que si fuera

- por raro caso—posible
que á un burro se la pusieran,
dejara de ser borrico
y hombre literato fuera.
- D. JUAN. Vaya, pues si es eso cierto,
la ropa de abate venga;
que me vestiera de diablo
por dejar ya de ser bestia.
- ABATE. Ahora estoy de prisa, amigo;
mañana esa diligencia
se hará.
- LAS TRES. ¿Toma usted naranjas,
señor?
- ABATE. Luego, luego.
- PACA. Estas
se pintan solas á dulces.
- BASILIA. Mire usted, como cabezas
son de gordas.
- ABATE. Lleve el diantre,
si traigo en la faltriquera (*Aparte*)
más dinero que el del palco,
y para eso ha sido fuerza
vender una camisola
de dos que tenía.
- BLASA. Estas
están diciendo:—Nosotras
solamente somos prendas
dignas de un señor abate.
- ABATE. ¡Y cómo! Cuatro docenas
me comiera ahora mismo;
mas me pueden dar jaqueca
ó algún fuerte mal de madre.
- PACA. Abra usted las faltriqueras
é iré echando.
- ABATE. Después, chica.
- BASILIA. Si usted no tiene moneda
para pagar, la Basilia
le fiará cuantas quiera.
- ABATE. ¡Un abate había de estar
sin dinero!
- BASILIA. De manera
que no llevan los abates
los bolsillos, porque llevan
sino para ir abuchando
cuanto les dan.
- ABATE. ¡Bachillera!

- Si no mirara el honor
desta capa, yo te hiciera
ver que todo cuanto has dicho
es... la verdad manifiesta (*Aparte*).
- BLASA. Si usted quiere cosa rica
tome acitrón de Valencia.
- ABATE. Voy deprisa, voy deprisa,
yo las llevaré á la vuelta.
- LAS TRES. Ello no tiene remedio,
las ha de tomar por fuerza.
(*Salen las dos otra vez. Se entra, como que va
á buscar pulco, por una de las puertas del
Coliseo, y ellas tras él.*)
- D. JUAN. ¿Tres mujeres á un abate?
Eh; ya cayó en manos muertas. (*Salen dos
muy deprisa.*)
- PEPE. ¿Dónde váis?
- MANOLO. A coger lado,
que son ya las tres y media. (*D. Patricio,
derecha.*)
- JUDAS. Todos juntos entraremos
en dando las cuatro, espera.
- FÉLIX. ¿Sabéis quien canta, muchachos?
- PEPE. La Polonia y todas ellas,
porque es la segunda parte
de la de Carnestolendas.
- ANTONIO. ¡Calla, hombre!
- JUDAS. Sí; ya vuelven
con las banderas inglesas
del castillo que han ganado
en Mahón.
- PEPE. ¿Es güena idea,
es verdad?
- FÉLIX. ¡Y como que lo es!
- ANTONIO. Eso sólo la comedia
hace durar ocho días
más, y con entradas buenas.
- PEPE. ¿A cuanto echas hoy la entrada?
- JUDAS. A cuatro mil.
- ANTONIO. ¿Cuánto apuestas
á que pasa?
- FÉLIX. Medio duro. (*Sale la Polonia
en otra silla.*)
- PEPE. Lo veremos.
- ISIDRO. ¿Quién es esa
de esa silla?

- JUDAS. La Polonia.
- TODOS. ¡Que viva esa sal, morena.
- POLONIA. Caballeros, buenas tardes.
- D. JUAN. Otro amigo aquí se acerca
que es hidalgo en Alcorcón
y su figura es bien fea.
(Sale el Abate de los aposentos, y se va; y sale
D. Patricio de militar ridículo.)
- D. PATRICIO. Cierto que vengo admirado
de ver á Madrid qué vuelta
ha dado. Vaya, no puede
llegar á más la insolencia.
- D. JUAN. ¡Oh, mi señor D. Patricio!
¿dónde váis de esa manera?
- D. PATRICIO. Amigo, Liorna es ya
Madrid; y aun Liorna y media.
- D. JUAN. Pues, ¿qué habéis visto?
- D. PATRICIO. Ahí es nada
lo que he visto ¡friolera!
- D. JUAN. Sacadme, pues, de la duda;
decid, sea lo que sea.
- D. PATRICIO. ¡Vaya! Sobre que no salen
del cascarón las mozuelas
y ya andan con perejiles
que es un escándalo el verlas!
- D. JUAN. Hablad más claro, de modo
que lo que decís entienda.
- D. PATRICIO. Mire usted, subía yo
por la calle de Carretas,
y venía una muchacha
—vaya, la risa me tienta—
que á lo más, lo más tendría
diez años á buena cuenta,
con una cofia ¡qué cofia!,
un jubón ¡qué jubón! ea,
una mantellina ¡digo
y qué mantellina! deja,
unas sayas ¡y qué sayas!,
no es chanza, con unas medias
(Alfonsa, 1.^a derecha.)
y un zapatito... de risa
no puedo acabar la arenga.
- D. JUAN. La habéis pintado de modo
que ya es fácil conocerla;
mas, proseguid vuestro cuento.
- D. PATRICIO. Voy—si la risa me deja;—

como digo, ella venía
y llevaba en una cesta
naranjas, que iba vendiendo
con tal meneo y tan tiesa,
que yo—aquí entra lo bueno—
la dije—así por chufleta:—
—Muchacha, ¿sirves?—y entonces,
haciendo hocico y cabeza,
me respondió:—Sí, señor.
—¿Y eres casada ó doncella?—
le repliqué; y ella al punto
me respondió con gran flema:
—Ni uno ni otro, ya lo dije.
—Pues ¿de qué sirves, mozuela?
Y ella respondió:—Yo sirvo
de tropezar de concencias.

D. JUAN.

¿Y os admirais de eso? Vaya,
que estais en la edad primera.

D. PATRICIO.

¡Si digo que la muchacha
tenía el diablo en la lengual

D. JUAN.

Está muy adelantado
Madrid, en todas materias.

D. PATRICIO.

¿Y al fin en qué paró el caso?
En que la dí unas pesetas
para dulces, y se fué.

D. JUAN.

Ya sería buena pieza.

D. PATRICIO.

Hétela por donde viene.

D. JUAN.

¿Cuál es, hombre?

D. PATRICIO.

La que llega.

(Sale la Alfonsa con su cesta de naranjas.)

D. JUAN.

¡Ahí es nada donde fuistes
á parar, á la postrera
casa de todo el lugar!

D. PATRICIO.

Pues qué digo, ¿conoceis' a?

D. JUAN.

Sí; es hija de una inquilina
mía, en la casa pequeña
que tengo en las Maravillas,
y llámanla la tía Pepa.

D. PATRICIO.

Y la madre, ¿qué tal es?

D. JUAN.

Sus circunstancias son éstas...

D. PATRICIO.

Decid, que ya estoy atento.

*(Se ponen como que hablan aparte, y sale
Alfonsa.)*

ALFONSA.

A un laito; si supiera
que había otra en Madrid
más cruda que yo, es quimera;

- porque esta planta, este garbo,
esta sal, esta presencia,
este columpio, y el aire
de taco, tras sí se lleva
á cuantos tontos mantiene
la redondez de la tierra.
- D. PATRICIO. ¿Con que la hija es otra madre?
D. JUAN. Veréis que broma se enreda.
ALFONSA. Dulces de confitería
de Sevilla, petimetas.
- D. JUAN. ¡Alfonsa!
D. PATRICIO. No la llaméis,
D. JUAN. ¡Alfonsa!
ALFONSA. ¡Quién Alfonseal
D. JUAN. Ven acá, mujer.
ALFONSA. Llamadas
de casero no me petan.
D. JUAN. Ya sabes que yo no soy
como otros muchos.
- ALFONSA. Sí, deja;
es que á usted las inquilinas
pagan en buena moneda.
D. JUAN. ¿Con que el amigo ha querido
cortejarte? (*Por el hidalgo*).
ALFONSA. ¿El señor? ¡Deja!
Para una necesidad
¡qué retablo de miseria!
D. JUAN. Pues es buen mezo.
ALFONSA. Cabal.
¿Digo yo que no lo sea?
D. PATRICIO. Niña, ¿no tiene usted padre?
ALFONSA. ¿Hay alguno allá en la tierra
de usted que no tenga padre?
D. PATRICIO. Usted no me entiende, reina;
lo que pregunto es si vive.
ALFONSA. ¿Tiene usted alguna prebenda
para huérfanas?
D. PATRICIO. Yo no;
pero, mire usted, pudiera.
ALFONSA. Pudieran ser tantas cosas
que se quedan en «pudiera».
D. PATRICIO. Es que usted me ha parecido...
ALFONSA. Es que usted á mí me apesta,
y si no se va le estampo
contra una tapia las muelas.
D. PATRICIO. Vámonos, que lo que ofrecen

- ALFONSA. lo dan con gran ligereza.
El demonio del figura
de tapiz á la francesa...
Rubio, tome usted naranjas (*A uno*).
- JUSTO. Escoge media docena,
y en el precio no repares.
- ALFONSA. ¡Viva ese garbo! ¡Ahí las lleva
que se repintan; cada una
(*Las echa en un pañuelo.*)
pesará su libra y medial
- JUSTO. Dame la vuelta de un duro.
- ALFONSA. En cuartos, porque en pesetas
no me alcanza; iré á trocarle
de un instante á la taberna.
- JUSTO. Guárdale para un pañuelo,
y abur.
- ALFONSA. Salao, se aprecia.
¡Estos sí son parroquianos
propios para naranjeras!
¿Chicas, cuánto habéis vendido?
- PACA Y BAS. Yo, sólo media docena.
- BLASA. Yo, dos naranjas fiadas
que me ha tomado un hortera.
- PACA. ¿Y tú, Alfonso?
- ALFONSA. Casi todas
las que tenía en la cesta.
- BASILIA. Yo no sé cómo lo haces,
mujer; las mías son frescas,
más gordas que no las tuyas,
(*El ministro derecha con las damas.*)
y con todo haces más venta.
- ALFONSA. Esto de vender naranjas
más quiere maña que fuerza.
- JUDAS. ¿Con que es de Barcelona
el barba?
- FÉLIX. Para tragedias
no hay ninguno que le iguale.
- PEPE. Digo, ¿y la sobresaliente?
- ANTONIO. ¿Pues y el segundo gracioso?
- JUDAS. Ahí está.
- FÉLIX. Con que Aldobera
se ha quedado por primero.
- ISIDRO. Sí.
¡Qué maldito! ¿Tacuerdas
cómo hacía el Vizcaíno
del sainete del hortera?

- PEPE. Cierta; no hay que hacer que es guapo hasta para la zarzuelas.
- ANTONIO. Pues el segundo galán, digo: ya canta de prueba.
- LUIS. Niña, ¿qué vendes?
- ALFONSA. Naranjas.
- LUIS. ¿Y no más?
- ALFONSA. Seo don Fachenda, ¿acaso tengo yo cara de vender más que mi hacienda?
- LUIS. No faltaran compradores como tú sola vendieras.
- ALFONSA. Lo que yo vendo son tontos como ustedé.
- LUIS. ¡Viva la Pepa!
- JUDAS. Ahí viene un coche simón.
(Sale un coche simón muy despacio.)
- EUSEBIO. Y trae un par de muletas de á cinco años.
- PERICO. En mi vida he visto mulas más serias.
(Atraviesa el teatro un ministro, deprisa.)
- JUAN. Chicos, que viene la orden.
- ISIDRO. La silla de las carreras.
(Pasa la silla.)
- PERICO. ¡Viva la sal de las damas!
- JUDAS. Vámonos adentro.
- LUIS. Espera.
- COCHERO. Arre, chiquita; á un ladito, señores.
- UNOS. Simón, amuela.
- PERICO. ¡Hombre, que se te desbocan; refrénalas bien.
- COCHERO. ¿Qué apuestas que si bajo, á latigazos, ninguno en la calle queda?
- EUSEBIO. ¿Cuantos meses hace hoy que la cebada no prueban?
- COCHERO. Los mismos que tú aprendiste á tener poca vergüenza.
- ALFONSA. Estarán enfermas, y las habrán puesto á dieta.
- LAS TRES. Que se vuelca la basura.
- COCHERO. ¡Chiquita, toma, morena!
¡Arre, mula de un judío!
¡Polinaria!...

- LAS DEL COCHE. Que nos vuelcas.
- ABATE. Pasa, borracho... Madamas,
no hay que afligirse.
- COCHERO. No tengan
ustedes cuidao, mis amas.
¡Polinaria, ceja, ceja!
(*Queda la caja del coche un poco vencida á un
lado, y acuden los que parezca á sacarlos
de adentro y el cochero se apea.*)
- ABATE. ¡Fatalidad no esperada!
Voy por agua de cerezas,
que madamas se asustaron.
- ALFONSA. Dársela á las dos muletas,
que mejor la necesitan.
- SOLDADO. Esta sí que es gran comedia.
- COCHERO. No hay que espantarme el ganado.
- PERICO. Mulas con tanta prudencia
en mi vida las he visto.
- ABATE. Aquí está el agua.
(*Sale el abate con el agua.*)
- ABATE. ¡Qué penal
¿Ya se ha pasado la angustia?
Vaya, sea enhorabuena.
- ALGUACIL. La primer vez que un abate
se sorprendió, ha sido ésta.
- ALFONSA. En sábanas de aguardiente
puedes, Simón, envolverlas,
porque llevan mal de madre
con el susto.
- TODOS. Echale fuera.
(*Se acercan las naranjeras á las damas y al
abate.*)
- LAS TRES. Señorita, aquí hay naranjas.
- ALFONSA. Vayan estas dos docenas.
(*Las dá á las damas.*)
que me han quedado, señoras.
- ABATE. Mal haya, amén, vuestas lenguas.
- LAS DAMAS. (*Aparte.*) Páguelas usted, abate. (*Se entran.*)
- NARANJERAS. Señor, ¿no toma usted éstas?
- SOLDADOS. Al abate se le comen
entre las tres naranjeras.
- ABATE. (*Aparte*) Este sí que es fuerte lance.
- JUDAS. Vamos adentro que empiezan
- ISIDRO. Deja á ver en qué esto para,
que sin duda ha de haber gresca.
- ALFONSA. ¿Me paga usted las naranjas?

- ABATE. Ten un poco de paciencia.
 ALFONSA. No requiero, Seo Diptongo de mico y mona.
- ABATE. Revuelta,
 ten prudencia.
- ALFONSA. Mi dinero,
 ó venga la capa en prenda.
- ABATE. Mujer, tu has perdido el juicio;
 antes muerto me cayera
 que dar la capa: ¿no es nada
 la capa? y es nuestra beca.
- BASILIA. Por esta alborotadora (*Por la Alfonsa.*)
 no he vendido yo mi hacienda.
- ALFONSA. Ellá es la alborotadora;
 cuidado.
- BASILIA. ¿Qué es eso de ella?
 ALFONSA. Lo dicho, dicho, cabal.
 BASILIA. Conmigo, poquitas, reina,
 no hay que alzarme el grito, porque
 he de arrancarle la lengua.
- ALFONSA. Cudiao no me amostace
 y la sacuda una felpa;
 en el fiador humano
 esa no tiene vergüenza.
- PATRICIO. Alfonsita, no hagas caso.
 ALFONSA. ¿A qué reora se ausenta
 su envoltorio de sebo?
- PATRICIO. ¿Con que de mí no te acuerdas?
 ALFONSA. Soy muy flaca de memoria.
 PATRICIO. Soy quien te dió las pesetas
 poco hace para dulces.
- ALFONSA. Si usted pronto no se ausenta
 lo envió con mucho modo,
 seo tenaja de manteca.
- BASILIA. Es usted poco sujeto
 para una acción como esa.
- ALFONSA. Por no emporcarme las manos
 en una lavapiesera
 no se los planto.
- BLASA Y PACA. ¡Qué risa!
 ABATE. Eres porfiada y terca:
 mujer si no tengo un cuarto.
- ALFONSA. Pues venga la capa: arrea. (*Le quita la capa.*)
 ABATE. ¡Atrevida, picarona!
 (*El oficial por derecha.*)
 La Guardia corriendo venga,

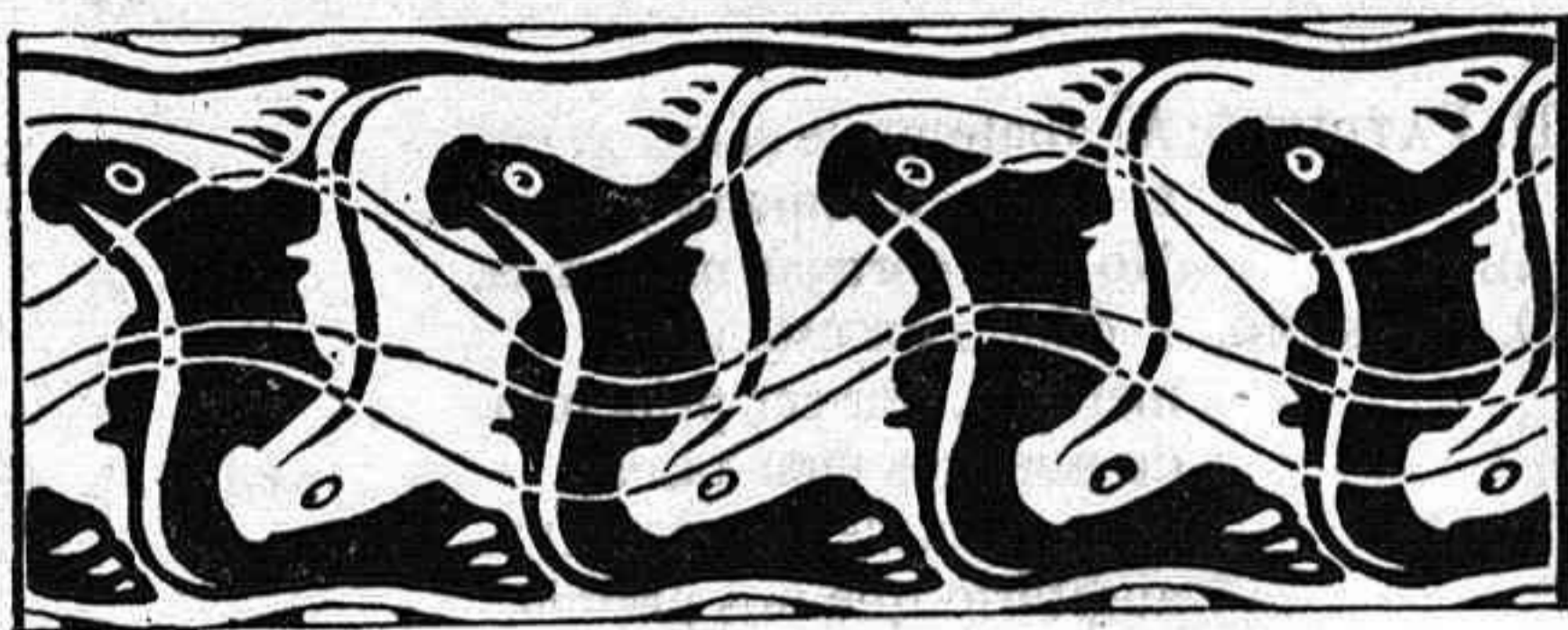
- que le ha quitado á un Abate
su honor una naranjera.
- BASILIA. Miren que acción tan cochina;
al fin es maravillera,
que la basta.
- ALFONSA. Y la resobra
para cortar malas lenguas
ó desvergonzadas.
(Sueltan las cestas y se agarran las dos).
- D. PATRICIO. Chicas,
haya paz.
- BASILIA. ¿Pues quién es ella
para ponerme la mano?
- ALFONSA. Yo soy la propia y la misma.
- D. PATRICIO. Que me hacen echar las tripas.
¿No hay alguien que me defienda?
- ABATE. Tengan respeto á un abate
endecasílabo.
- ALF. Y BAS. Fuera.
- BASILIA. Alfonsa, suéltame el pelo.
- ALFONSA. En sacándote la lengua.
- PACA. Aprieta, aprieta, Basilia,
que aquí estoy yo.
- BLASA. Y yo con ésta.
(Se agarran estas dos).
- OFICIAL. Guardia, las armas.
(Cogen las armas los soldados y acuden á separar á hombres y mujeres que están asidos).
- SOLDADO. ¿Qué? ¿Hay bulla?
- OTRO SOLD. Yo creo que se repelan;
vamos dejando eso, chicas.
(Las separan).
- BASILIA. No te me escaparás, deja,
ya te cogeré otro día.
- ALFONSA. No me niego; cuando quieras.
- OFICIAL. Llevad al vivac á todas.
- TODOS. Señor oficial, clemencia.
- OFICIAL. Irse cada uno á su casa,
y cuidado...
(Las sueltan).
- BAS. Y ALF. Para ésta. *(Se la juran.)*
- ABATE. Señor, que me dé mi capa.
- ALFONSA. En pagándome mi hacienda.
- OFICIAL. Dásela, y por las naranjas
toma esas cinco pesetas.
(Le da la capa.)

D. PATRICIO. Al abate no le sale
el susto en semana y media.
ABATE. No más cortejar madamas.
D. PATRICIO. Y dando fin esta idea,
merezca, por ser principio
de nuestras finas tareas
TODOS. El perdón de tan discreto
auditorio que nos premia.

Con estos últimos versos se entran todos, menos la guardia por la puerta del coliseo, como que van á la comedia, y el abate por la de los aposentos y se da fin.

NOTA.—Interin se representa el sainete entrarán á ratos algunas gentes, así hombres como mujeres, por sus puertas respectivas.





∞ PEDRO GONZÁLEZ
BLANCO ∞ SOBRE
LA FILOSOFÍA MA-
RAVILLOSA DEL SI-
LENCIO ∞ ∞ ∞ ∞

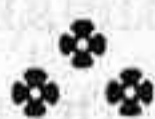
Seul, le silence est grand:
tout le reste est faiblesse.
ALFREDO DE VIGNY

Fuera, el sol abandonara ya la terraza y la quinta verdeaba en la dulzura del aire tranquilo, misturado con el perfume de las magnolias, que albeaban bajo las claridades suaves de los manzanos. El regato vertía sus aguas por un despeñadero bucólico, melancolizando aquel rincón de casa solariega. Los cantos del crepúsculo quebraban el silencio en que toda la campiña iba adormeciendo. El aire fresco del valle entraba en mi alcoba, haciendo crujir ceremoniosamente el damasco de los cortinones. Hacía ya algunos años que no visitaba este caserón, donde muchas generaciones

que me son familiares se cobijaron, y que tenía la gravedad clerical y triste de los palacios episcopales. Apenas, si al trasponer el pórtico de piedra—donde las rosas y las guirnaldas que un artista del xviii labrara, perdían sus contornos bajo la hiedra musgosa del otoño—reconocí el jardín donde sobre el verdor del césped tantas veces había jugado. Los castaños altivos balanceaban sus ramas, tomando un aire pensativo y melancólico. El edificio estaba silencioso en su eterno silencio de piedra. Un criado desconocido (¡oh, los viejos servidores muertos en loor de fidelidad!) caminaba por los pasillos con la lentitud contristada que se acostumbra en una casa donde hay muerte. No sé qué olor sagrado y dulce exhalan las mansiones abandonadas y viejas. Diríase una evaporación sutil de los seres y de las cosas que sobrevive á las ruínas, y que flota, delicada y marchita, en los ángulos de las paredes, en las sombras de los muebles polvorientos. Así mi vieja mansión señorial, cuando penetré en el vasto vestíbulo donde repercutían lúgubrementemente los pasos. En mi alcoba, nada había cambiado. Sobre la mesa de nogal donde traducía el *De viris illustribus*, dormitaban los libros del colegio. Desde los marcos dorados sonreían los rostros de mis abuelos. Y en el espejo, que tenía profundidades extrañas, se reflejaban los tonos cenicientos y desmayados de un tapíz, bajo cuyos árboles cobijábase la galanía de unos pastores.

Arrojaba la luna su luz ambarina sobre la arena gris de las avenidas argentando las redondas copas de los castaños. Amo más á la luna que al sol, porque sonrío tristemente sobre el silencio de las hojas secas; porque sabe el secreto

de los árboles que han envejecido juntos, y porque sus desfallecimientos periódicos armonizan con los desmayos de mi espíritu. Y todas las noches, cuando veo en el horizonte su pálido rostro de convaleciente, la saludo en voz baja con las palabras del poeta: «¡Eh! ¡Bonsoir, la lune!»



La puerta entreabierta gime como si alguien entrara. En la penumbra que envuelve la habitación, al ras del suelo, dos puntos de luz verde y cabrilleante se agitan. Pienso que es un gato que eligió domicilio en mi cama de niño. Inmóviles, fosforescentes, sus ojos de esmeralda se fijan en mí con persistencia y parecen decir: ¿Quién es este intruso y qué hace en esta casa? Entonces una voz cóncava replicó: «¡Silencio!»

Hallábame en tal situación de espíritu, que confieso no haberme sorprendido oír hablar á un gato, y de seguro que si aquella noche entra en mi alcoba algún fantasma, le ofrezco tranquilamente un cigarrillo. Ya que por una feliz casualidad, me dije, este mísero felino tiene el don de la palabra, tratemos de que hable. ¿Cómo dar comienzo á la conversación?... Aqueste aristócrata, cantado por Baudelaire en estrofas inmortales, es de índole harto susceptible... Habrá que interrogarle con cuidado... con cuidado y prudencia... ¡*Alea jacta est!*... ¡Comencemos!

—Señor Gato, destinados como estamos á pasar aquí la noche, y, sin duda alguna, á ser ami-

gos en lo porvenir, ¿le parece agradable, mientras que el sueño viene, cambiar algunas ideas? Usted ha meditado mucho: yo he viajado tanto como usted meditó: acaso con el cambio de nuestras reflexiones, pudiéramos hacer agradable esta velada... Estoy triste y la conversación de un filósofo, perfecto discípulo de Epicuro (ya comenzaba á farfullar), será una diversión deliciosa.

—¡Ouf!... Si cuando está usted solo se encuentra en mala compañía, espero que tenga la merced de imponerme en las reglas que rigen su bien organizada sociedad... Buenas noches, señor.

Este ¡Buenas noches!, pronunciado con tono de cruda ironía, me había desconcertado. Entonces el gato cerró un ojo; el otro, abierto en toda su redondez, me pareció como clavado tras el cristal de un insolente monóculo; después, volviéndome la espalda con entera rusticidad, y metiendo su hocico entre las sábanas blandas, se durmió.

Quedé inmóvil. En mi carcaj no había una flecha para responder á este arrogante gato que se embozaba con las ropas de mi lecho... ¡Mal educado!... ¿Así respondes á mis anticipadas loanzas?... Pues bien: yo te demostraré palmariamente que mi cama no necesita de que tú la calientes... Abandona en seguida estos dominios.

A este apóstrofe, el bribón cesó de roncar, se rascó la oreja, y mirándome de frente, gruñó:

—Sabía que era usted un estúpido, señor; pero no me figuraba que fuese mal educado; y pues que parece ignorarlo, permítame advertirle que yo tengo derecho de ciudadanía, y estando aquí ocupo mi casa, mi domicilio...

—La gracia de usted.

—*Genius loci*, para servirle de cuando en cuando, á pesar de su grosería.

Hablaba con ira contenida, acentuando las palabras; yo repliqué:

—¿Quién le enseñó á hablar? ¿Acaso es usted un gran filósofo?

—¡Filósofo yo!... A Dios gracias, no tengo la incalificable pretensión de conocer. En este mundo sólo debemos aspirar á sentir.

—¡A sentir y... á amar!

En aquel momento escuché una risita ahogada.

—Por fin, ya pronunció usted la frase sacramental... Amar ese verbo inmenso que en todas las lenguas es un rayo de luz... Pues bien: permítame usted que me tienda otra vez á la larga... Me desagrada manifestar mis sentimientos.

Al cabo de un momento, continuó con voz seca:

—Sólo es digno de ser gato, aquel á quien su propia amistad basta. No podrá hacer usted otro tanto, imbécil; usted que en la vida ha hecho más que verter por la boca tonterías aprendidas en los demás. Ese loco afán de hablar continuamente; esa vil ansia de querer comunicar sus reconditeces con otro cualquiera — llámese hombre ó mujer, — es francamente deleznable y demuestra que el fastidio roe los corazones. Lo que llama usted amistad, es el miedo de estar solo; lo que usted llama amor, es ese mismo miedo acompañado muchas veces de groseros deseos. Ese silencio que á usted asusta, á mí me encanta, y amo tanto el sueño que no temo la muerte.

—¡Oh, pérfido filósofo!

Afluía por la ventana, con el olor de la tierra mojada y de las hojas caídas, todo el encanto de

los valles. Cantaba el agua fresca con la cadencia saudosa de un lloro.

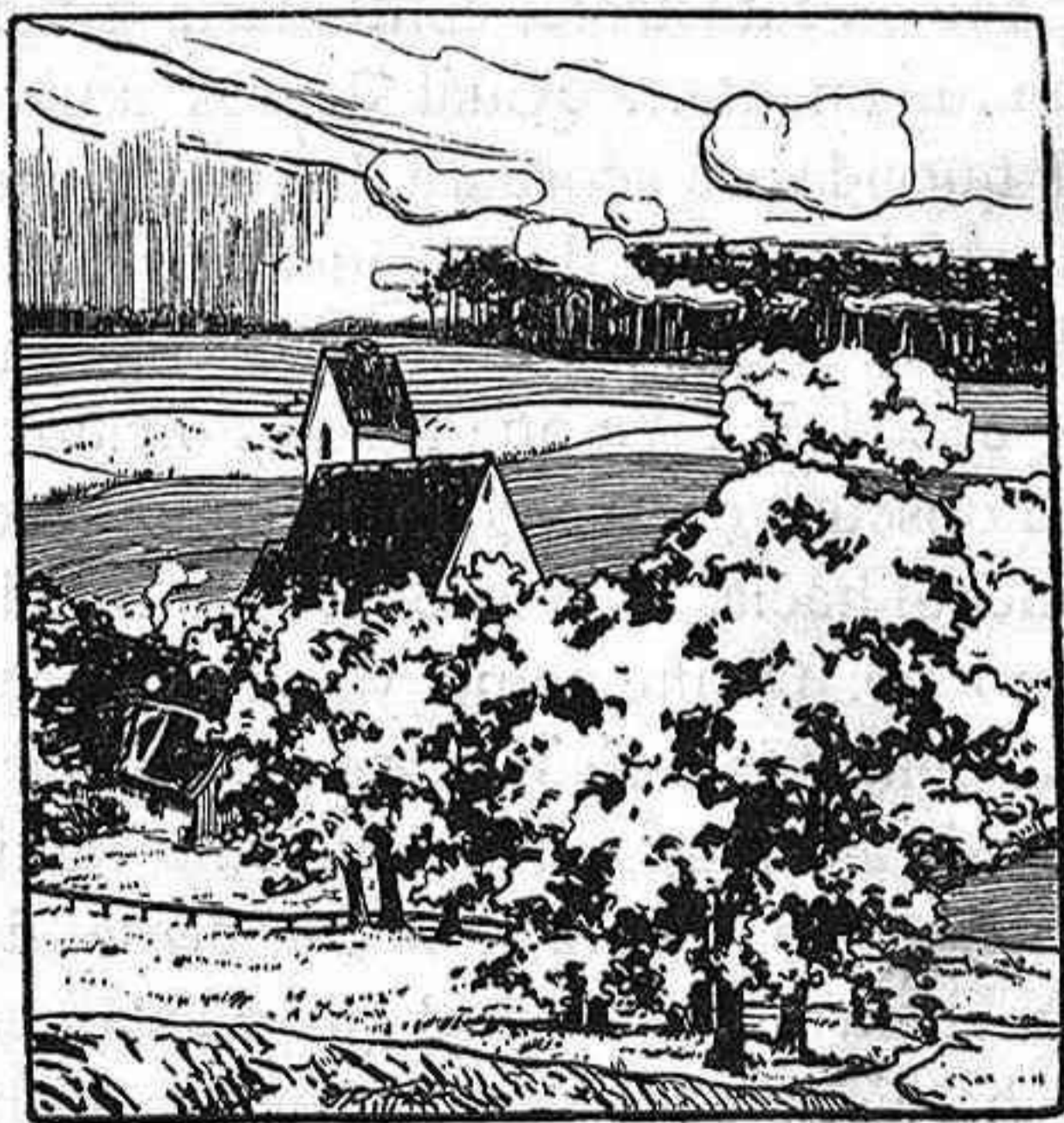
Y en la negrura de la noche, brillaban fosforescentes los ojos del gato.

—En resumidas cuentas, pregunté por hablar algo: ¿Es usted feliz?

—Que yo sea feliz ó no, que sufra ó goce, que viva ó muera: ¿acaso no le es indiferente todo esto al sol, á la remolacha y á usted mismo? Una brizna de paja acaba de caer sobre una hormiga y le ha roto la tercera pata de la segunda articulación; un peñasco se derrumbó sobre un pueblo y lo ha destruído; no creo que una de estas desgracias haga verter más lágrimas á las estrellas que la otra. ¿Quiere usted ser mi amigo?... Bien: yo soy su mejor amigo..., si es que la palabra amigo no es tan hueca como un cascabel... Cuando yo muera, es indudable que, por mucho que me llore y por muy dolorido que esté, no pasará dos días sin comer, y que, á pesar de esta espantosa catástrofe, continuaría usted fumando tranquilamente... ¿Cuál de sus amigos, cuál de sus queridas se acordará de su nombre y apellido á los quince años de su muerte? ¿Cuál de ellos le saludaría si cruzase á su lado con un traje roto por el codo?... Ya que todo es olvido, ya que en esta obscura caravana marchamos todos confundidamente hacia el Ensueño, sea usted silencioso como yo. Oculte como yo sus amores, esto es, sus debilidades. Escóndase para morir como yo, y no dé al mundo un espectáculo inútil y repugnante. Pero, sobre todo, rodéese de silencio. Viva dentro de sí lo más que pueda, porque, como ha dicho un poeta, «nosotros mismos somos nuestra propia morada...»

Intenté responder; pero una voz colérica mayó:
«¡Cállate!»

Apagáronse los dos discos verdes y luminosos,
y, al poco rato, en el medroso silencio de la habi-
tación roncaba el felino dormitando satisfecho de
la vida y de su inexcrutable destino...





JUAN R. JIMENEZ ❖

❖ ❖ PAISAJES ❖ ❖

*En la quietud de estos valles
llenos de dulce añoranza,
suenan bajo el cielo azul
las esquilas de las vacas.*

*El sol se duerme en la hierba,
y en la ribera dorada,
los árboles verdes sueñan
al son lloroso del agua.*

*El pastor está apoyado
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera; y las vacas*

*van por el valle de oro
subiendo hacia la montaña,
al son lejano y dormido
de sus esquilas con lágrimas.*

*Pastor, toca un aire dulce
y quejumbroso en tu flauta;
llora en estos valles llenos
de languidez y añoranza;*

*llora la hierba del suelo,
llora el diamante del agua,
llora el ensueño del sol
y los ocasos del alma.*

*Que todo el valle se inunde
con el llanto de tu flauta:
al otro lado del monte
están los campos de España.*

Pirineos.



*El triste jardín se pierde
en la tarde dulce y quieta;
las sendas son de violeta
entre el parterre fresco y verde.*

*Lejos, el campo se esfuma;
el aire huele á jazmín;
la melancólica bruma
viene durmiendo el jardín.*

*Bajo el crepúsculo rosa
suenan las dulces campanas:
¿es ángel, mujer ó rosa
la visión de las ventanas?*

*Aun el ocaso es carmín,
y en el naciente, entre una
niebla azul, sube la luna
dorada sobre el jardín.*



*Río de cristal, dormido
y encantado; dulce valle,
dulces riberas de álamos
blancos y de verdes sauces...*

*El valle tiene un ensueño
y un corazón; sueña y sabe
dar con su sueño un son triste
de flautas y de cantares.*

*Río encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos dormidos
besan los claroscristales.*

*Y el cielo es plácido y dulce;
un cielo bajo y flotante,
que con su bruma de plata
va acariciando los árboles.*

*Mi corazón ha soñado
con la ribera y el valle,
y ha llegado hasta la orilla
dormida para embarcarse;*

*pero al pasar por la senda
lloró de amor, con un aire
viejo que estaba cantando
no sé quién por otro valle.*



*Mañana alegre de otoño;
cielo azul, y sobre el cielo
azul las hojas de oro
de los jardines enfermos.*

*Y yo, desde la terraza,
miro un chopo casi muerto,
cuyas pobres hojas secas
son de un blanco amarillento.*

*Es dulce el sol De la fronda
triste del cercano huerto
sale un humo azul y blanco
lleno de paz y de ensueño.*

*El cielo azul cada instante
es más azul; y yo siento
que en la mañana hay fragancias
aunque no haya flores; veo*

*temblar á las hojas secas,
y los jardines enfermos
se inundan para mi alma
de músicas y aleteos*

*A la puerta del jardín
se ha parado un pobre ciego,
llorando con su organillo
un aire dormido y viejo.*

*Y no sé cómo ha dejado
mi jardín el soñoliento
organillo con sus notas
falsas y sus ritornelos.*



*Paisaje dulce: está el campo
todo cubierto de niebla;
ya se han ido lentamente
los rebaños á la aldea.*

*Es un paisaje sin voces,
triste paisaje que sueña,
con sus álamos de humo
y sus brumosas riberas.*

*Voy por el camino antiguo
lleno de ramaje y yerba,
sin pisadas, con aroma
de cosas vagas y viejas.*

*Paisaje velado y lánguido
de bruma, nostalgia y pena;
cielo gris, árboles secos,
agua parada, voz muerta.*

*Sobre los álamos blancos
de la dormida ribera,
una luna rosa y triste
va subiendo entre la niebla.*





EMILIO SALA ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EL COLOR

IV

CONTRASTES SIMULTÁNEOS

PARA modificar un color sin tocarle, se precisa cambiar el fondo que le rodea, pues la percepción visual enseña que siempre que observamos coloraciones contrastando simultáneamente, notamos en ellas aparentes transformaciones. Prodúzcanse éstas por oposición de intensidades, ó por simple disparidad de coloración, siempre responden á caracteres constantes. Vamos á ocuparnos de ellos, no refiriéndonos por ahora más que á los que se comprendan en la visión monocular, á fin de que ni la *corporeidad* ni la *acomodación* compliquen la materia, ciñéndonos exclusivamente á contrastes y coloraciones vistos en un plano, como la pintura en el cuadro, el estampado en telas y papeles ó las combinaciones que modistas y tapiceros nos presentan *casando* colores, como se dice vulgarmente.

No se trata, por lo tanto, de una extensión uniforme de color, sino de trozos variados de coloraciones, limitán-

dose unas por otras; y como quiera que al ver una de ellas, la retina no la aprecia aisladamente, sino unida al fondo sobre que destaca, se presentará *influida* ó *influyente* con relación á sus colaterales, dando lugar á las modificaciones aparentes de que hacemos mención.

Que la mutua relación entre colores modifica su aspecto, es evidente. Si un color saturado destaca sobre una tinta neutra, á semejanza del efecto que imágenes sucesivas producen, *influirá* sobre el otro, orlándole y velándole de su complementario; el vestido verde dará á la carne aspecto rojizo; el azul, amarillento; el rojo, verdoso, etcétera, etc.; resumiendo: las coloraciones tenues serán *influidas* por el complementario del color dominante. A este propósito escribía Chevreul: «Colocar una pincelada de un color sobre una tela, no es teñir el lienzo con el color que lleva el pincel; es colorear con su complementario el espacio que le rodea.»

Se cita entre comerciantes la habilidad de vender cajés negros, presentándolos sobre fondo amarillo, porque el negro parezca más intenso y azulado; pues sobre rojo, el negro resulta siempre desteñido y verdoso; sobre azul, amarillento, y así sucesivamente.

También se manifiestan estos contrastes á virtud de los experimentos de *sombras coloreadas*; procedimiento que consiste en iluminar simultáneamente una hoja de papel blanco, de una parte por luz natural algo débil, y de otra por la artificial de una bujía; se interpone entre la luz natural y el papel un cuerpo opaco, un portaplumas ó lapicero, que proyectará dos sombras sobre el papel, una de ellas procedente de la luz natural y la otra proyectada por la artificial de la bujía; la de la luz natural estará iluminada por el amarillo rojizo de la luz artificial, y no recibe la luz del día; en cambio la proyección de la artificial, iluminada por la luz del día, no recibe el rojo amarillento de la de la bujía; su color objetivo es blanco, pero nosotros le vemos azul, complementario del fondo sobre que destaca. Si sucesivamente, por medio de cristales de color, modificamos la iluminación de la bujía en

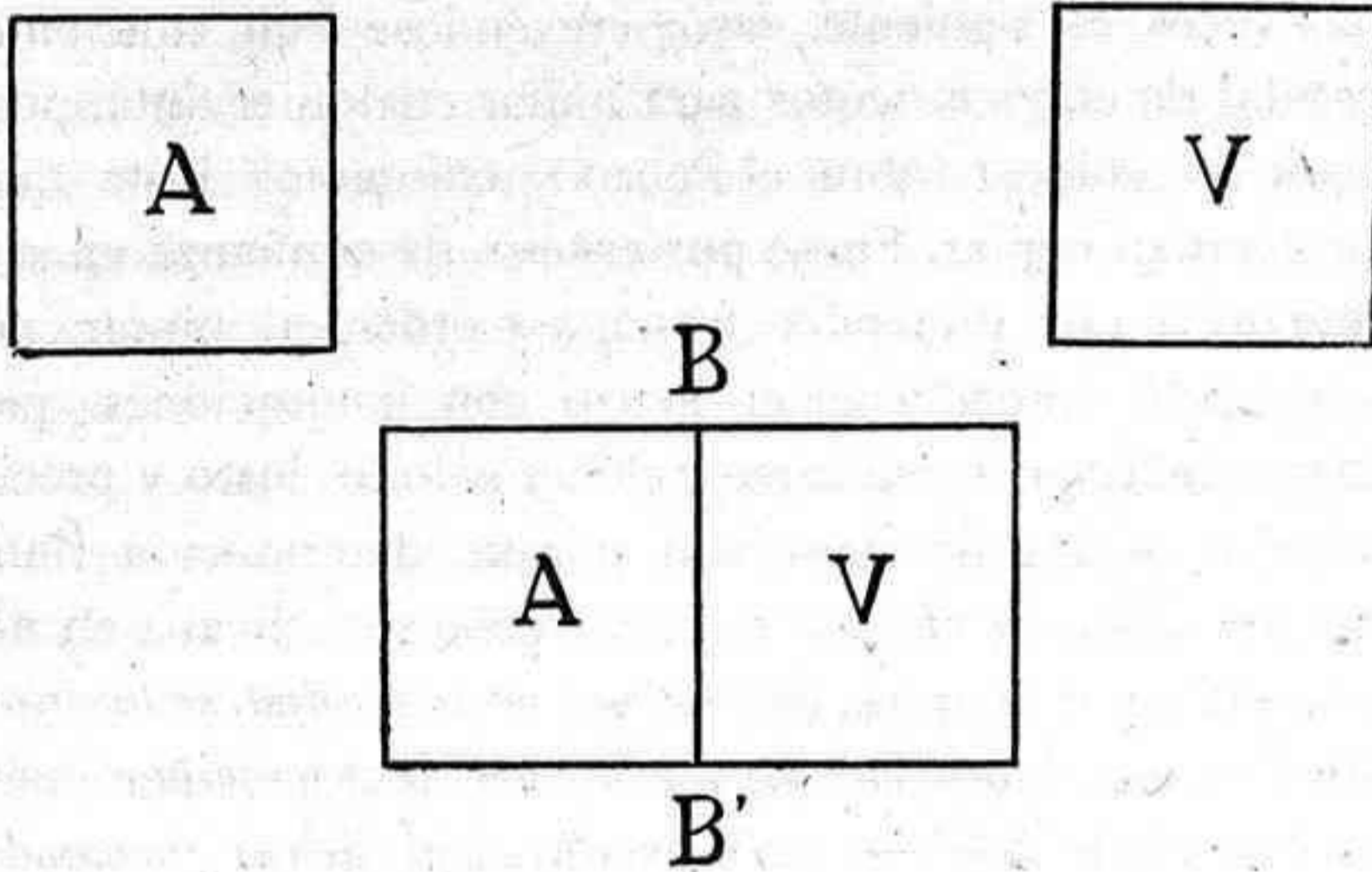
verde, azul, rojo, etc., la sombra que el lapicero proyecta iluminada por la luz del día, aparecerá siempre con el color complementario de la coloración del cristal que se interponga.

En discípulos adelantados he observado repetirse algunas veces el siguiente caso: creyéndose con suficiente caudal de conocimientos para imitar cualquier tinta, persistir en colocar sobre el lienzo la coloración justa que pretendían copiar. Fuese por exceso de confianza en sus fuerzas ó por pretender frescura y orden al pintar, no queriendo embadurnar el lienzo con coloraciones que luego deberían rectificarse y poner sólo lo justo y preciso, ello es que desesperaban, porque determinada tinta no les *salía*, sin ver que el inconveniente radicaba en no proceder por acordes; esto es, *que no debe afinarse la exactitud de una coloración sin que las que le acompañan como vecinas circundándole, estén puestas en el lienzo formando un conjunto*, siempre que entre estas notas no aparezca intermedia la de la imprimación de la tela, pues al fin es otra coloración en el acorde y perturba el conjunto. Acaso dieron con la tinta exacta que pretendían imitar, y al colocarla sobre el lienzo, *influida* por el contraste con la coloración propia de aquél, les producía la sensación de no ser igual. Y si, procediendo de tal modo, encontraron exactitud aparente, al colocar las otras que la rodeaban el conjunto sufrió las consecuencias del punto de partida, que fué haber *entonado* con respecto á la coloración del lienzo, y al desaparecer éste bajo las coloraciones superpuestas, el acorde ó conjunto presenta un aspecto más verdoso, azulado, rojizo pálido ú obscuro que el original que pretendían reproducir, por no haber tenido en cuenta que también en esta materia el *todo debe ser antes que la parte*.

Volviendo á las leyes del contraste, comenzaremos por exponer las más elementales para proceder con método.

Dos tonos diferentes y separados no ofrecen á nuestra consideración más particularidad que diferir entre sí; mas si otros dos iguales se colocan juntos, teniendo los

otros á la vista para cotejo (fig. 6) en el límite común de entrambos—línea B B'—por efecto del contraste, se exaltarán sus intensidades respectivas, aclarándose el claro y obscureciéndose el obscuro.



Dijimos al hablar de la *irradiación* que cuando dos bandas de tonos diferentes se ponen juntas, aumenta aparentemente la intensidad de ambos en la línea de coincidencia, recobrando su tono al separarse de aquélla y volver á su centro, donde el contraste ya no influye.

Sin entrar todavía en el color, nos encontramos con que dos tonos afines se exaltan mutuamente en la línea divisoria donde el contraste se efectúa; y cuando entre ambos media por lo menos la diferencia de cinco tonos, los efectos de la *irradiación* empiezan á hacerse sentir.

Yendo, como va, el *tono* íntimamente unido al *color*, no debemos perder de vista cuánto influyen en un contraste de colores los grados de intensidad luminosa que respectivamente presentan.

Como la *junta-posición* da por resultado hacer más obscuras las regiones vecinas á las partes claras é inversamente, ó bien dar á los colores vecinos de una coloración determinada una tinta complementaria del otro adyacente, se les ha dado el nombre de contrastes simultáneos á las oposiciones que producen estos efectos.

La causa, puramente fisiológica de esto, es la misma de las imágenes sucesivas, que evoca nuestra retina como compensación para volver al estado normal del que la sacó la excitación; pero si aquellas de que se habló eran *negativas* ó *positivas*, según fuese claro ú obscuro el fondo sobre que las vimos, las pertenecientes al contraste son *mixtas* por sumarse á la coloración *influida* el complementario de la *influyente*.

Repitiendo el experimento de hacer desaparecer rápidamente un trozo de papel coloreado—después de haber fijado en él nuestra mirada,—podrá demostrarse la resultante ó coloración *mixta*, según el color del fondo sobre que veamos la imagen sucesiva: sea el ejemplo un fondo amarillo, y el papel que se hará desaparecer, verde. En el momento de fijeza la intensidad del amarillo, nos hará parecer más azulado el verde por sumarse á éste el complementario azul del amarillo, y al retirar el verde—que era tres tonos más obscuro que el fondo—aparece la imagen sucesiva más clara y rojiza que el amarillo á causa del complementario del verde, en tanto que el resto se muestra como un verdoso sucio. Inútil parece decir que en un contraste dan el papel de *influyente* á una coloración, tanto la extensión ó tamaño de ella como la *luminosidad* y saturación, mientras que á la *influida* la caracterizan todas las condiciones contrarias. Dos colores diferentes á igual grado de tono molestan nuestra vista por reclamar distinta *acomodación* visual; dos, que se complementen mutuamente se exaltan como coloración, siendo más verde el verde, y más rojo, el rojo, en la línea de demarcación del contraste. Esta es, pues, la alteración que todo contraste simultáneo presenta: exaltarse como *entonación* é *influir* con coloración mixta.

A medida que un color es más neutral, más se deja influir; y sólo los extremos del tonómetro, ó sea el blanco y el negro intenso, serán los que se escapen á esa dominación; escribase ó imprímase sobre papeles de color, y como el negro de la tinta no suele ser intenso, la misma que sobre blanco nos parece violeta ó pardo-obscura, so-

bre el papel de color será *influida*, y aparecerá con coloración complementaria al papel; verdad es que la cantidad del *influyente* hace su oficio para que sea doblemente *influida*.

Estos fenómenos que, como ya se ha dicho, se provocan en la línea de *demarcación*, subsisten, aun cuando las coloraciones tengan poco tamaño, como, por ejemplo, los cachemires de la India, los mosaicos finos, etc., al alejarnos de ellas se confunden, como fundiéndose en una tinta común; fusión correspondiente al modo *luz ó rotación*, y que llamamos *vibración*, que ha dado lugar á esos *sports* de algunos pintores que pomposamente se apellidan *puntillistas* y *vibristas*.

Al superficial ó poco estudioso, seguramente podrán parecerle vanas é inaplicables al arte estas observaciones, supuesto que si dos coloraciones contrapuestas provocan ciertos fenómenos al observarlas; al reproducirlas en pintura, sin tener en cuenta las leyes del contraste, ellas solas se repetirán, por la misma razón física que motivan las que se tomaron por modelo; pero no es así, porque no hay que olvidar que ni nuestros colorantes son luz, ni llegan como saturación á las que muchas veces necesitamos. Sólo conociendo estos estudios nos será posible fingir y que parezcan más intensas, coloraciones que no lo son por medio del arte de *darles valor*. Una mancha ó pincelada amarilla sobre un fondo claro, provoque ó no provoque su complementario, si se la orla tenuemente de un poco de azul violeta, según el punto del amarillo, parecerá mucho más intensa de lo que en realidad es. Después de todo, artista no es el que sólo copia cuadros, sino el que los crea interpretando la naturaleza, reproduciendo efectos de fuego, del sol, de la noche y de la luna, intensidades bien opuestas á las de nuestros colorantes y que se vencen con el estudio del arte-ciencia.

Cuenta M. Charles Blanc en su *Grammaire des Arts du dessin* que el gran artista Delacroix pintaba cierta vez un ropaje amarillo, y desesperado al no poder darle la intensidad que deseaba, determinó ir á visitar las obras de Ve-

ronés y Rubens, que, según recordaba, tenían el amarillo que él buscaba. Salió á la calle, llamó al primer coche que pasaba; era éste un *cabriolet*, pintado de amarillo canario—según entonces se usaban; apenas había montado en él cuando descendió rápidamente para rectificar ú observar mejor la sensación que acababa de experimentar; las sombras del amarillo presentaban un aspecto violáceo; en vez de ir al Louvre pagó al cochero y subió á su estudio... con la observación hecha consiguió dar á su amarillo la intensidad que pretendía.

Dice Adalbert de Beaumont: «Cuanto más intensa es una coloración uniforme, más procuran los orientales hacerla *vibrar*, á fin de fingir, por este medio, la intensidad que sus colorantes no alcanzan, contrarrestando la sequedad y monotonía de una tinta lisa. Evitar que un cielo azul pintado, ó un fondo liso no *haga hule*, y conseguir que vibre, que en el lenguaje de pintores quiere decir *que tenga aire*, es más difícil de lo que parece.»

Dicen que fué á Rubens, á quien suplicaron que aceptara como discípulo á un muchacho pobre, que tenía mucha afición, que él le compensaría, en parte, pintándole fondos, pues ya pintaba. «Pero ¿sabe pintar fondos?—preguntó el maestro. Que se presente en seguida, porque yo hace muchos años que pinto y todavía no sé.»

Habiendo expuesto en este capítulo cuanto considerábamos más necesario, dejamos para otros, y especialmente para los que se refieren á la armonía, volver sobre la materia. Si el lector deseara más detalles sobre esto puede consultar la obra de Chevreul *De la loi du contraste simultané des couleurs et ses applications*, donde con minuciosidad se definen casi todos los contrastes de coloraciones posibles.

J. RUIZ-CASTILLO ❖

❖ AFICION TAURINA

DE LAS CORTES DEL

SIGLO XVI ❖ ❖ ❖

No siempre los negocios en que se ocupaban las Cortes de Castilla, más vulgarmente llamadas *Reyno* eran muy importantes, ni muy numerosos; antes al contrario, durante meses enteros los comisionados de las diez y ocho ciudades, que tenían derecho á su representación en aquel cónclave histórico, sólo empleando su actividad en asuntos de índole extraordinaria, lograban en las sesiones no dar muy desoladora extensión á sus largos y pesadísimos ocios.

Así fué cómo en el verano del año 1586 aquellos honrados hidalgos cayeron en el pecado de tratar acerca de las corridas de toros.

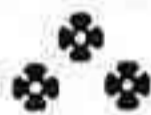
Comenzó el suceso de la siguiente manera. En el curso de una sesión, el procurador por León creyóse obligado por grandes razones, á que dió forma en un discurso solemne, á proponer que no se corriesen toros los días de trabajo. Según consta de los documentos del tiempo (1), el marasmo que envolvía al *Reyno* por aquellos días, quedó roto al oír las palabras del procurador. Los hidalgos se agitaron, y algunos se atravesaron decididamente en la cuestión propuesta, apoyándose con gran viveza en la prohibición, nada menos que del Santo Padre Pío V, para repicar que cuando no debían de correrse las reses era en día de fiesta, á fin de que éstas pudieran celebrarse cristianamente.

Los que opinaban como el procurador por León, sos-

(1) *Acta de las Cortes de Castilla de 13 de Junio de 1586.* (Tomo VIII, página 510.)

tuvieron que era compatible la misa por la mañana con el divertirse por la tarde, y que resultaría mayor el inconveniente de celebrarse las corridas de toros en días de trabajo, porque como ésta era ya entonces *diversión tan general en España*, serían muchos los jornales que se perderían (1). En lo relativo al punto de santificar las fiestas, alegaron contra los que pedían rigor en ello, que poco nuevo podía perderse, porque en cualquier día de la semana que se corriesen los toros, quedaba el precepto religioso quebrantado por la costumbre que existía de que fuera en los domingos cuando «se ocupasen todos los oficiales en levantar barreras y tablados, haciendo de la fiesta día ordinario» (2). Mas frente á tales razones los contrarios en opinión insistieron bizarramente en citar á Pío V, á quien debía obedecerse, porque lo había ordenado de *motu proprio*.

La polémica cobró con esto gran animación. Los pareceres, ya divididos, se subdividieron hasta el infinito, ganando en pasión al partirse. Hubo hidalgo que hasta afirmó que el caso era grave y debía someterse á una junta de *teólogos y juristas*; más, por fin, en un momento en que por las peripecias de la disputa se vieron agrupadas las opiniones de la mayoría, se acordó que las cosas quedaran por lo pronto en el mismo lugar que estaban...



Sin embargo, el asunto no paró ahí. Despierta la afición taurina de los procuradores y cercano el día de San Juan, en que, según se anunciaba, habría corrida, volvió el *Reyno* á tratar de la materia, aunque esta vez con menos inflamación de ánimos.

En primer lugar logróse que todos se armonizaran para el nombramiento de comisiones, encargadas de tomar ventanas para la fiesta, y, lo que parecerá más peregrino

(1) *Ibidem.*

(2) *Ibidem.*

á los lectores, para que, además de lo que tocaba á lo de las localidades, se ocupasen en lo concerniente á... la merienda.

Pero aún hay más. Seguidamente uno de los procuradores propuso que gozaran también de lo uno y de lo otro *sus propias mujeres*, y por no estar todos acordes sobre este extremo, acudióse á la consulta de precedentes y se sometió la cuestión á votos. Los de Burgos votaron en pro de que se tomasen ventanas, se aderezasen como era debido y se diera «colocación muy honrada y cumplida», conforme á la calidad del *Reyno*; pero se manifestaron en contra de que fueran igualmente favorecidas las mujeres. Los demás fueron votando después con toda solemnidad. Muchos, contra el parecer de los de Burgos, lo hicieron en el sentido de que se había de «regalar á las mujeres como ellas merecían», con lo cual quedó en definitiva esta tendencia triunfante, y alguno, puesto ya en semejante camino, se extendió, desde luego, á pedir que la colación fuese de «cuatro platos de frutas verdes y cuatro de cosas dulces, duplicadas las veces que á los comisarios pareciese». Amplióse de esta suerte la materia, se volvió á examinar precedentes, y tras de una larga discusión, se acordó al fin *por mayor parte*, como se lee en las ACTAS, se hiciera lo que en las Cortes pasadas, es decir, «dar á cada una de las señoras mujeres de los procuradores y secretarios, á ocho ducados para ventanas y doce libras de colación de como la pidieren», y al *Reyno* «doce diferencias de cosas duplicadas ó treducadas, como á los comisarios pareciese...» (1).



Según se ve, en materia de toros, aquellos honrados hidalgos habían perdido el juicio tan por completo como los más furibundos aficionados de los tiempos presentes;

(1) *Ibid*, pág. 516.

mas creemos que no por eso debe menguar el respeto que merece aquella institución, ni olvidarse la importancia que tuvo. Diversos autores, y entre ellos Capmani y Marina nos han contado la influencia que tuvo en transcendentales acontecimientos históricos, y sabido es que en no pocas ocasiones halló en las Cortes Felipe II, que aparentaba mirarlas con desdén, graves y aún invencibles obstáculos á más de cuatro fines obstinados de su política, sobre todo en lo relativo á Hacienda.

Corrieron los días, y al llegar las vísperas de San Juan volvió el Reino á ocuparse en los preparativos de la fiesta. Pero nuevos é inesperados sucesos dieron carácter distinto al asunto.

Había ocurrido que al acudir los comisarios al *Receptor*, ó Tesorero de las Cortes, en demanda de plata para la merienda y las ventanas, contestóles éste que no sólo no podía satisfacerla, sino que iba á verse obligado nada menos que á vender ó empeñar un censo de su propiedad para cumplir con más de alguna libranza del mismo *Reyno*...

La noticia cayó como una bomba entre los procuradores, más no tardó en sobrevenir la reacción... En casos como aquél, los hidalgos representantes de las 18 ciudades solían oponerse con la mayor austeridad á tomar dinero prestado, aunque las obligaciones apremiasen. Pero ¡oh poder mágico de la *afición*!... Ella pudo más que otras consideraciones. Exaltado por ésta, uno de los dos procuradores por Burgos propuso que el *Reyno* hipotecara una cantidad que había de cobrar en Septiembre, y aunque el procurador por Sevilla se opuso, los demás dieron su conformidad á la propuesta, y la *afición* quedó victoriosa (1). Cincuenta mil maravedises, ó sean unos 4.500 reales de los de hoy, constituyeron la cantidad que se acordó pedir...

(1) 19 de Junio de 1586, Tomo VIII, página 536.

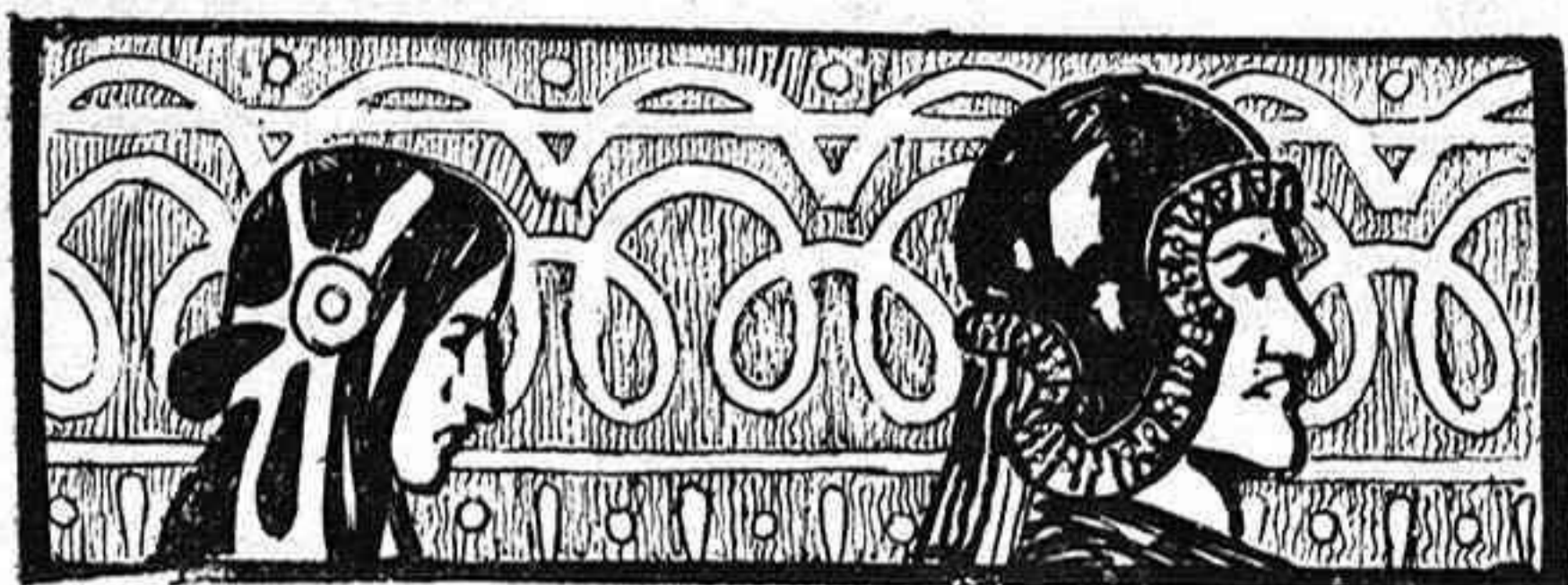


Ahora dos líneas para concluir este apunte, dejando para otros ingenios su comentario: la corrida que había dado lugar á tantas disputas, no pudo celebrarse por haber surgido, según parece, obstáculos mayores.

La^a afición taurina de las Cortes quedó, no obstante, de manifiesto con entera evidencia en las ardorosas discusiones á que nos hemos referido, y vióse entonces que tenía tanto arraigo como que para satisfacerla se hallaron dispuestos los procuradores, de una parte á sofocar aquellos escrúpulos que pudiera suscitar en sus conciencias cristianas el combatir ideas del Santo Padre, y de otra á quebrantar sus tradicionales miramientos en el sagrado punto de los intereses.

Ejemplo, que servirá á lo menos de algún consuelo á los aficionados de hoy, ya que no pueda ni deba servir de disculpa á sus sacrificios en aras de la *Diosa*.





❖ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❖ EL POR-
VENIR DE PACO TU-
DELA ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

IV

ADOLESCENCIA DEL HÉROE

SI á un individuo que no sabe nadar le cogen y le tiran al agua, una de dos: ó se ahoga, hundiéndose como un plomo, ó se sostiene manoteando, escupiendo líquido, rojo de susto y casi asfixiado, hasta que, haciéndose al nuevo medio, recobra en algo sus facultades y se las bandeja un poco mejor, mas sin sostenerse nunca con la soltura, gracia y maestría de quien aprendió á luchar con las embravecidas olas y conoció el agua fuera de lebrillos y jofainas

Este símil acuático expresa la sensación que en Paco causó el bullicio mundano, representado á sus ojos por el jaleo, bulla y algazara de la Universidad.

Aquellas clases revolucionarias eran muy distintas de las tranquilas del colegio. El profesor explicaba, no para media docena de discípulos, á quienes conocía per-

fectamente, sino para las trescientas ó cuatrocientas inteligencias reunidas en el aula. Allí no se preparaba el manjar espiritual según convenía á cada temperamento; allí arrojábase el grano á puñados, y su germinación dependía en mucho de las fuerzas naturales.

A pesar de la soledad espiritual en que se veía, Paco estudiaba asiduamente, procurando aclarar él solito los misterios en que se envuelve toda ciencia nueva. Mas, á pesar de cuanto hacía, su conocimiento quedábase imperfecto, falto del último toque, del cincelado final, con que se completaba, al recitar diariamente la lección ante un profesor paciencioso.

El número excesivo de alumnos hace imposible en la Universidad tal método de enseñanza. Por esta causa algunos estudiantes ven transcurrir el curso sin ser preguntados una vez sola, y esto, fomentando el fermento perezoso encerrado en toda alma, hace que los chicos descuiden los estudios poco á poco, hasta concluir por no mirar un libro.

Así sucedió con Paco. Primero dejó de estudiar un día, y se asustó mucho por ello, y le remordió la conciencia. Luego su pundonor de estudiante se fué encalleciendo, y ya no se alarmó tanto, y al fin concluyó por no estudiar en absoluto.

Seguía acudiendo á clase, pero esta única disciplina la rompió también, y, seducido por los amigos que crea el tráfigo de la vida universitaria, hizo novillos, al principio muy de tarde en tarde, con más frecuencia luego.

Las mañanas, sobre todo, eran las indicadas para tales escapatorias. Paco salía del almacén tempranito, bien arrebuñado en su capa, sintiendo en la cara, medio cubierta por el embozo, el halago fresco del aire matinal. Radiaba el sol en el alegre cielo que caracteriza al invierno de Madrid. Envueltas en mantones y moviéndose rápidas para evitar el frío, porteaban las cocineras sus cestos; en las esquinas los cafeteros despachaban tazas de turbio líquido humeante sobre mesas sucias; discurrían, acelerados, obreros, empleadillos, estudiantes; abríanse con es-

trépito las tiendas; tintineaban rústicas esquilas de ganado, y en todo el espacio parecía vibrar una vida joven, sana, alegre, tonificada por la frescachona brisa del Guadarrama y por los rayos del sol que templaban la crudeza invernal.

Al emprender su camino, Paco no pensaba en faltar á clase, pero según acercábase á la Universidad, su memoria reproducía el aula triste y fría, los bancos polvorientos, alineados bajo la luz muerta de la claraboya, y el espacio libre y soleado del campo surgía tentador en su recuerdo. Trataba de luchar, y tal vez venciase, mas ¡oh fragilidad humana!, en la puerta le esperaban unos amigos, accedía á sus ruegos, y volviendo las espaldas al deber, se largaba bonitamente por esos mundos de Dios.

Casi siempre la pandilla se componía, á más de Paco, de Felix Torresano, de Adolfo López Honesto y de Braulio Mosete, nombres que repercutían en vano las bóvedas universitarias, mientras sus poseedores vagaban por montes y por valles.

Los pinares de la Moncloa eran teatro de sus proezas. Bajo las copas redondeadas de los árboles corrían, tiroteándose con piñas secas. Luego descansaban y, mirando lucir el sol entre las agujas de los pinos, sudorosos y jadeantes, hablaban de lo divino y de lo humano, mezclando en su charla descosida puerilidades propias de la infancia que en ellos concluía, con ideas serias, alguna vez más profundas de lo supuesto por los muchachos, primeros vagidos del alma viril que despertaba.

Mosete, chico rubio y listillo, hablando de la inmortalidad del alma, declarábase materialista acérrimo. Todo concluía en la fosa; que no le hablasen de otra vida.

—Desengañaros, hijos, desengañaros,—clamaba.—El alma es producto de la necia vanidad humana. No queremos ser como todos los demás seres de la creación. No queremos morirnos en absoluto como se mueren las hormigas, los elefantes, las ballenas, las pulgas, y claro, para eso inventamos el alma, esto es, algo inmortal, intangible, que prolonga indefinidamente nuestra existencia. Y

por esto no paso. Es una tontería, sí señor, una tontería, y á más una ridiculez, pues sólo con pensar en lo raro que estará Torresano con unas alitas, se ve lo infantil de ese sistema, bueno sólo para ser creído por beatas flatulentas.

Félix Torresano, que era espiritualista, y á más tenía mucho amor propio, trataba de refutar opiniones tan heterodoxas:

—Pues mira, digas lo que digas, el alma existe. Yo creo firmemente en su existencia. Aquí dentro (golpeando el pecho) hay algo que afirma: «Tu alma es inmortal, tu alma perdurará.» Sólo así podemos sobrellevar la carga de la vida. Sólo con esa esperanza de un reposo consciente, beatífico, digno del hombre, distinto del aniquilamiento absoluto de los materialistas. ¡Ah, ilusos, pensar que con la muerte todo acaba!

—Ya lo creo que se concluye todo,—replicaba Mosete. —Y es lo mejor de cuanto puede pasarnos. Si la vida futura fuera tal como nos la presentais, sería una prolongación de ésta, de sus luchas, de sus tormentos, de sus tristezas. Y para ese viaje no hacen falta alforjas. Repito que pudrirse en paz es lo mejor.

El pensamiento de aquella putrefacción pacífica encantaba tanto á Mosete, que, levantándose, daba tres ó cuatro saltos como muestra de satisfacción. En tanto seguía la controversia, y Félix decía:

—Pero hombre, ven acá; atiende á razones. Infinitos y grandes pensadores han sostenido que el alma es inmortal. Sócrates, los padres de la Iglesia, Tertuliano y otros filósofos. ¿Qué puedes responder á Sócrates?»

Braulio no tenía nada que contestar, y á Sócrates le conocía muy imperfectamente; así contestó:

—Sócrates era un zanguango y los Santos Padres unos alucinados.

Aquella herejía sacaba de quicio á Félix, quien, perdida toda filosófica calma, gritaba:

—Y tú eres un animal. ¿Lo oyes? Un animal á quien, por bruto, suspenderán en Metafísica.

—A ti sí que te darán calabazas, carca.

—¿Carca yo?—Félix se levantaba. La cosa poníase fea y Paco intervenía en unión de Adolfo López Honesto, persona dulce y pacífica.

—Pero qué majaderos sois—opinaba Tudela.—¿Qué os va, ni qué os viene en lo de la inmortalidad del alma? Ya saldréis de dudas cuando os muráis. También es gana de incomodaros por eso.

—Claro, como tú eres un ave fría, no te se da un pito de nada. Hijo mío, ¡eres más soso!—replicaba Mosete.

Paco, picado por ataque tan injusto, se encerraba en digno mutismo, mientras López Honesto le defendía diciendo:

—Ríete, ríete, tontaina. Paco tiene más talento que todos nosotros juntos. Ya, ya verás, si no al tiempo. Este será lo que se le antoje; no tiene más que querer.

—Tú y él podéis iros á la Meca, que es adonde os mando.

—A mí no me mandas á ninguna parte, ¿sabes?

—Vamos, cállate, que te desprecio.

—Pues no quiero callarme, ea, y os lo digo á los dos, á tí y á Torresano, os ponéis carganteís con vuestras gansadas.

Torresano, que mordía el freno desde hacía largo rato, aprovechaba aquella oportunidad para desahogar su bilis respondiendo con perversa intención:

—Gansadas, gansadas... ¿Qué sabes tú, majadero? Y sobre todo, mira, más vale decir gansadas que llevar una americana tan ridícula como la tuya.

Risa general y conclusión de la disputa, pues la chaqueta de Adolfo López Honesto tenía la eficaz virtud de terminar las discusiones, uniendo á los adversarios con el vínculo de un fraternal regocijo, y así quedó resuelta, por entonces, la cuestión de la inmortalidad del alma.

Cuando el tiempo estaba lluvioso, el billar de Prada recibía á los amigos en sus hospitalarios salones. Por su gusto no hubiese ido Paco á aquellos parajes, que le eran profundamente antipáticos, pero López Honesto y Mose-

te se pirraban por echar unas carambolas, y allá iban todos.

Aunque Tudela trató de aprender á jugar, su torpeza fué tan grande é irreductible, que hubo de desistir de tal empeño. Lo más que hacía era marcar los tantos á los jugadores, y aun á veces abandonaba esta tarea, y repan-tigándose en un diván, sumíase en vagos pensamientos, mientras ante sus ojos adormilados rodaban las bolas amarillentas sobre el paño verde. Aquellas esferas de marfil parecían moverse con fuerza propia y racional. Se unían, se separaban, chocaban con chasquido seco, tropezaban sin ruido en las bandas y, despedidas otra vez, perseguíanse, huían retrocediendo, buscábanse y, esquivando encuentros, se enlazaban graciosamente en curvas y en círculos, inquietas, infatigables, perdiendo la vista en la maraña de sus danzas y giros.

El humo de los cigarros enturbiaba el aire, y en aquella atmósfera, humosa y caliente, Paco se aletargaba. Hubiera querido marcharse, mas la pereza, el entorpecimiento de su voluntad, le impedían hacerlo. La timidez le apri-sionaba y allí permanecía hasta que, concluída la sesión, los carambolistas salían á la calle con los ojos pitarrosos y enrojecidos é impregnadas las ropas de olor de tabaco.

Cuando llegó el mes de Junio, suspendieron á Paco. La aflicción del reprobado y de su madre, fué inmensa. Doña Irene consolóse, en parte, vociferando contra los catedráticos culpables de aquella injusticia; pero Paco recibió una herida más honda con aquel primer desenga-ño, dudó de sí mismo, y adivinando el defecto de su vo-luntad, juzgóse sin fuerzas para corregirlo. Las lecciones particulares que tomó, le reintegraron en sus hábitos an-tiguos. Gracias á ellas logró ganar el curso, y como una vez descubierto el remedio se le siguió aplicando con éxito, los triunfos posteriores consolaron á doña Irene del fracaso inicial.

Con las sacudidas y tumbos de la vida, se endureció algo el barro tierno de que se formaba el alma del joven, y adquiriendo mentida fortaleza, resguardó con ella el

espíritu medroso y encogido de los años primeros. A simple vista, Paco era un muchacho como todos los demás, ni peor, ni mejor, ilustradillo, con ribetes de erudito y literato, de palabra fácil, dispuesto á divertirse y permitiéndose alguna que otra francachela ó festeta. Pero por dentro, por bajo la costra endurecida, formada sobre su timidez por el contacto del mundo, subsistía la voluntad desmayada y perezosa que le entregaba maniatado al más fuerte. Como en la fábula, el barro podría coexistir con el hierro, mientras la vida fuese tranquila, pero si un incidente cualquiera les hacía chocar, al primer golpe quebraríase la arcilla, rota y deshecha, no obstante su aparente solidez.

Las amistades, las clases, los paseos, quitando tiempo á Paco, le hicieron ver menos á Castita, quien, cumpliendo las promesas de su infancia, pacífica, se revelaba como mujer apacible, laboriosa y tan sensata y equilibrada, que por su fresca boca parecía fluir la sabiduría doméstica, la humilde y difícil ciencia del hogar.

Compadecida de la soledad de su sobrinilla, doña Irene la convidaba á almorzar los domingos, y después daban las dos su vuelta por Recoletos. Durante aquellos almuerzos Paco desplegaba su labia, y ambas mujeres le oían pasmadas y boquiabiertas. Castita, que en los profundos de su alma admiraba mucho á su primo, sentía escuchándole un regocijo inexplicable, que hacía la reír sin causa precisa y animaba la serenidad de sus ojos oscuros.

La sensatez y el sentido común, que eran las cualidades dominantes en Castita, se adormilaron, sin duda, algún tiempo. Cuando despertaron, enteróse la niña de Muchamiel de que se estaba enamorando de Paco como una tonta. Aquel descubrimiento la alarmó muchísimo, pues ya se le alcanzaba á la chica que pensar en casarse con aquel doncel, dotado de tanta y tanta perfección y destinado á porvenir tan lisonjero, era un disparate de los gordos, más como era la prudencia y la razón mismas, ni lloró, ni empalideció, ni se consumió con románticas zozobras. Guardó aquel cariño naciente allá

en el fondo de su alma, donde sólo ella podía verle, y siguió almorzando muy tranquila con su tía y primo, quienes no sospecharon la existencia de aquel sepultado amor.

Un domingo de Febrero, al volver Castita á su casa, encontró enfermo á su padre. Evaristo, que nunca fué muy robusto, se quejaba de fuerte dolor de costado y se revolvía en el lecho con inquietud suma. Tales síntomas alarmaron mucho á la chica, quien, desoyendo las palabras de Teodosia, que decía ser aquello un catarrillo, envió recado á su tía Irene y al médico.

La lencera acudió desalada, con la mantilla á medio poner, y en unión de Paco, y casi al mismo tiempo, entró el doctor.

Examinado el enfermo, y dichas las frases vagas que son de ritual ante el paciente, pasaron todos á la sala. Allí doña Irene, siempre impulsiva, habló:

—Diga usted, diga usted. ¿Qué cree usted que podrá ser esto? Un causón, á lo más, el trancazo, porque pulmonía no permita Dios.

—Señora, no podemos engañarnos. Es una pulmonía y el enfermo está muy grave.

Aquella tremenda noticia cerró la boca de Irene. Castita nada dijo, colocó las manos sobre la falda y comenzó á plegar la tela muy menudamente. Mientras ejecutaba este movimiento maquinal, una aflicción inmensa, infinita, caía sobre ella ensordeciéndola, cegándola, alejándola de aquel sitio, del mundo visible y palpable.

Al mismo tiempo, Teodosia, con pausada entonación y cortando los párrafos con incisivos, fórmula oratoria que juzgaba muy distinguida, decía al médico:

—Respetando, doctor, su opinión, diré, y al decirlo cumplo un deber de conciencia, que juzgo ser la enfermedad de mi hermano Evaristo un constipado fuerte, un catarro semejante al que, el invierno último, aquejó á Gaston, Gran Duque Heredero de Meitzingen, y cuya enfermedad, como usted sabe, produjo tremenda impresión en las Cancillerías Europeas.

Al principio, el médico escuchó á Teodosia con atención, pues aquella dama imponía respeto á quien no la tratara, mas pronto comprendió su chifladura, y dirigiéndose á Paco le dijo:

—Yo encuentro muy mal á D. Evaristo, pero muy mal; tanto, que si estas señoras hallan ocasión propicia, deben hablarle de la conveniencia de prepararse, y... usted—añadió, dirigiéndose á doña Irene—puede decirle algo. Yo no dudó...

—Ay, no, no. No por Dios. Yo no sirvo,—replicó vivamente la interpelada—¡qué trance, Virgen de Atocha, decirlo *eso* al pobrecito! No puedo, no puedo. Mire usted, yo soy muy blanda de corazón, y si principio á hablarle, rompo á llorar y le digo:

—¡Ay, Evaristo de mi alma, te nos mueres, te nos mueres!

—No juzgo preciso confesar á mi hermano—pronunció Teodosia con infinita majestad,—sigo creyendo que su estado no es grave. Sólo un fuerte catarro, *coriza* que dicen en el extranjero, padece y nada más. No se hable de confesión.

El doctor miró entonces á Tudela como preguntádole. A la muda interrogación, contestó Paco diciendo:

—Yo se lo diré, vaya usted tranquilo.

—No, si tranquilo me marchó. No es cosa de prisa. Pero ya sabe usted que á veces los acontecimientos se precipitan y es mejor...—Se fué hablando y prometiendo volver. Quedóse sola la familia.

Teodosia, irritadísima por el poco caso hecho á sus palabras, paseaba de un extremo á otro de la sala sin decir palabra, con los brazos cruzados y hosco mirar. En cambio, doña Irene, sentada en un butacón, hablaba y hablaba, enumerando á Paco todas las pulmonías sufridas por sus parientes y amigos y los particulares de cada una. De cuando en cuando, la viuda dirigíase á Castita para recordarle algún detalle de cuanto el médico dijo. Mas la memoria de la chica no necesitaba ayuda, pues ejecutaba todo, sin perder su calma, silenciosa, ata-

reada, cruzando los cuartos sin ruido, semejante á una sombra benéfica.

Pero tras aquella tranquila apariencia, rugía la feroz tormenta de su pena. No la cogió de susto la terrible noticia, no; en cuanto vió á su padre postrado, adivinó lo que se le venía encima. Por su gusto hubiera gemido, hubiera abierto las fuentes de sus ojos, se hubiera hartado de llorar. «Se muere, se muere sin remedio. Te quedas sin padre, sola, solita en el mundo». ¡Dios, qué dolor pensar en aquéllo! Las lágrimas subían á raudales, las manos se crispaban prontas á retorcerse, pero, ¿á qué conducía el gemir? Ya lloraría; ahora á cuidar del enfermo, á mullirle las almohadas, á prepararle las medicinas.

Y el llanto volvíase adentro, cayendo otra vez sobre el oprimido corazón, la voz se aclaraba, los dedos sujetaban firmes el frasco de donde se desprendían lentas gotas, y Castita las miraba caer atentamente, mientras en su cerebro se repetía la frase aquella: «Tu padre se muere, te quedas sola, sola.»

Sacando fuerzas de flaqueza y con sudores y angustia, dijo Paco al enfermo lo que debía decir. Por suerte para todos, Evaristo oyó el terrible anuncio con indiferencia. ¿Querían confesarle? Se confesaría. Y vino el cura, luego el viático, sonaron campanillas, cruzaron los cuartos gentes desconocidas, desapareció después todo entre humo de incienso y tufo de cirios, y pasando el tiempo, lento y rápido, trajo en el séquito de sus horas la última de Evaristo.

Por primera vez, desde que era hombre, Paco se halló ante la muerte. Al principio, experimentó miedo, repugnancia, luego curiosidad intensa que casi le hizo envidiar al muerto, conecedor ya del arcano eterno. En vano contemplaba la callada boca, los globos apagados de los ojos, esperando ver en ellos reflejos de verdad, Evaristo guardaba el secreto, y en el rostro sereno, incommovible, todo era paz absoluta, misterioso sosiego.

Presidiendo sólo el duelo, pues un señor de caballerizas que debió acompañarle excusóse á último momento, Paco

meditaba sobre la muerte, contemplando al través del vidrio el carruaje fúnebre que le precedía. Allí, dentro de aquella caja negra, iba el muerto, indiferente á todo, sin sentir la humedad de la lluvia continua que caía, ni las sacudidas que hacían bambolear el féretro. Pasaban calles, plazas, paseos, la ciudad entera quedábase atrás, y con ella quedaba la vida, el bullicio alegre, el amor, la familia, que se alejaban irremediabilmente, al rodar lento del coche donde se iba el pobre Evaristo.

Quedó lejos Madrid, corrieron más deprisa los vehículos por una carretera encharcada, subieron una cuesta y, contorneando un cerrillo, detuviéronse ante la puerta del cementerio. Incesante, perennemente goteaba la lluvia y con ella descendían de lo alto campanadas tristes, quejumbrosas, que sin volar lejos, detenidas por la red del agua, vibraban largo rato, prolongándose y fundiéndose en un solo sonido melancólico.

Bajaron el ataúd. Saltando charcos se reunieron en el portalón de entrada los asistentes al entierro, figuras vulgares, que resguardaban sus trajes negros bajo la cúpula de los paraguas. Tras la caja entraron todos en la capilla entenebrecida y húmeda. Cantó el cura un responso con voz catarrosa, salieron luego, y siguiendo otra vez la caja, que se balanceaba sobre sus portadores, cruzaron el camposanto.

Al pasar junto las tumbas, Paco leía epitáfios, nombres, cifras. La vida entera yacía allí. Hermanos, padres, esposos, hijos, grandes y pequeños, viejos y jóvenes, allí reposaban todos. Ochenta años, dos meses. La muerte iguala las edades, y ante ella el tiempo se borra y huye. La multitud inmensa de muertos, donde la existencia se cimenta, apareció aterradora é imponente á Paco. Mas el aspecto tranquilo, la paz infinita que envolvía con manto de apartamiento el recinto, despojó á la nada de su apariencia terrible.

En todo el espacio se oía ruido alguno, sólo el agua, cayendo rumorosa, lo llenaba con su murmullo musical. Un pájaro voló desde una tumba piando apagadamente, y

el vientecillo movía blando las coníferas, los sauces, los evonimos, toda la flora fúnebre que se esponjaba con la lluvia menuda.

El cortejo se detuvo. Ante una fosa abierta tornó á salmodiar el cura resguardado por un paraguas. Bajaron luego la caja al hondo agujero, cayó la primera tierra arrojada con cuidado, disimulóse el negror del ataúd entre los terrones grasos y amarillos, y más y más tierra cayó después á grandes paletadas, sepultando, alejando, borrando del mundo á Evaristo Muchamiel.

En el atrio, Paco despidió el duelo. Los coches volvieron á la villa, abandonando al muerto. Por algunos instantes, Tudela contempló Madrid, que frente á él apelmazaba su caserío envuelto en neblina, en ráfagas de lluvia, coronado con el humo de mil chimeneas. «Allí, pensó Paco, «anidan como aves de mal agüero las penas, las tristezas, las terribles luchas.» Volvió la vista y vió tras sí el patio callado, lleno de tumbas blancas que se esfumaban en la sombra naciente. «Cuánta paz», se dijo; «cuán dulce reposo». Los muertos dormían, lejos de todo combate, arrullados por la muerte, eterna y única consoladora.

Un deseo de tranquila existencia, un anhelo de vida pacífica, obscura, ignorada, semejante á aquel dormir perdurable, invadió imperiosamente el ánimo de Paco. No volvería á Madrid, no tornaría al vivir amargo, al vivir más triste que la muerte. Los fantasmas halagadores que se cernían sobre su porvenir, se le antojaron mezquinas apariencias, indignas de atención.

Mas no pudo seguir pensando en tales cosas, pues á un gesto que hizo, el cochero, impaciente, se creyó llamado y arrimó el coche. Avergonzándose de su meditación, Paco entró en el carruaje, y dejando atrás la compasiva muerte, callada y eterna, fuese hacia la vida, cruel y turbulenta, pero eterna también.

(Se continuará.)



GLOSARIO DEL MES

HACE varios días que estoy intentando conmovirme con esa tragedia que el fanfarrón decir de unos cuantos periodistas ha calificado de *gran*. Me refiero á los acaescimientos habidos en Servia.

El espectáculo, digno de que cualquier Esquilo redivivo lo eternice en estrofas de ritmo grave, es, como dicen los venerables y taciturnos sociólogos, «una gran lección». No hizo bien Eolo desencadenando aquella noche los malos vientos de la demagogia sobre el palacio de Belgrado, para que la *Gran bestia* arrojara sobre cuerpos ungidos con el óleo santo de la majestad, toda su villanía; para que sobre el cadáver de Jorge—sucesor de aquel rey que pasea con su tristeza y con sus cocotas por una novela de Daudet—se elevase el de ese príncipe que Catulo Méndes encontraría «demasiado difícil». ¡Oh fatalidad cruel, pesadumbre de ideas heredadas, que haces de las mujeres galantes la eterna *isla de las circunstancias*, donde tantas vidas vacilan, ruedan y fenecen! ¡Oh cortesanía fementida, que así apolillas una de las instituciones

más altas de la tierra, la realeza! No fué el rey quien cayó, fué el hombre, el hombre débil, irresoluto, volteado eternamente por el veleidoso viento de una mujer, que era bella, ambiciosa y sentimental. Y dice Paracelso:—¡Oh, amado Karageorgevitch!—«Los verdaderos maestros son los ojos que se recrean en la experiencia.»

EN la fracasada carrera París-Madrid, uno de los *chauffeurs* (¡perdón, hablistas venerandos!) murió abrasado al chocar é incendiarse su potente máquina. La civilización es á veces piel de cordero con que el salvajismo humano se disfraza; y perdono al ingeniosísimo Saj la mortificación que me causó el saber apuntada por él antes que por mí, tal idea en la «Europa Salvaje.» Pero Saj se refería al siglo XIX; estamos en el XX, y hemos adelantado aún más. ¡Ya lo creo!... ¡Fuera disfraces!... La industria modernísima quema á un pobre hombre en aras de su exhibicionismo sórdido, lo mismo que el brazo secular de nuestro gran Felipe II quemaba repugnantes brujos, judaizantes sanguinarios y criminales relapsos de la Santa Inquisición. ¡Ya lo creo que adelantamos!... Si arraigar pudieran nuevamente en nuestra literatura dramática los arcanos teológicos y poéticos símbolos de los *Autos del Sacramento*, y surgiera un artista que en tan purísimos manantiales bebiera, acaso dramatizando los incidentes sangrientos habidos en la primera y última etapa de la desenfrenada lucha mecánica de velocidades fantásticas, reproduciría las filosóficas estrofas del *Auto de la Verdad y la Mentira*:

«Porque aquesta triste vida
 »Que en este mundo vivimos,
 »Es una breve corrida
 »Que casi cuando es sentida
 »Para el otro nos partimos»...

y en vez de aquellas acotaciones de *Cae la muerte y su silla en el suelo*, etc., etc., leeríanse en el *Auto* del siglo XX y su carrera: «Vuela rápido el tiempo. Fulgores rojos. Entra la eternidad. Sombras. Oyense acordes sollozantes, que van expirando en angustiosos ritmos, cual prolongado y amarguísimo lamento.»

EN la monotonía gris de esta primavera lluviosa hubo un día de sol. Y en él, bajo la luz bienvenida, una fiesta de paz.

Recuerdo que la capilla engalanada trascendía más á flores que á incienso, y recuerdo también cómo los velos blancos de las niñas aleteaban con temblor unánime al paso del misterio, el primer gran misterio de la vida que iba á pesar sobre sus frentes cándidas.

—*In pace, in idipso, dormiam et requiescam.*—Descansaréis en paz, bajo mis alas, decía el altar vestido de encajes; ¡en paz!, los blancos velos; ¡en paz!, los rostros sonreidores de las monjitas; ¡en paz!, los atildados muros, y la mística bóveda, y las pæces, y las músicas, y el sermón benévolo del ministro de Dios. ¡En paz!... Pero en el huerto brillaba el sol madrugador, y cantaba la vida. Y a queste fué un día de Primera Comunión en el Colegio de los Sagrados Corazones y Adoración Perpetua.

LEGADO que fuese el óbito de grandes é preclaros poetas, recogerse han los otros, que andan á lo que se roe, así rimardozuelos á tantos maravedises el romance, como autores de comedias para la farándula, que aun retirados y roñosos de puro ahorradores de ingenio que son, suéltanse á llorar en elegías que es una compasión oillos.

De suerte que so color de loar al muerto enderezan discursos contra gentes poco afetas al castellano, que á lo que se entiende paréceles mejor cosa extranjera, y en esto muncho se acercan á Cervantes y Quevedo, que entendían de lengua toscana y copiaron harto della.

Bien se deja comprender su gran fatuidad, que lo es mucha, non conoscer aquesto é publicar versos engolados que ¡válgame nuestro patriarca San José! si han sentido, nin siquiera medida. Arrójanse sobre la carne muerta, como cuervos, para gomitar improprios é cuantabilis tienen en su hígado podrecido, que á lo que parece es mucha, y se preparan á mal morir enterrando bien á los demás. Y hay ahora una falanje de poetas, que bien

semejan á D. Luis de Góngora, pues componen de suerte tal, que los más viejos se soliviantan y encocoran y toman de su carcaj las envenenadas flechas que así sirven para lloramiqueos ultratumbescos como para dar lecciones á los impúberes en el *dialecto de Cervantes*.

Como si llegados casos tales non fuese mejor decir así:

Aquí yace Don Gaspar;

(Si por acaso desta suerte se llamase el interesado).

nó escribió verso ninguno
en que deje de dudar.

DICEN que el Rey va á Cartagena á disolver la escuadra de instrucción. Y es de pensar: ¿En qué infeliz ó irónico caletre habráse suscitado la idea de este festejo funeral? Preciso es advertir que antes de disolverse la tal escuadra-escuela, lucirá ante el monarca con sabias maniobras el tesoro de sus habilidades. El jefe del Gobierno muestra deseos de acompañar al Rey en su viaje, sin duda para poner á la lección macabra el comentario que acaso pudiera no ocurrirse á la juvenil inexperiencia de Alfonso, el décimotercero. Y el comentario comienza como sigue: «Señor: frente á la azul grandeza del mar histórico...» Y el alma socarrona de la Historia posible es que sonría viendo cómo, sobre las aguas del susodicho mar, los barcos de España gallardean melancólicamente antes de morir con muerte de miseria y de olvido.

ALGUNOS simpáticos compañeros se han empeñado en añadir tres letras á mi pobre R y en creer que yo —Juan Ramón Jiménez— me llamo Juan Ruiz, como el divertido arcipreste de Hita. Y aunque bien quisiera yo ser otro Juan Ruiz, reconozco que mi alma tiene poco tesoro de refranes, de sátiras, de sales y de chistes. Séame concedido abreviar mi nombre vulgarísimo; y en este deseo encuentro ya mi parecido con el eximio arcipreste:

*Quiero vos abreviar la predicación;
Que siempre me pagué de pequeño sermón,
E de dueña pequeña, et de breve razón...*

Así pues, á los compañeros que me llaman tan cariñosamente Ruiz, les ruego con encarecimiento que no me lo llamen, y que después de mi R pongan sólo un punto.

PPRIMEROS días de Junio. Tengo el corazón destrozado, porque una mano cruel ha roto el idilio más bello de mi vida. Y como estos días no hay en mí más que un amargo recuerdo ahogado en lágrimas, he de hablaros de mi pena, y he de escribirla en verso y en prosa y en el horizonte, con miradas tristes. Porque estoy enamorado y preso como Macías, y porque alguien, un celoso caballero ó una abadesa celosa, me ha atravesado también el pecho, arrojándome su lanza desde un jardín. Ojos azules que me acariciaban, labios rosas que me daban besos, manos finas que me traían flores, ¡ya nunca os volveré á ver!

Más allá de la ciudad, por esos amarillos campos abiertos, á la hora del sol poniente, ¡qué triste te me apareces, tren ignorado y negro que te llevaste, no sé qué día, no sé á qué hora, la visión alegre de mi vida, la novia de mi vida, con su toca blanca y sus lágrimas bajo la sombra del manto! Yo no sé si ella se consolará con sus amores á la santa Virgen María; yo, al menos, no puedo consolarme con las rimas. Y mi cuarto está solo y vacío para siempre; ya no se me aparece la novia temerosa y ligera, á darme un beso entre la penumbra y á traerme una rosa del jardín. Y mis soñadas noches de luna se han muerto, porque aquellas manos finas no me acariciarán en la sombra azul y perfumada.

Y te fuiste sin yo saberlo, mujer, y no te dejaron besarme ni mirarme siquiera; te sacaron como á un cadáver odiado, como á un asesino, á la media noche, no sé qué día, ni á qué hora, á ti que estabas toda llena de rosas blancas!

Vengo de mirar el jardín desde mi ventana; las mismas flores, la misma brisa, el mismo sol; y aun parece que ella va á surgir de entre las acacias. ¡Qué triste es esta dulce hora de primavera! Los enamorados, los que tienen ojos

azules que los miren, abrirán sus ventanas á la frescura del jardín, ó bajarán á las sendas, frente y cabello al viento; y encontrarán una novia que les dé una rosa, ó un nardo, ó un beso, en la dulzura violeta de la tarde. Yo tuve unas mejillas para mí, en esta hora, unas mejillas que se dejaban besar entre un aroma de azucena y de incienso; pero ya me han dejado solo para siempre, y los crepúsculos pasarán sobre los valles de mi alma y las noches caerán sobre mi tristeza angustiosamente, con soledad de destierro, sin aromas en las flores y sin lumbres en las estrellas.

Amalia, piensa en mí desde tu valle; yo te llevo en mi alma; llévame en la tuya, bajo tu toca blanca, bajo tu manto de luto. Ya sabes que yo haré muchos versos para ti.

PERO ese cursi de Gavilanes, atiborrado de novelas folletinescas en estos meses de prisión, que tiene el descaro de apostrofar á la cocinera—¡oh, Locusta ideal de aquel gran paquidermo que en vida se llamó Celi, Celia, la *nena* y demás zarandajas!—con estas ó parecidas palabras: «Ha sido usted la serpiente de mi paraíso», ¿se habrá creído que estamos dispuestos á llorar su desmán, como el Profeta de las lágrimas sobre los muros de la Jerusalen destruída? ¡Pues ni que se tratara de Prado, Pranzini y demás altos maestros del crimen!—¡Saluda, invicto Vacher, desde tu rinconcito infernal!—No, hombre, no. El asesinar alevosamente á una querida, cuando el dinero va terminando y la tal se permite el lujo de flirtear con otros, y á más de eso, que es ya lo suficiente, sus gracias son escasas—150 kilos de manteca, ni más ni menos;—es negocio que, por vulgar, se hunde en ese gran abismo de la indiferencia, como las traducciones de Hegel hechas por el Sr. Fabié. Además, no sé que interés pueda tener D. Ramiro en salir á la luz. ¡Como no haya inventado alguna martingala en sus negros días de prisión, y con ella intente comprometer de nuevo á esas jóvenes que, como Elena—¡ma fleur!,—están esperando

un París que las arrebate, si no hacia Troya, por lo menos hacia un *pisito de la Carrera de San Jerónimo!* ¡Oh, joven prisionero, desde el primer día adiviné tus aviesas intenciones!

Que siempre están Gavilanes,
De palomas en acecho.

OIGAMOS consoladoras noticias que nos vienen de Italia. Allí, en la Roma de los Césares, unos cuantos mancebos peregrinan por calles y plazas lacerando sus carnes á golpes de disciplina poseídos de místico penitente fervor... Allí, en la Roma de los Mártires hostigados —tras la mala cosecha— por e azote de a escasez, los labriegos, armados de sus hoces, van á la colina donde aún se yergue una columna única del templo á Ceres y á grandes voces— evocaciones de rituales pretéritos—demandan á la diosa, fecundidad para los campos. ¡Bendita seas tú, madre Italia, que has sabido guardar para tus modernos florecimientos aromas de todas las cosas grandes que han criado los siglos en tu suelo! En tierras de Europa florecer suelen sobre el placer, odios y hastío, odios y sangre sobre la escasez. Bendita tú y privilegiada, porque tus hijos aún saben de carnales subir á penitentes llamando á Cristo; aún recuerdan, si hambrientos, el ritmo ingénuo entonado en las viejas campiñas del Lacio, cuando eran nuevas y eran fecundas.

HELIOS

APUNTES INTERNACIONALES

... .. EL NOVÍSIMO

DERECHO DIVINO.....

EL capitalismo moderno culmina en el archimillonario; esa es su flor, desconocida en la magnitud que hoy alcanza en los siglos de la historia y en verdad harto rodeada de espinas. Y al hablar del archimillonario no hago cuenta de los individuos que disponen de fortunas cuantiosas, que ahora medio siglo hubieran pasado por enormes. En la graduación actual, diez, veinte, cincuenta, cien millones de francos no pasan de ser capitalillo respetable, sin ser en modo alguno cosa que dé derecho á su dueño para figurar en la lista ó escalafón de los grandes plutócratas que cuentan su fortuna por centenas de millones de dollars.

No hace veinte años que fué hecho público el testamento de W. H. Vanderbilt, el segundo de la dinastía de ese nombre, padre y abuelo, respectivamente, de los archimillonarios yanquis que hoy lo llevan. Ese documento tiene toda la elocuencia contundente de las cifras y ante él huelgan los comentarios demostrativos de lo que dejo dicho, como una cerilla encendida en pleno día para hacer más visibles los objetos. En resumen, decía así: «Lego á cada uno de mis ocho hijos la suma de cinco millones de dollars, de que podrán disponer libremente; lego, además, á cada uno de mis citados ocho hijos cinco millones adicionales que permanecerán en manos de fideicomisarios, quienes deberán entregarles á cada uno de ellos la renta anual respectiva; lego á mi esposa durante su vida como renta anual medio millón de dollars, mi casa de habitación, mis coches, caballos, mobiliario, colecciones de cuadros, estatuas.»

Para atender á los legados que después venían y á la

renta fijada á la esposa, requeríanse veintiseis millones de dollars, lo que, con los ochenta legados á los hijos en la forma expresada, forma un total de ciento seis millones de dollars. Al llegar á este punto, el testador dice, como quien enuncia un hecho perfectamente natural y corriente: «Y el grueso de mi fortuna lo lego á mis dos hijos mayores para que lo administren, lo mantengan unido y lo disfruten.» Ese grueso pasaba de ciento treinta millones nominales; pero como muchos de los valores que lo formaban cotizábanse con premios que fluctuaban entre de 15 al 25 por 100, según el caso, para un cómputo exacto habría que agregar unos veinte ó treinta millones más.

¿Qué son al lado de esto las fortunas de la antigüedad, las de la Edad Media, ó las que existían hasta mediados del siglo último? Los grandes patricios romanos, de quienes hoy ya todos podemos hablar, gracias á *Quo-Vadis*, no tenían un capital comparable á la renta anual de uno de los numerosos reyes de la finanza ó de la industria modernos. Son los Estados Unidos el país en donde más abundan. Su desarrollo portentoso ha obedecido al estímulo de múltiples causas. En el transcurso de un siglo, la República Americana alcanzó fuerza y vigor nunca vistos, frente á los cuales palidecen los de las demás grandes naciones del mundo.

Hasta no hace mucho, el capitalista reducía su actividad, si era medianamente liberal y generoso, á procurarse satisfacciones agotando los placeres, halagando su vanidad y dejando su fortuna á descendientes menos hábiles, que en una ó dos generaciones volvían al nivel común y en muchos casos caían debajo de él. Hoy todavía, la gran mayoría de esos que, desde el punto de vista de los grandes archimillonarios, son meros pichones de plutócratas, siguen los antiguos métodos: corren tras la moda del día; á más de sus vicios personales, se les ve como aficionados de areostación, protectores de carreras de caballos, marinos de agua dulce, conductores de automóviles, cuyo mecanismo entienden tan mal, que á cada paso registra la prensa universal la noticia de alguno de esos que logró

fama transitoria de telegramas por haberse despampanado la crisma á la vuelta de un barranco.

Pero entre los archimillonarios del tipo yanqui, del cual hay también número no escaso en otras partes, principalmente en la Gran Bretaña, en Alemania y también algunos en Austria y Francia, sin que falten las simples manifestaciones de vicio y de vanidad, se advierte la conciencia del inmenso poder que á su poseedor confiere la riqueza prácticamente ilimitada. Esos señores del dinero no se contentan con gozar de sus rentas; quieren modelar la historia y hacerse sentir como amos y señores. Al lado de ellos es insignificante el poder de los monarcas. Estos carecen á menudo de recursos para realizar sus planes favoritos; díganlo sino las dificultades que para crear una marina de guerra encuentra el Kaiser y los *déficits* que acusan los presupuestos de todas las naciones europeas. Además, ninguno de ellos puede en la práctica, aunque sí pueda en la teoría, hacer lo que le plazca. Pero, ¿quién puede impedirle á un Rockefeller, á un Carnegie, á un Coates hacer de su dinero y con su dinero lo que le venga en mientes? Toda la estructura económica de la civilización occidental, llamada cristiana, está ahí para amparar al dueño de un capital cualquiera, grande ó pequeño, para que haga con él su santísima voluntad. A quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Las grandes combinaciones que influyen en la vida diaria de los pueblos, están en manos de esos monarcas que, sin cetro y sin corona, superan en poder á los jefes de las dinastías existentes y á los gobiernos que los reemplazan en países en que es otro el sistema vigente.

Las líneas de ferrocarril, por decenas de miles de kilómetros, pertenecen á un grupo cuyo poder se encarna en un hombre; esto principalmente en la América del Norte; el *trust* de Morgan domina el Atlántico del Norte, y según voz general, anunciadora de un hecho lógico, cubrirá con sus tentáculos los demás Océanos; el petróleo, el hierro, el carbón, el trigo, el algodón, ó cualquiera de las substancias indispensables para la vida, tienen también su res-

pectivo *trust*, semejante á los demás. La ausencia, en un país dado, de un *trust*, de cuerpo presente, por decirlo así, no justifica la creencia de que el país en donde eso suceda está libre del dominio de los *trust*. La solidaridad comercial del mundo entero, á pesar de las barreras artificiales que imponen las Aduanas y de la distancia, reducida á cantidad insignificante por el vapor y por la electricidad, es cada día más efectiva. Los niveles de los mercados siguen la ley de los líquidos en vasos que se comunican; el acaparamiento del trigo en Chicago encarece el pan en Inglaterra, en Francia, en España, en Alemania, en Italia; los precios que fije en Pitsburgo de Pensilvania el *trust* del hierro y del acero afectan el mercado universal, construcciones de edificios, puentes, railes, canalizaciones de agua y de gas, etc., en todo el orbe se resienten en mayor ó menor grado de la decisión que tomen los reyes delpreciado metal. Serían interminables los ejemplos. ¿Qué autócrata ha podido jamás, ó puede hoy, ejercitar tan poderosa influencia, no sólo dentro de sus dominios, sino en espacios tan ilimitados?

No es extraño que quienes han tenido la habilidad y la fortuna de apropiarse tan poderosos elementos, quieran usarlos para modelar, como queda dicho atrás, el mundo á su antojo, ni que en su mente nazcan ideas de superioridad personal sobre los demás hombres. Las consideraciones económicas á que se prestaría la materia son tan vastas y complicadas, que no hemos de apuntarlas aquí.

Quiero contraerme, á guisa de indicación tan sólo, á una posibilidad que ya alborea en la mente de los archimillonarios, preñada de colosales contingencias para la vida de la humanidad.

Dice Carlyle, si mal no recuerdo, que la palabra *king*, rey en inglés, fué originalmente *kon-nig*, y que ese *kon* corresponde al verbo defectivo hoy *can*, que significa poder, siendo, pues, *kon-nig*, el hombre que puede, que tiene fuerza. Por ese entonces el cetro era una maza y el rey el que más fuerza tenía para esgrimirla é insinuar su

superioridad personal á los demás, aplastándolos si no la reconocían. Primitivamente la fuerza bruta que de la naturaleza individual emanaba era signo patente de la predilección del Creador y constituía,—¡ay del que lo dudara!—una investidura de derecho divino. Así, pues, nació esa quisicosa, hoy casi relegada á la paciente labor de numismáticos, que tanto ha dado que hacer á la pasiva humanidad.

Pero he aquí que la proclamación del derecho divino, renace flamante y lozana en los labios de los archimillonarios.

En una de las recientes huelgas ocurridas en los Estados Unidos y en la que más de cien mil hombres, mineros de carbón, pedían á sus amos para volver á emprender los trabajos, un poco más de pan, en circunstancias en que la decisión dependía únicamente de la voluntad de un hombre; contestó éste, que era Mr. Baer, jefe del *trust* del carbón, con una negativa rotunda que vigorizada por el hambre y por la miseria hizo volver á los obreros exhaustos y con el espíritu entenebrecido á arrancar el carbón de las grietas subterráneas, empapándolo con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos. Y no contento con decidir así, el monarca del carbón agregó estas palabras: «El mejoramiento de la suerte de los obreros y trabajadores no será alcanzado por las asociaciones de obreros ni por ningún elemento extraño. Dios, en su infinita bondad, lo ha encomendado á los hombres cristianos, en cuyas manos puso los grandes capitales.» Más clara proclamación del derecho divino no se halla en parte alguna.

Uno de esos millonarios ofreció 25 millones de dollars al Gobierno de los Estados Unidos en pago de reformas políticas en las Filipinas. Baste este ejemplo que demuestra la posibilidad antes apuntada.

La realización de cambios políticos en las naciones no puede efectuarse con la sola masa popular inerme. Las cosas establecidas disponen del Tesoro y de la fuerza pública, y el camino de las revoluciones más ansiadas se

estrella contra invencibles obstáculos. Pero dadle á esa opinión en un momento oportuno el dinero con qué armar los brazos de quienes la profesan, y en más de un pueblo del mundo se verían en un momento transformaciones trascendentales.

Si el elemento requerido está en manos de un hombre, el problema se reduce á convencer una voluntad, á llevar la luz de una idea á un cerebro dado. Y si hay millones para comprar algo en Filipinas, porque un hombre así lo desea, ¿por qué no los podrá haber también para facilitar cambios radicales en otros países? No quiero precisar casos. Eso me sacaría del terreno especulativo, que nada tiene de odioso, para hacerme entrar en la maleza, que rodea á lo concreto, donde las simpatías y los intereses ofuscan la claridad del raciocinio. Me contento con apuntar la posibilidad. Si los apóstoles de las ideas convencen á las muchedumbres, también han de poder convencer á un hombre sólo; concentrada la fuerza de un raciocinio y el fuego de una causa santa sobre la conciencia de un individuo poseedor de fortuna incalculable, que puede redimir esa causa, justificando así la posesión de su fortuna, no hay porqué negar la posibilidad de que, al modo con que la tromba de agua lanzada por esas máquinas impelentes que se llaman monitores, se derriba un cerro, así también con la fuerza del oro acumulado en una sola mano, encerrada en el cauce que le forme el deseo de un pueblo, no puedan también echarse por tierra vetustas instituciones que sean opresión, que sean injusticia, que sean miseria.

Esta potencialidad, latente, pero innegable en las fortunas colosales del día, pudiera acaso aducirse á falta de otras, como una justificación de su existencia. Porque potencialidad es esperanza y la esperanza es siempre un bien.

Acaso también esos archimillonarios no sean, como sostienen muchos pensadores socialistas, otra cosa que un eslabón en el encadenamiento evolutivo que lleve á la humanidad del industrialismo y del capitalismo actuales,

injustos, crueles é insoportables, á un estado de mayor equidad y menos egoísmo. Dicen que Nerón ansiaba concentrar en un solo cuello la vitalidad de un pueblo, para simplificar la labor del tajo; sin aspiraciones tan cruentas y mirando tan sólo á la distribución que lleve el pan á todas las bocas y el abrigo á todas las carnes, hay que recordar que es más fácil llevar el trigo al molino en gavilla, que en espigas sueltas.

SANTIAGO PÉREZ TRIANA



LOS TEATROS

CON MOTIVO DE UNA RE- FUNDICION DEL «HAMLET»

Y can call spirits from the vosty deep.

Shakespeare.—Henry IV-I-III-I

LE aseguro á usted, Mr. Lee—dijo sir Edward—que las únicas firmas auténticas de Shakespeare, son las existentes en el Museo, en Guildhall y en Somerset House, cinco, ni más ni menos; puede usted afirmarlo.

—¿Pero no hay ningún otro documento de puño y letra de nuestro excelso poeta?...

—No, señor... Triste es decirlo; pero ni de Shakespeare, ni de Spencer, ni de casi ninguno de sus coetáneos, y exceptuando las tales firmas, se conserva el más mínimo fragmento manuscrito.

—Y ¿en cuanto á la autenticidad de estas tres?—dijo el gran biógrafo shakesperiano, señalando una reproducción fotográfica del testamento del poeta.

—Indiscutible—contestó sir Edward;—los notarios de la Corte de Isabel...

Dos golpes dados discretos en la puerta del despacho le interrumpieron.

—Adelante—exclamó Mr. Lee.

Penetró en la estancia un criado, entregándole dos tarjetas de visita.

Recogiólas el sabio crítico, y al leerlas manifestó cierta extrañeza. ¿Periodistas españoles?...—murmuró—¿qué podrán querer de mí?...

—Sí, es raro—exclamó sir Edward;—pero recíbalos usted, así tendremos noticias de Valera, de Galdós, de Menéndez y Pelayo... ¡Grandes figuras, amigo mío!...

—Precisamente—repuso Mr. Lee;—en la última edición de mi libro cito la opinión de Menéndez y Pelayo sobre Shakespeare y Calderón; y dirigiéndose al criado continuó:—Haga Vd. pasar á esos señores.

Momentos después penetraban en el despacho dos caballeros, con aspecto un tanto encogido, que saludaron ceremoniosamente. Entre ellos, Mr. Lee y sir Edward, se entabló en español el siguiente diálogo, que copio sin *refundir*:

MR. LEE.—Tomen asiento, señores (*presentando á su amigo*). Sir Edward Maunde Thomson, bibliotecario en jefe del Museo Británico; los señores (*leyendo las tarjetas*) ¡López... y González!...

SIR EDWARD.—Muy señores míos...

MR. LEE (*á López y González*).—¿A qué debo el honor?...

LÓPEZ.—El honor es nuestro.

GONZÁLEZ.—¡En *cuerpo y rostro!*

SIR EDWARD.—¿Eh?... No conocía ese modismo.

MR. LEE.—Ni yo tampoco.

GONZÁLEZ.—Pues veníamos (*con solemnidad*) á traerle nuestra refundición del *Hamlet* (*alargándole el libro*).

LÓPEZ.—¡Sí!... Lo acabamos de publicar, y como sabíamos que usted hablaba perfectamente el español, hemos creído...

MR. LEE (*interrumpiéndole*).—¡*Refundición, y del Hamlet!*... De modo que han dado ustedes *nueva forma* á la obra shakesperiana (*marcando las palabras*) con el fin de *mejorarla*. ¿No es eso?

SIR EDWARD.—Sí. Tal entiende la Academia Española por *refundición*. Aquí está el Diccionario.

LEE (*á López y González que se miran entre sí*).—Pues, amigos míos, se han atrevido ustedes á hacer lo que hasta ahora no se ha hecho... ¡*mejorar el Hamlet* shakesperiano!... ¡Ahí es nada!

LÓPEZ (*algo cortado*).—Verá usted, nosotros...

LEE.—Nuestros grandes actores, como Irving, Kean, Kemble, etc., se limitaron á *adaptar*; lo propio hizo Edwin Booth, en Nueva York, allá por el año...

SIR EDWARD.—1865, en el *Winter Garden*.

LEE.—Eso es. Rossi, Salvini, Sarah Bernhardt, Mounet-Sully, también representaron *adaptaciones*. Literatos como Schlegel y Tieck, en Alemania; Rusconi y Carcano, en Italia; Francois Víctor Hugo y Letourneur, en Francia, y Mac-Pherson, Menéndez y Pelayo, el Marqués de las dos Hermanas, en su patria de ustedes, no se permitieron sino *traducir*, obra en verdad meritoria... Ustedes *refunden*. ¡Se necesita atrevimiento!...

SIR EDWARD.—¡Estos periodistas!...

GONZÁLEZ (*aparte á López*).—¡Te lo dije, López!

LÓPEZ (*á Mr. Lee*).—Pues, mire usted, todos los periódicos en España han alabado mucho nuestra obra.

LEE.—¿De veras?... Vamos á ver. ¿Quiere usted, sir Edward, que lean algunas escenas?...

SIR EDWARD.—Con mucho gusto. ¡Habiéndolas ala-

bado los periódicos!... Y excusado es decir que ustedes conocen perfectamente el inglés, porque para *refundir* á Shakespeare....

LÓPEZ (*turbado.*)—No señor. El inglés no. Algunas palabras...

GONZÁLEZ.—Lo bastante para...

SIR EDWARD.—VAMOS, como el mozo parisién del *Tramp Abroad*, de Clemens. ¡Yes!... ¡All right!... ¡More!... ¡Tiene gracia!...

LÓPEZ (*algo fastidiado.*)—Sí; pero hemos tenido á la vista varias traducciones...

LEE.—¡Ya!... De modo que su libro es una adaptación de una refundición de una traducción...

SIR EDWARD (*riendo.*)—Eso es. ¡De cuarta ó quinta mano!... ¡Qué ingenios!.. (*A López.*) Lea usted... lea usted...

LÓPEZ (*abriendo el libro y leyendo.*)—«Guillermo. Ricardo.»

LEE.—¿Cómo Guillermo y Ricardo?... ¿Han introducido ustedes dos personajes nuevos?...

GONZÁLEZ.—No señor. Son Guildenstern y Rosencranz...

LEE.—¡Ya!... Lo malo es que Guillermo en inglés es *William* y corresponde al *Wille* danés y al *Wilhelm* alemán, lo que tiene tanto que ver con Guildenstern, como Ricardo con Rosencrauz.

GONZÁLEZ.—Es una insignificancia.

LEE.—Como usted quiera; pero cuando Shakespeare no tradujo los nombres daneses, por algo sería...

LÓPEZ.—Sí señor... pero Moratín...

LEE—(*interrumpiendo con vivacidad.*)—¡No me hable usted de Moratín! Su traducción y comentarios del *Hamlet*, obra son de mala fe literaria. Es un volteriano servil, con los mismos prejuicios contra nuestro gran poeta que tenía el patriarca enciclopédico de Ferney, jefe, como ustedes saben, ó deben saber, de la secta de adoradores fanáticos de Racine, al que imitó en su teatro y pretendió poner por encima de Shakespeare. Lea usted si no las notas que pone el tal Moratín á su traducción. ¿No son perfectamente apasionadas?... ¿No degeneran en lo ridículo? ¿No le hacen á usted recordar las apreciaciones de Voltaire sobre nuestro poeta en sus *Misceláneas literarias*, henchidas del veneno calumnioso y repugnante envidia que caracterizan al bufón de Federico el Grande?... ¿No sabía, acaso, Moratín, que tanto rebaja á Corneille en su prólogo, que ese gran dramaturgo francés

tomó, como afirma Schelegel, autoridad que no creo se atreva usted á discutirme, casi todo su teatro de las obras dramáticas del siglo de oro de la literatura española? Créame, señor mío, razón tuvieron los hidalgos castellanos de principios del siglo XIX en tachar de *afrancesado* al bibliotecario de José Bonaparte. Y conste, señor mío, que sólo ataco á Moratín como traductor y comentarista del *Hamlet*. Admiro (con las naturales reservas) el resto de su obra literaria, y más de una vez he contemplado, con tristeza, entre las tumbas de Moliere y Lafontaine, en el cementerio de Pere-Lachaise, la del autor de *El sí de las niñas*. Perdone la digresión, que no ha de tachar de irrespetuosa, si recuerda que el mismo Moratín me autoriza á impugnarle cuando escribe en el prólogo de su malhadada traducción aquello de... (*á sir Edward*.) ¿Está ahí el libro, sir Edward?

SIR EDWARD.—¡Aquí está!... (*Leyendo con cierto deleite*.) «Si me he equivocado en mi modo de juzgar por malos principios, por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexión, *no será inútil impugnarme...* etc., etc.»

LEE (*á López*.)—¿Ve usted, señor mío?... Pues precisamente esos defectos son los que despojan de todo valor literario la mayor parte de los tales comentarios; y digo la mayor parte, porque en algunos de ellos, abrumado por la sublimidad del shakesperiano texto y atendiendo la voz de la justicia, reconoce el genio de nuestro dramaturgo y la insinceridad volteriana. Hágame la merced de seguir leyendo.

GONZÁLEZ (*aparte á López*.)—¡Nos hemos lucido!...

LEE (*á González*.)—¿Decía usted, señor mío?... (*González calla*.)

LÓPEZ.—¡No!... ¡Nada!... (*Leyendo*.) «¡Alto!... ¡Respóndame él á mí! ¿Quién va?»

LEE.—¡No señor!... «*Unfold yourself*, dice Shakespeare. ¡Descubríos!...»

GONZÁLEZ.—Es un detalle.

LEE.—¿Cómo detalle?... Precisamente creo que es uno de los ejemplos más característicos de la habilidad dramática de Shakespeare. Coleridge, cuyos elocuentes comentarios debe usted leer antes de hablar, y sobre todo antes de *refundir*..., percibe claramente la fuerza dramática de esta frase de Francisco, y ve en ella, con sobrada razón, una pintura teatral y enérgica del estado de agitación y alarma que existían en Dinamarca cuando la acción del drama comienza, por la rápida sucesión de acontecimientos en el reino... La muerte repentina del

padre de Hamlet, el matrimonio inmediato de la reina, etcétera, etc..., y si quiere más explicaciones, lea los comentarios de *Marshall*, de *Ubrici*... cualquiera, y si no piense por un momento lo que haría ó diría un centinela servio, en las presentes circunstancias de aquel país, si haciendo guardia nocturna en una explanada sombría se le presentara un embozado...

GONZÁLEZ.—¡Tiene razón!... ¡No habíamos caído!...

SIR EDWARD.—(A López). ¿Quiere usted seguir?

LÓPEZ (leyendo).—«¿Y qué, se ha vuelto á aparecer el fantasma esta noche?»...

LEE.—¡Nada de fantasma! *Has this thing*... dice Shakespeare, y *this thing* no significa fantasma.

SIR EDWARD.—¡Claro que no!

LÓPEZ (leyendo).—«Horacio no... quiere creer nada de ese espectro sombrío...

LEE (interrumpiendo al refundidor).—Vuelta al fantasma y al espectro... *Dreaded Sighth*... No usa la palabra *espectro*...

LÓPEZ (leyendo).—Yo te aseguro que no vendrá...

LEE.—¡Tampoco!... Eso es cambiar por completo el sentido de las frases del dramaturgo. Horacio dice: *Tush tush it will not appear*, frase de dubitativo escepticismo, que ni con mucho importa *asegurar*... Además, señor mío, que con esto y lo anterior anulan ustedes la necesaria impresión de vaguedad en que estriba la maravillosa fuerza dramática de esta escena. ¡Siga usted!...

LÓPEZ (leyendo).—«Su vista me estremece de miedo y angustia»...

LEE.—¿Por qué se ha de *angustiar* Horacio ante la sombra? *Fear and wonder*, dice el poeta, porque natural es que se *atemorice* y *maraville*, pero que se *angustie*... Moratín traduce: «Su vista me conturba con miedo y asombro»..., y traduce bien; pero *angustia*... Siga usted.

LOPEZ (algo incómodo).—Tiemblas y te tornaste pálido...

LEE.—Te-tor-nas-te... (á sir Edward). ¿Eso es castellano, sir Edward?... Suena tan mal...

SIR EDWARD.—En efecto, hubiera sido más sencillo decir *palideces*, ó *has perdido el color*, como traduce Moratín... porque mire usted que si el actor es tartamudo... *Te-tor-nas*...

LÓPEZ (leyendo).—«Háblale tú, Horacio!...»

LEE.—¿Y nada más?...

LÓPEZ.—¡No señor!...

LEE.—Entonces suprima usted en esta frase el *Thon art*

a scholar, que es precisamente lo que la justifica. ¿Ha leído usted los *Heterodoxos* de su gran Menéndez y Pelayo? ¿Sabe usted algo de demonología? Seguramente. Pues recordará usted entonces la superstición familiar del poder supuesto del latín sobre los espíritus, que tiene su indudable origen en los exorcismos de la Iglesia. Turness dice que «los espíritus diabólicos no podían ser expulsados con el simple signo de la cruz; el oficiante debía recitar el hexámetro latino: *Signa te signa, teme me tangis et augis*, que siendo palindromo revela su origen diabólico... (1).» *Beaumont y Fletchez*, colaboradores de Shakespeare dicen en su *Night Walker*:

SIR EDWARD (*leyendo*).—Acto II. Escena I:

«Let's call the butler up, for *he speaks Latin*,
«And that, will daunt the devil...»

¿Lo quiere usted más claro? Continúe.

LÓPEZ (*leyendo*).—«Se abrieron las losas de los sepulcros...»

LEE.—Tampoco dice Shakespeare tal cosa, amigo mío. *The graves stood tenantless...*, las tumbas fueron las que quedaron vacías, no las losas.

LÓPEZ.—¡Sí, verdad!... (*Sigue leyendo*.) «Una lluvia de sangre anegó los campos, ocultándose el sol entre negros celajes...»

LEE.—¿Qué lluvias ni qué inundaciones!... Shakespeare dice *dew*, rocío; aunque Moratín, de quien copian ustedes este párrafo, traduzca *lluvias*, y no escribe *anegar*, porque el rocío nunca *anega*, digo, me parece... Además que lo que se eclipsó no fué precisamente *el sol*, como ustedes dicen, sino *la luna: the moist star*, etc.; lo que se vió en el sol fueron *disasters*, es decir, aquellas apariencias peculiares en su disco, que en la antigüedad se interpretaban como vaticinios fatídicos de futuros *desastres*... ¿Verdad, sir Edward?

SIR EDWARD.—Así rezan Plutarco y otros clásicos. Pero como Moratín... (*á López*). Siga, siga usted.

LÓPEZ (*leyendo*).—«Las estatuas de los dioses fueron derribadas de sus pedestales...»

LEE.—Pero, ¿de dónde ha sacado usted eso?... ¿En qué edición shakesperiana lo ha leído?... Porque ninguna de las que conozco, y son bastantes, dice semejante cosa; ¿o lo han añadido ustedes *motu proprio*?...

(1) Véase Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos; Moeurs et pratiques des demons. Gougenot de Mousseaux*.—Paris, 1863. *Dictionnaire Infernal* de M. L. Bretón, etc.

SIR EDWARD.—Será una de las *mejoras* de la *refundición*...

LEE.—¡Si es así, me callo!... (á López). Usted dispense.

LÓPEZ (*un tanto escamado, sigue leyendo*).—... «¡Sombra siniestra!... *Si hay un resto* de voz en tu garganta...»

LEE.—Nada de *resto*, señor mío. Sí, Horacio no sabe aún si la aparición puede hablar. *If thou hast any sound or use of voice*, dice Shakespeare... y además, ¿por qué llama usted *siniestra* á la sombra?... Shakespeare sólo dijo *illusion* para ser lógico, porque como Horacio manifestó antes á sus compañeros que era una simple fantasía... ¡Usted verá!

LÓPEZ (*cortado*).—Pero señor, las exigencias del público... No entiende ciertos matices...

LEE (*con viveza*).—¡Que no los entienda!... Shakespeare no creó el *Hamlet* para el vulgo, á quien despreciaba profundamente, diga lo que quiera Moratín en sus comentarios.—Manuel Bueno, uno de los pocos críticos teatrales españoles con verdadera intuición artística, puede informarle á usted sobre este punto.—¿Cree usted acaso que el *Hamlet* se hizo para el público de lo que ustedes llaman «cuarta de Apolo» ó para el de cualquier Music-Hall más ó menos danzante?... ¡No, señor!... para ese público tenemos nosotros á Dan Leno, con sus contorsiones y muecas grimaldescas, á la bailarina Guerrero que excita lubricidades y evoca musulmanes sensualismos, y ustedes tienen lo que llaman *género flamenco*, con sus personajes de la hampa, sus chistes chabacanos y groseros, sus tramas burdas y sus tiples cancanescas, pero el *Hamlet*... el *Hamlet*...

SIR EDWARD.—¡Bueno, Mr. Lee!... ¡Que se hace tarde!...

LEE.—Tiene usted razón. (á López) Usted perdone.

LÓPEZ (*leyendo cada vez más asustado*).—«Iba á hablar cuando le iluminó *el primer fulgor del amanecer*...»

LEE.—Pero, señores, ¿por qué tergiversan y adulteran la frase shakesperiana? En esta escena en que todo es vago, nebuloso y lleno de misterio, Shakespeare ni habla ni podía hablar de *fulgores*, que si no miente el Diccionario de la Academia Española equivalen á «resplandor, claridad viva, lucidez radiante»; Shakespeare dice con hermosa sencillez dramática, «desapareció *al cantar el gallo*», y observe usted la fuerza teatral, el profundo efecto místico que causa en el público de espiritualidad atenta «*la alta y aguda voz de la sonora garganta del heraldo del día*», desvaneciendo toda aparición espectral, todo ne-

buloso maleficio, todo espíritu errante en las nocturnas sombras...

SIR EDWARD.—¡Claro!... El mismo efecto que los dos golpes misteriosos que se oyen en el *Macbeth* después del asesinato de Duncan. Si hubieran ustedes leído á nuestro gran De-Quincey...

GONZÁLEZ.—Sí, pero Moratín en su nota...

LEE.—¡Y vuelta á Moratín!... ¿Han leído sus notas al «Auto de Fe de 1610 en Logroño»?...

LÓPEZ.—No hemos creído necesario...

LEE.—Pues han hecho mal, porque si las hubiesen leído comprenderían fácilmente el prejuicio que dominaba á Moratín cuando comentó la escena shakesperiana, y se guardarían de seguir sus indicaciones... ¿Conocen ustedes la obra sobre Shakespeare, de Brandes, el gran crítico sueco?...

LÓPEZ.—¡Me suena!...

LEE.—Pues bien; Brandes, que va mucho más allá que Voltaire y Moratín en su antireligioso sectarismo...

SIR EDWARD.—Bien lo demuestra en su último libro *Reacción literaria en la Francia del siglo XIX*, apasionado libelo indigno de su poderoso talento...

LEE.—Brandes, repito, adopta comentando á *Hamlet* un criterio completamente distinto al de Moratín, y lo propio digo de Francois Víctor Hugo y de Elze, y de... En fin, Sr. López, que hay algo más en el cielo y en la tierra.

SIR EDWARD.—Y en Shakespeare...

LEE.—Sí, y en su *Hamlet*, que lo que soñó la filosofía de Moratín... ¡No lo copie, amigo mio, no lo copie!

LÓPEZ.—(Tembloroso, sigue leyendo; González casi desaparece en el sillón; Sir Edward, sonríe).—«El alba envuelta en su manto de rosa...»

LEE.—¡Ajajá! ¡Lo esperaba! Así traduce Moratín, «rosada túnica», y traduce muy mal... Shakespeare dice «russet», y quiere significar, según afirman todos los comentaristas, esa luz gris cenicienta, primera precursora del amanecer que tiñe el horizonte, como dice el sublime Cervantes en su *Galatea*, «antes que las estrellas pierdan del todo su claridad, estando aún en duda si es de noche ó de día», y antes que la rosada aurora deje la blanda cama del celoso marido... ¿Recuerdan ustedes aquello de *Y'ill say yon grey, is not the morning's eye?*...

SIR EDWARD.—¡Romeo y Julieta!

LEE.—Y aquello otro de «*Russet pated choughs...*»

SIR EDWARD.—«*Mid summer night's dream...*»

LEE.—... refiriéndose á la corneja.

SIR EDWARD.—¿La de la fábula de Esopo?

LEE.—No, sir Edward, cualquiera; todas tienen cabeza y cola negras y el cuerpo ceniciento ó gris parduzco—(*russset*)—y tal era el color del manto que debía envolver la mañana de aquella noche misteriosa cuando venía pisando el rocío...

SIR EDWARD.—*Dew*... ¿Ve usted? (*Señalándole á González la traducción de Moratin*). Aquí traduce bien. *Dew* = rocío, y no como en aquellas líneas de la sangre que traducía *Dew* = lluvia. ¡No... no deben copiarle!

LÓPEZ.—(*Leyendo*) «¡Vamos!...»

LEE.—No, señor; si traducen ó adaptan ó refunden todo como la escena que acaban de leer, no van á ninguna parte. La nebulosidad misteriosa en que está envuelta la asombrosa creacion shakesperiana es tan inseparable de su asunto y personas como la sombra de la luz. El *Hamlet* surge ante nosotros cual panorama romántico alumbrado por la luz de la luna, en que se advierten picos montañosos brillantes, hondonadas oscuras, y en el centro un delicioso valle apenas iluminado por el astro opalino; lo que vemos arrebatada de tal manera nuestra imaginación, que soñamos lo que la obscuridad nos oculta, y permanecen nuestros ojos fijos y como clavados en los sitios sombríos, hasta que la imaginación ha completado su trabajo. Nos contentamos con la vaguedad del imaginativo ensueño, porque esa vaguedad añade al paisaje poderoso encanto. Convertir, como ustedes hacen, una de las escenas más sublimemente misteriosas del *Hamlet*, en prólogo ramplón de melodrama barato, es simplemente profanar, ¿oyen ustedes? profanar á Shakespeare, á la poesía, al buen gusto y á la belleza, es...

GONZÁLEZ.—¡Sí! ¡Tiene usted razón! Esta escena nos ha salido un poquito desigual... pero hay otras. (*A López*). Lee la última del primer acto. (*A Mr. Lee*). Está en verso.

LEE.—(*Resignado*).—¡Todo sea por Dios!... Lea usted.

LÓPEZ.—(*Leyendo*).

Hamlet.—¡Mas no, que ya previene

El castigo mi furia!

¡Padre! ¡Señor! ¡Monarca!

• Ante tu augusta sombra, yo te iuro

• Que he de lavar con sangre del impuro.

LEE (*interrumpiéndole con evidente fastidio*).—¡Señor mío! ¡Eso es ya faltar!... ¿Dónde dice Hamlet semejante cosa?... ¡Si esas son palabras de la sombra!... ¿No ve usted que así desnaturaliza por completo el personaje?...

SIR EDWARD.—¡Será otra mejora!...

LEE.—¡Qué mejora ni qué historias!... (*á López y González*). ¿Y ustedes son los que pretenden *refundir* á Shakespeare? ¡Bah!... No sigan leyendo. Estudien primero, y después de estudiar mucho, piensen sobre el *Hamlet*, y aprenderán á penetrar un poco el espíritu del príncipe de Dinamarca, á respetarlo, á sentirlo, y, sobre todo, á amarlo, á amarlo, sí, señores; porque Hamlet es uno de nosotros...

LÓPEZ (*dejando caer el libro*).—¡González!...

GONZÁLEZ (*mirándole desconsolado*).—¡López!...

LEE.—Nuestro hermano. (*López y González hacen ademán de retirarse*).

Un momento. Sabrán ustedes, ó deben saber, á fuer de amantes de su patria, que el Hamlet tiene su probable origen en la *Tragedia Española de Kyd*. Shakespeare se apoderó de su doloroso argumento, que respondía al estado de su alma desgarrada aquel año, para él fatídico, de 1601. Sus protectores Exex y Southampton habían sido ejecutados; la *Dama Negra*, la Beatriz shakisperia, le había traicionado en brazos de su mejor amigo Pembroke, el adorado de los sonetos; su padre acababa de morir. Todo parecía desmoronarse en el alma del poeta. En semejante estado de ánimo, Werther se quitó la vida; Shakespeare amontonó tan sombríos y dolorosos materiales en una sola pira, les comunicó la chispa de su intelecto, y surgió el Hamlet, para admiración del mundo. Quiso el sublime bardo pintar un genio; lo consiguió, pintándose á sí mismo. Afrontó el problema del dualismo, llamó á las puertas del misterio, y creó la espiritual y dolorosa figura del Príncipe Danés, vidente, místico y amargo, en discrepancia perpetua con el marco medioeval y grosero de la podrida corte de Dinamarca.

¡Hamlet!... ¡Hamlet!... (*conmovido*). Con él sentimos las luctuosas amarguras de la vida, vislumbrando en su complejidad psicológica el insondable enigma del espíritu moderno, del que es precursor y símbolo.

¡Sí, es todo nuestro, porque nuestro es su espíritu, nuestra su melancolía, y más de una vez nos ha sorprendido el hálito de las abiertas tumbas teniendo entre las manos el esqueleto de nuestras ilusiones y de nuestros recuerdos!

Así se explicarán ustedes su influencia en las literaturas modernas. Musset, en sus *Confesiones de un hijo del siglo*; Maeterlinck, en su *Hjalmar*; Poushkin, Gogol, Tolstoi, Goethe, Schiller... todos, todos beben en la inagotable fuente de su genialidad.

¡Siempre Hamlet!... El germánico, anulado por la filosofía; el francés, por la disipación y la crápula; el ruso de Tourgeneff, por la desesperación y la indolencia; el polaco de Krasinski, por su imaginación morbosa y delirante. ¿Conocen ustedes la *Comedia antdivina*, de Krasinski? . . . (López y González hacen débiles signos de negación.) ¡No es extraño!... Pues bien, su protagonista tiene la sensibilidad y el poder imaginativo de Hamlet. Es tierno y cruel. Su excesiva irritabilidad de carácter es castigada por la locura de su esposa, como la locura fingida de Hamlet origina la verdadera de Ofelia; pero la duda del Henrique, de Krasinski, es impía, y la del héroe shakesperiano surge de su innato sentimiento de moral cristiana. Duda Hamlet si el espíritu de su padre, que á vengarse le impele, es un fantasma infernal. Cuando Henrique se encierra en el Castillo de la Santísima Trinidad, duda si la Trinidad misma es una fantasía de neurasténico.

¡Siempre Hamlet!... A través de los siglos es el confidente de las almas que lloran y piensan, penetra en lo más profundo de nuestros corazones, y nos vemos retratados en ese luchador perenne y tristísimo, eco desgarrador y eterno de la humanidad horrorizada de sí misma. ¡Aprendan! ¡Aprendan á respetarle!...

.....

 No se sabe cómo ni dónde se fueron los periodistas después de las palabras de Sidney Lee. ¡Se supone que están con la sombra del padre de Hamlet, taladrando los senos de la tierra para mejor ocultar su desaguisado artístico!...

¡Ya parecerán!...

CARLOS NAVARRO LAMARCA

FÉMINA

MATILDE SERAO

CUANDO debutó en las columnas de la *Crónica bizantina*, Matilde Serao era una encantadora joven de veinte años. Su primera colección de cuentos — *Dal Vero* — había pasado entre la mayor indiferencia. Teníanse pocas noticias de su vida; se sabía que había nacido en Grecia, de padre napolitano, emigrado político, y de madre oriunda de la nobiliaria familia helénica de los Bonely. De su infancia, Matilde Serao ha conservado un recuerdo muy dulce: « Si evoco mi primera juventud, escribía á una amiga, no puedo alejar de mí la visión de un cielo azul y de una tierra florida, y bajo este bello cielo, sobre esta tierra joven, se yergue la figura de mi madre, inclinada su cabeza sobre mí, con los cabellos negros partidos en bandas sobre una frente tersa, enseñándome las letras del alfabeto. Y entonces me pregunto si esta tierra, este cielo y esta mujer no son la misma cosa ».

Luego pasó su juventud en Nápoles, donde, después de la anexión, había venido á establecerse su familia. De esta época data una página exquisita y casi desconocida, en la que Matilde Serao nos narra sus impresiones: « Tenía diecisiete años, escribe en el prefacio de sus *Leyendas napolitanas*, era una muchacha pobre y desgraciada, alumna externa de la Escuela Normal. Ruego al lector que no se apiade de mi suerte. Cuando somos jóvenes, la pobreza no nos hace sufrir. Por mi parte, puedo decir que en esta miseria encontraba yo una perpétua alegría... Les cuento esto, para hacerles comprender que no tenía yo entonces la pretensión de llegar á ser lo que soy. Como casi todas mis condiscípulas — ¡cuán grato es el recuerdo de vuestro nombre, oh mis antiguas amigas!, — hubiera

sufrido los concursos y exámenes requeridos, y con la ayuda omnipotente del dios de la pedagogía, hubiera llegado á ser una excelente maestra de escuela. Lo repito: esta perspectiva no me afligía en modo alguno, y á cada instante, mi risa retozona resonaba bajo las bóvedas de la escuela ó en la escalera de mi casa, como si yo hubiese venido al mundo para reir contra toda melancolía y toda tristeza... Mi madre repetía incesantemente que me oía reir desde el extremo de la calle y que mi jovialidad era un consuelo á su dolor». Con su ternura exquisita de mujer, Matilde Serao cuenta cómo dió comienzo en aquellas circunstancias á sus leyendas, preocupándose tan sólo de ayudar á su familia, sin pretensiones literarias. Enamorada de Roma, amante de Florencia, Matilde Serao es, á pesar de todo, una napolitana sentimental, que guarda en el fondo del corazón la nostalgia de Nápoles. Fué en Roma donde logró sus primeros triunfos. En una revista, formada con los antiguos elementos de la *Crónica bizantina*, entró de periodista la futura autora de *Castigo*. Con el pseudónimo de *Chiquita*, firmó crónicas deliciosas sobre política, literatura y arte. Sus novelas de esta época revelan ya el gran talento de la escritora. Se conocen *Corazón afligido* y *La Conquista de Roma*. Menos populares son *Fantasia* y *La novela de una muchacha*, donde hay una descripción de fiesta en casa de unos burgueses pobres, que es una de las mejores páginas de la literatura italiana contemporánea.

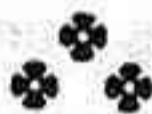
Sola, muerta su madre sin haber podido alcanzar los primeros éxitos de su hija, Matilde Serao tuvo que luchar enérgicamente por la vida. Le ligaba una amistad profunda con Eleonora Duse, que también batallaba por la gloria. En su mútua simpatía, las dos mujeres aliviaban el cansancio de las dificultades obstinadas que habían de vencer por entonces. En esta época fué cuando se casó Matilde Serao. Eduardo Scarfoglio, que fué crítico literario antes de ser formidable polemista — dice Angeli en el bello artículo que extractamos, — se había mostrado muy severo con la autora de *Fantasia*. Una mañana el gran

poeta Cesare Pasarella paseaba por el *Corso*, cuando, súbito, se detuvo asombrado. En un *coupè* acababa de ver á Matilde Serao y á Eduardo Scarfoglio, quien le dijo:

—Acabamos de casarnos.

—¡Esta ha sido mi venganza!—agregó sonriendo su acompañante.

Los nuevos esposos fundaron el famoso *Correo de Roma*, en el que emplearon toda su actividad, y que necesitó grandes sacrificios para no morir. Ofrecíase diariamente un nuevo combate, en el que Matilde Serao se mostró más que nunca virilmente enérgica. Ha consignado después sus impresiones de esta etapa en una hermosa novela: *Vida y aventuras de Ricardo Joanna*. «¡Nunca os hagais periodista!—exclama al final del libro el viejo Ricardo hablando á un joven que le consulta.—¡En nombre de vuestra madre, si aún vive vuestra madre; en nombre de Dios, si creéis en Dios, no os hagais periodista!» Este es evidentemente el grito sincero de un escritor que toda su vida fué periodista y que conoció el triunfo de su carrera. Porque sabed que *El Correo de Roma*, abandonando la capital por Nápoles, logró fortuna. A partir de esta época, el período de las tentativas y de los ensayos había terminado con el éxito; el talento de Matilde Serao tomó un nuevo rumbo.



«Quien ha soñado, soñará». Esta frase resume toda la obra de Matilde Serao. A través de los diálogos del pueblo, en los cuales se deleita singularmente; á través de las mismas violencias de su naturalismo, se vislumbra siempre un rincón de cielo azul, una escapada á los países del sueño. En Italia nunca ha tenido el naturalismo la crudeza que caracterizó á sus pontífices magnos. El país mismo pide dulzura y sueño, más que descarnada brutalidad. En el fondo, Matilde Serao ha permanecido fiel al romanticismo. El realismo del *Vientre de Nápoles* oculta una aspiración idealista. En el estilo se sorprende espe-

cialmente la característica del temperamento de esta escritora. Ciertos severos críticos le han reprochado su desdén por las reglas clásicas. Matilde Serao escribe en un lenguaje originalísimo y á veces extraño. En verdad, no se habla en un salón el *argot* que emplean los personajes del novelista. Pero estas frases duras y punzantes tienen su peculiar encanto. En ellas se manifiesta la fisonomía particular de Matilde Serao.

La compasión de la escritora por las miserias humanas no tiene parentesco alguno con la amplia bondad predicada por los novelistas rusos. Tampoco profesa Matilde Serao el ideal socialista. En este punto llega á exagerar la sinceridad de sus sentimientos; la mujer que toda su vida, dando claro ejemplo de inalterable fortaleza, se ha complacido en repetir: *Yo non sono una cerittice, io sono uno scrittore*, es una adversaria decidida de toda pretensión feminista. La mujer debe seguir siendo lo que fué, debe quedar sometida al antiguo ideal de amor y de bondad. Su libro *En el país de Jesús*, consagra un recuerdo piadoso á la memoria de las tres Marías, corazones dolorosos y sublimes que difundieron un perfume de amor sobre toda la vida del hijo de Dios: «Grandes tristezas afligen al mundo; pero el sueño de bondad que une á las mujeres de todos los países, de todas las condiciones, es tan fuerte y poderoso, que ellas solas, las mujeres, las grandes almas bañadas de sueño, guardan el secreto que sana el dolor humano.

Los personajes de Matilde Serao aman, odian, lloran, porque ella misma supo llorar, odiar y amar. Su concepto místico del amor se acentúa en los últimos libros. En *¡Addio, Amore!* Ana Acquaviva se mata en la casa de Caraciolo, porque su marido, á quien ella adoraba, la prefiere á su propia hermana. En otra obra titulada *Los amantes*, establece una escala ascendente, en la cual el amante perfecto, *il perfettissimo amante*, muere en pleno sueño realizado. Matilde Serao expresaba un día sus ideas en una conferencia sobre la necesidad del sueño en la vida y en el arte, de esta suerte: «Podemos introducir en nos-

otros y en torno nuestro la poesía del sueño. En el ambiente reducido de un hogar tranquilo, en la apacibilidad de la más dulce existencia, el hombre, la mujer pueden forjarse un sueño que ayude á vivir, que ayude á sufrir, que ayude á ser feliz... Hagamos de nuestra vida un sueño, cualesquiera que sean las circunstancias de nuestra vida, brillante ó tierna, triste ó melancólica... Soñemos en ser buenos hasta la muerte. Soñemos hasta la muerte, no en hacernos felices á nosotros mismos, sino en labrar la dicha de los demás...»

MARGARITA MARÍA DE MONTERREY



sas frescas y rosales florecidos. Ahora bien, Martínez Ruiz, repito, no prescinde de nada.

Este ruego para Antonio Azorín: Aunque no tenga usted tiempo, aunque le espere un mazo de cuartillas sobre la mesa; aunque tenga que leer una porción de libros y que ojear mil periódicos; aunque sea preciso que usted urda esos artículos terribles, todos los días; robe horas al sueño de la noche ó á la siesta de las cigarras, y cuéntenos pronto, como nos lo ha prometido, la vida que hizo en Madrid su amigo Sarrió.

JUAN R. JIMÉNEZ

«SOLEDADES» ... POESÍAS, POR ANTONIO MACHADO ... MADRID ... 1903

Dije á la noche: Amada mentirosa
tú sabes mi secreto,
tú has visto la honda gruta
donde fabrica su cristal mi sueño.

Y esto es todo el libro de Antonio Machado. Un sueño de cristal. Claro, fresco, lleno de sol, pero cuajado en lagrimas. Rebosante de un *dolor viejo*, viejo como el mundo, el dolor inefable del vivir, pero alentado por brisas de Abril,

—Abril florecía frente á mi ventana—

y ritmado en el verso diáfano que enseñó al poeta el rumor de una fuente.

Tiene este libro dos musas, una nueva y otra vieja, las dos amigas y consoladoras; y son ellas, la primavera y la fuente. El nombre fresco, siempre recién nacido del mes que dice florecimientos, campa en cada página, y ya los ojos sin buscarle le hallan—tal surge flameante de entre palabras neutras—como nombre propio ó nombre querido.

—Canta Abril sobre el mar.
—Era una mañana y Abril sonreía.
—Fué otro Abril alegre
y otra tarde plácida.
—Señaló á la tarde de Abril que lloraba
el son dolorido de lentas campanas.
—Fué una clara tarde de melancolía,
Abril sonreía.

Y así por siempre. Graciosa mausa y fresca. Felices éstos claros varones que, en sus ensoñamientos de poeta, van siempre acompañados de visiones primaverales. Su arte no ha de morir, porque á cada hora renace y á cada instante surge—evocador de eterna poesía—como agua saltarina de manantial que brota entre peñas.

MELCHOR ALMAGRO ··· «SOMBRA DE VIDA» ··· PRÓLOGO DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN ··· MADRID ··· 1903

LA evolución que en la literatura francesa realizaron hace veinte años Gyp y Bourget, haciendo figurar como elemento novelable casi único, la vida de la gente aristocrática, están la llevando á cabo en España á la hora presente unos cuantos escritores jóvenes.

«Nous avons fait d'elle — dice Ernest Charles — une matière littéraire; c'était le plus que nous pouvions faire d'elle, pour elle.»

Así estos recién llegados novelistas que nos cuentan en ameno estilo perversidades discretas y elegantes, siguiendo el impulso que dió con su sabroso «Pequeñeces» el P. Coloma.

Y entre estos, Melchor Almagro con su libro simpático, «Sombras de vida».

Tiene Almagro preclaro abolengo intelectual; es culto, y sabe de la vida. Tiene en su estilo plácido las sales de ironía, supremas conservadoras de toda obra artística, y entiende el artificio engendradora del interés. Por eso sus narraciones cortas parecen historias de largas vidas, y sus protagonistas de un instante, perduran en el recuerdo del lector como héroes de prolijas tragedias.

Dícese por ahí y, aun D. Ramón del Valle-Inclán, prologador del libro, parece inclinado á confirmar la especie, que Melchor Almagro es un *modernista*. No lo creo. Más bien, por la índole de los asuntos, pudiera llamársele innovador; pero en los procedimientos le juzgo clásico. El estilo, libre de la tortura afiligranada que ahora se usa, tiene la mansa y clara placidez de las lenguas ancestrales.

Y no suene á censura esto que digo, pues juzgo que, si grande merecimiento es decir cosas viejas en nuevas palabras, no lo es menos narrar historias nuevas con viejas frases.

Alguien ha dicho ó ha debido decir: «Los pensamientos recién nacidos engendran juventud en las formas pretéritas.» Así el sol, anciano de siglos, suscita cada día un nuevo amanecer pueril.

G. MARTINEZ SIERRA

LUIS VALERA ··· «VISTO Y SOÑADO»
··· ··· ··· MADRID ··· ··· 1903 ··· ··· ···

SI el general Tchen-Ki-Tong, que dió en París tan amenas conferencias sobre la China contemporánea, hubiera leído *Sombras chinescas*, de D. Luis Valera, hábil narrador de viajes y galano escritor, quedaría pasmado, bien que tiernamente agradecido hacia el que con tanta nobleza y naturalidad hubo de describirnos las exóticas—exóticas aún,

no sé si á pesar de nuestra civilización ó á causa de ella — costumbres del Celeste Imperio. Nosotros los remotos occidentales por un atractivo espontáneo que todos sentimos hacia lo lejano, nostalgiamos en poemas y evocaciones aquellas tierras—madres del mundo— donde el Mitra se eleva majestuoso, cotidianamente, sobre la sábana verde y rumorosa del mar. Con todo, luengas son las tierras y corta la existencia de los humanos para que podamos recorrer la vasta extensión del mundo; así que habemos de contentarnos casi siempre con plañideras nostalgias por esos países distantes.

De admirar es el noble empeño con que el joven escritor Don Luis Valera se complace en pintar tipos y aventuras de los países apartados que recorriera, ya contándonos sus andanzas de viajes, como en *Sombras chinescas*, ya seduciéndonos, como en su último libro, con bellas historietas aprendidas, soñadas ó vistas en aquellas regiones donde nace la gloria del Sol.

Este nuevo libro, que gentilmente nos ofrece el Marqués de Villasinda—nombre, á la verdad, músico, peregrino, honoro y significativo encierra sentidas historias de tristeza ó prodigiosos acontecimientos urdidos por aquellos deleitosos magos de Oriente, que llevan bien arraigada la afición de sus abuelos á las miríficas visiones y encantamientos.

Así la dolorosa historia de Yoshi San la Musmè, nos entenece; la mística narración de la Esfera prodigiosa, nos admira, subyugando el ánimo con la grave y aterradorante frialdad que pone el Misterio en todas sus cosas; la horrible muerte del hijo del Banián, nos conmueve; la deliciosa leyenda de Dynsandir y Ganitiya, nos encanta...

¿Qué más diré á propósito de *Visto y soñado*? ¿Que su autor domina con rara perfección el lenguaje, obteniendo un envidiable léxico, envidiable por lo rico? ¿Que las descripciones son reposadas y sobrias al par que gráciles y rebosantes de vida—como conviene al carácter del libro? ¿Que la originalidad de los asuntos se enlaza cariñosamente con el solemne desarrollo de la acción y la mayestática brusquedad del desenlace? ¿Que por todas las pá inas ondula el fuente río de la Verdad y de la Vida intensa; tal los hexámetros latinos en la compasada y sonora rima del Mantuano?...

Loanza es de padres ilustres dejar hijos eximios que perpetúen sus altas virtudes y magníficos hechos para que, á través de los tiempos inacabables, perduren el nombre significativo y la fama peregrina entre los Hijos de los Hombres, olvidadizos por natural y poderoso instinto. Así nuestro nunca bien ensalzado D. Juan Valera — «ese Plotino de guante blanco»— ha hecho hereditarias y perdurables, en su hijo carísimo, las preciadísimas dotes que ornaron su vida laboriosa y útil de novelador eminente. No es mi ánimo componer agradables, pero incongruentes ditirambos, al justamente elogiado autor de *Doña Luz*; presunción sería y necia fatuidad tratar de exaltar sus unánimemente reconocidas

cualidades de preclaro novelista, sutil filósofo y relevante crítico. Esta tarea de loar al padre en demérito y olvido del hijo, fuera enojosa é injusta, y á más inoportuna.

Sólo me place recordar la teoría expuesta por el divino Platón, que viene á preguntar: ¿Qué hijos dejó Homero á Grecia? Perecederos y falibles son los hijos nacidos de mujer mortal; mas las obras del ingenio eternizan la gloria de su creador... No así el hombre insigne que ideó la figura de *Pepita Jiménez*. Con sus obras inmortales, nacidas del ingenio maduro y jugoso, ha dejado también un hijo ilustre y amado, que á su vez immortalizará su nombre, transmitiéndolo á las posteridades remotas en libros notables. ¿Y no hubiera sido muy hermoso, amables lectores, que Homero, con la *Iliada*, dejara también un hijo que escribiera otra *Iliada*?...

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

•• JOSÉ PUIGDOLLERS MACIÀ •• ••
 «POR LOS PIRINEOS» •• IMPRESIONES
 DE UN VIAJE •• ILUSTRACIONES DE
 PEDRO C. ABARCA •• 1903 •• •• ••

Es el libro del Sr. Puigdollers, ingénuo relato de todas las sensaciones por él recibidas en una excursión desde Barcelona al valle de Arán. Refiérenos el autor, en estilo que denuncia sinceridad, sus conversaciones con las gentes que en el camino encuentra, y son estas conversaciones tan interesantes, que en el fondo de todas ellas late algún problema social por resolver.

Hay páginas del libro en las que el Sr. Puigdollers se muestra soñador excelente; díganlo por mí aquella poética visión de las brujas en el desfiladero de *Coll de Gats*, aquel ensoñar en el que vé á las ondinas del lago «robando con sus cabellos oscuros los verdosos reflejos de las aguas»; aquella aparición, en fin, de la «grandiosa figura de lo Eterno» sobre la cumbre de alta montaña, al declinar el día.

Pero de estos sueños despiertan al autor las voces de la vida: el entierro de un niño cruzando una llanura, el hambre de un trabajador que no trabaja, y ¿para qué enumerarlas? todas las miserias con que puede tropezarse en el camino que separa Barcelona de la frontera, camino de vida al fin.

Hace también el Sr. Puigdollers con gran maestría las descripciones de los lugares por donde va pasando; coloca en el paisaje las figuras y los objetos con experiencia de gran componedor, y luego los entona con pincelada franca y justa.

Es la edición de «Por los Pirineos» un alarde de buen gusto, y el libro va ilustrado por el Sr. Casas Abarca, dos veces artista: dibujante y fotógrafo, y maestro en estos dos procedimientos de copiar la vida.

MIGUEL A. RÓDENAS

NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖

EN la *Revue Bleue*, Paul Flat da cuenta de la última producción de Mauricio Maeterlinck, *Joyzelle*, cuento de amor en cinco actos. «¡Oigamos la música!», había dicho Shakespeare en la última y verdaderamente divina escena del *Mercader de Venecia*. Traducida esta exclamación del gran poeta al lenguaje moderno, es una confesión de impotencia que quiere decir: Desde este momento cesa mi potestad; la lengua que hablo es inhábil para traducir lo que siento. Esta, que es una de las más altas afirmaciones de la estética contemporánea, es también una frase grata á Maeterlinck. Su obra es una poesía musicalmente comentada.

Sin embargo, Flat disputa mucho terreno á la música. En otra ocasión lamentó que la obra de Maeterlinck fuese demasiado propicia á las anotaciones ó comentarios musicales. Llegó á hablar de la *inutilidad de la música en ciertos casos...* lo cual, Sr. Flat, es casi un pecado contra el Espíritu-Santo.

A propósito de la nueva obra que ha estrenado en el Gimnasio el gran dramaturgo belga, no es menos severo «Cualquiera que sea la admiración sentida por el talento literario de Mauricio Maeterlinck, hay que rendirse á la evidencia y, sobre todo, decir la verdad, cueste lo que cueste. A lo más, lo que nos trae la realización de una obra como esta es una gran enseñanza; las ideas generales que expone tocan te al arte y á su porvenir es lo único que no se puede precisar.»

En cuanto á nosotros, expositores, limitémonos á reproducir lo que el mismo autor dice de ella y lo que su argumento nos enseña.

«Mi obra—ha dicho Maeterlinck—es el triunfo de la voluntad y del amor sobre la Fatalidad... y Joyzelle es un sér de espontaneidad, de vida, de gracia, de amor, que triunfa de todos los obstáculos.» Tal es la idea maestra y directora del poeta; tal el símbolo que se trata de concretar y hacer sensible á nuestro intelecto por la fabulación dramática. La voluntad que guía la obra es la del encantador Meriín, que da lugar al drama y dispone *ad libitum* los acontecimientos. Lanceor, su hijo, no será feliz, no conseguirá el cúmulo de felicidad que desea si no es amado de una mujer y si no obtiene de ella algún favor de esos que la realidad no suele dar. «Un amor heroico, dice, más dulce que una flor... un amor que lo recibe todo y da más de lo que recibe, que no vacila jamás, que nunca se engaña, que por nada se desconcierta ni rebaja, que no oye ni ve más que una felicidad misteriosa, invisible á todos los demás, que lo comprende todo, á través de todas las formas y depuraciones, que,

sonriendo, avanza hacia el crimen para reivindicar esa felicidad.» Tal es el ideal que Merlín se ha trazado y quiere conseguir para su amado hijo. Lanceor ha encontrado á Joyzelle, la virgen adorable de un seductor encanto. Pero esta Joyzelle, ¿será el alma rara que imagina y anhela Lanceor? Para saberlo, tiene que sufrir las pruebas que el encantador Merlín dispone en torno de e los como otras tantas redes traidoras. Lanceor no conoce á su padre, y Merlín se convierte en rival de su propio hijo. Finge una pasión ardiente por la joven. Por otra parte, le suscita una rival, ante la cual Lanceor, olvidando sus antiguos amores, se arrodilla, á vista de la misma Joyzelle... Pero éste no quiere fiarse de sus ojos, y perdona á su amante. Aquí tiene lugar una escena muy bella y vigorosa, donde el poeta, discípulo de Shakespeare, hace sensible por la ficción dramática esta alta verdad: que el amor elevado, el de las Desdémonas y los Miranda, sólo cree en su realidad interior y rechaza enérgicamente los fenómenos sensibles que vienen á contradecirla. A despecho de estos obstáculos, Joyzelle persevera en su pasión. Entre las pruebas impuestas á la joven, la más ruda es aquella en que Joyzelle, no teniendo más que volver la cabeza para sorprender la traición de Lanceor, no quiere hacerlo y se aleja, para no retener en sus ojos tan terrible visión.

A pesar de toda su fuerza dramática y la riqueza poética de su léxico, concluye Flat, los sentimientos, las emociones que Maeterlinck quiere traducir á lenguaje humano, son tan irreales, tan perfectamente contrarios á los que ordinariamente nos presenta la Vida, que dan en ciertas ocasiones la sensación de una retórica fría y rebuscada...

LEYENDO el diario inédito de Barbey D'Aurevilly, que *La Renaissance latine* publica, se figura uno á aquel buen hombre soltando alguna de esas frases impensadas, fulgurantes de originalidad y sublimes en fuerza de ser absurdas. Alguien lo describe entre un círculo de mujeres extáticas—porque, ¿á qué iban las mujeres hacia él, sino en busca de aquel género de placer que Juan Jacobo esperaba hallar por la noche en las puertas de Turin?—con el torso bélicamente proyectado hacia adelante y la espalda apoyada en la chimenea, pulverizando á Richelieu, «ese vulgar cardenal» que dudaba en tomar la Rochelle, como Bismarck en 1870 dudaba en poner la corona imperial sobre la cabeza de su antiguo señor; acoplando á San Luis y Robespierre—San Luis y Robespierre, ¡oh, maestro!—Perfectamente, señora, los dos son espíritus metafísicos; ó bien diciendo mal de los periódicos: «Los periódicos son los caminos de hierro de la mentira». Este *Memorandum* es una curiosa relación de los acaecimientos cotidianos más mínimos. Y es verdaderamente notable la elegancia y fluidez con que apunta sus impresiones que darían náuseas, á causa de su insignificancia, contadas por otro que no tuviera el talento de Barbey D'Aurevilly.

A propósito de una aventura amorosa, escribe: «Supe que una mujer que me detestaba por mi aire altivo, ha cambiado veleidosamente en sus sentimientos respecto á mi persona, y que ahora... ¡Mía fe! Los antiguos tienen razón: *Varium et mutabile*. En verdad, en verdad, que tratándose de mujeres, creo en el influjo de la luna.» O hablando de un cierto amigo suyo, hace frases como estas: «Lo he sorprendido en el lecho, narcotizado y bestializado por su indigno humo tabacoso, á treinta y seis grados bajo cero de su inteligencia ordinaria.» Y de otro, á quien le han presentado, dice: «Me encuentra demasiado ultramontano y *paradoxal*, palabra que llegaré á detestar.» Después de leer á Richelieu, un claro día de Junio, se le ocurre este pensamiento: «La diferencia que hay entre un hombre superior y un hombre ordinario y hasta distinguido, es que el primero vale siempre más por el instinto, y el segundo por la reflexión. La reflexión no es, pues, una prueba de superioridad intelectual: es solamente una buena costumbre. Hay en los hombres superiores algo más *inmediato*, y que todos los esfuerzos de la reflexión, por enérgicos que sean, no pueden reemplazar.»

EN la bien escrita revista española *Sophia*, representante del teosofismo en la Península, encuentro un docto estudio de Rafael Urbano sobre el Misterio, que forma parte de una obra preparada por el desconocido filósofo ibérico. Verdaderamente es vergonzoso que haya constantemente que llamar la atención sobre estos silenciosos cortejadores de la Ciencia, que trabajan en la penumbra de sus gabinetes. Urbano, en este artículo, comienzo y vislumbre de algo que será muy grande, se revela como filósofo de alta alcurnia intelectual, erudito y pensante, sin abrumadora amalgama de citas ni afectados y sentenciosos apotegmas de abstrusismo. Examina primeramente el mal que nos corroe en lo hondo del espíritu: el temible misterio que mina sordamente nuestras almas viejas y cansadas de vivir. Analiza la aspiración latente del arte nuevo, que no es sino la penetración de ese misterio que tanto nos preocupa. Así observa que, siendo antes el arte la sintetización de toda una vida espléndida bajo un sol de oro, en nuestro tiempo ama la luz crepuscular y amortiguada, la sombra, que es, para nuestros ojos blandos, deslumbramiento supremo. «Antes se moría de insolación regando en los trigales las doradas mieses; hoy se muere de tedio detrás de las vidrieras de la sala señorial, á la luz atenuada y tibia que tamizan los encajes de Brujas y Valentinis ó la persiana de nipa.» De aquí arranca, en sentir del articulista, la angustiosa imprecisión y la ezoarquía estética que nos caracteriza. Este mal viene del temor al misterio; es hondo é impenetrable como él. Concluye este fragmento de un estudio, que esperamos ansiosos, con la bella frase que tira á paradoja: «Nuestra superstición, las supersticiones de todos, sean lo que sean, merecen llo-

rarse cuando se pierden, con el mismo dolor con que Juan Pablo se lamentaba de haber perdido las suyas. Porque la superstición es una lámpara de luz divina, menos aún, una chispa de fuego que sirve para orientarnos en el origen de la Ciencia, de la Poesía y del Derecho.»

EN *La Revue Blanche* publican dos imperturbables poemas de Jarry que trasudan un abrumador lirismo científico. Así, por ejemplo, en un *madrigal*, dice que

La boue á peine a baisé la chassure
De votre pied *infinitesimal*.

y en el *Bain du Roi*:

Et couvert de son ventre ainsi que d'un égu
Il va. La redondance illustre de son cul
Affirme insuffissant le caleçon vulgaire
Oú son portraiture en or, au naturel
Par sa derrière un peau rouge au sentier de la guerre
Sur un cheval, et par devant la tour Eiffel.

Señores, ¿no les parece á ustedes que esto es abusar un poco de la retórica y de la fisiología?

EN el último número de *La Critique*, Emilio Straus examina la última producción de Octavio Mirbeau, el célebre autor de *Les Mauvais Bergers*. Al concienzudo crítico parisién, parécenle *Les Affaires sont ies Affaires* una obra floja, inconstante y, en resumen, muy mala. Comenzando por el título, que es traslación mal hecha al francés del *Business are Business* de los ingleses, hasta el fondo de la obra, horriblemente melodramático, pasando por el lenguaje grosero y por la fabulación pesada, difusa é incongruente, todo le parece detestable en la comedia recientemente estrenada. El *Sic vos non vobis* del mantuano, reza en esta ocasión con Octavio Mirbeau. Hay en *Les Affaires sont les Affaires* algo de *El Honor*, de Sudermann, de *Maître Guerin* y de *La Poigne*. Para que no se le juzge parcial y sañudo en demasía, confiesa que el asunto abordado por Mirbeau era escabroso, y el tipo principal, difícil de llevar á la escena. Además, esta comedia, tan aplaudida por el ignaro aunque respetable público, pretendiendo presentar á nuestra consideración el negociante febril del siglo XX, nos trae, inevitablemente, á la memoria el tratante del siglo XVIII, el Turcaret de Lesage. Hay en esta obra, á pesar de todos sus intolerables defectos, justeza de observación en lo que al protagonista atañe. Resumamos el juicio que merece la nueva producción de Straus: «Una inaguantable *pochade*, ejecutada á golpes de raso por el ordinario historiógrafo de las camareras.»

❖ ❖ HELIOS ❖ ❖

❖ AÑO I ❖ TOMO I ❖

❖ ❖ ❖ 1903 ❖ ❖ ❖

ÍNDICE DE AUTORES

	<u>Páginas.</u>
EDMUNDO ABEL	
De Arte.....	99 y 228
FRANCISCO ACEBAL	
Misericordia.....	274
ALVARO DE ALBORNOZ	
Evolución del socialismo..	213
Los libros.....	374
S. Y J. ALVAREZ QUINTERO	
El cuento de la hechicera.....	145
MIGUEL ALVAREZ RÓDENAS	
Los libros.....	248 y 502
JACINTO BENAVENTE	
La noche del sábado.	21
R. B. CUNNINGHAME GRAHAM	
El esqueleto del Caney.....	186
DON RAMÓN DE LA CRUZ	
El teatro por de fuera.—Sainete inédito.....	412
ANGEL GANIVET	
Epistolario.....	257
PEDRO GONZALEZ-BLANCO	
¡Margaritas ad!.....	46
Jacinto Benavente.....	129
Sobre la maravillosa filosofía del silencio... ..	426
Los libros.....	118, 247, 377 y 500
HELIOS	
Glosario del mes.....	92, 221, 351 y 461

	<u>Páginas.</u>
JUAN R. JIMENEZ	
† Arias tristes.....	15
La corneja.....	173
Páginas dolorosas.....	303
Paisajes.....	401 403
Los libros..... 116, 246, 250, 380 y	497
 MAURICIO LOPEZ-ROBERTS	
El porvenir de Paco Tudela 69, 200, 312 y	449
 J. L. R.	
Juan de Avila (?) etc.....	363
 ANTONIO MACHADO	
† Poesías.....	398
 MANUEL MACHADO	
Poesías.....	271
 MAURICIO MAETERLINCK	
Lo Porvenir.....	81
 J. MARTINEZ RUIZ	
† Una impresión de Góngora.....	358
 G. MARTINEZ SIERRA	
Peregrino ..	35
La monja maestra.....	153
Querol, Benlliure, Blay.....	364
Galdós.....	401
Los libros..... 249 y	500
 MARGARITA MARÍA DE MONTERREY	
Fémina..... 110, 241, 370 y	492
 J. M. N.	
Los libros.....	251
 F. NAVARRO LEDESMA	
Del pobre Don Luis de Góngora.....	477 - <i>leído</i>
 F. M. TORNER	
Los libros.....	376
 CARLOS NAVARRO LAMARCA	
De Quincey.....	57
Juan Pablo Federico Richter.....	165
Nathaniel Hawthorne.....	337
Con motivo de una refundición del «Hamlet»...	481

	<u>Páginas.</u>
RAIMUNDO DE PEÑAFORT	
Información literaria.....	104 y 233
RAMÓN PEREZ DE AYALA	
La aldea lejana.....	5
Sonetos y redondelas.....	138
Una aventura del Padre Francisco.....	286
Los libros.....	120 y 252
SANTIAGO PÉREZ TRIANA	
Apuntes internacionales.....	193 y 468
El testamento político de Cecil Rhodes.....	323
HENRI DE REGNIER	
El visitante.....	220
JORGE RODEMBACH	
Campanas del Domingo.....	80
SALVADOR RUEDA	
A. Querol.....	199
SANTIAGO RUSIÑOL	
Hojas de la vida.....	64
J. RUIZ-CASTILLO	
Afición taurina de las Cortes del siglo XVI.....	444
EMILIO SALA	
El color.....	41, 179, 295 y 437
MIGUEL DE UNAMUNO	
Sobre Góngora.....	475
JUAN VALERA	
Sobre el regionalismo y la centralización.....	385
PAUL VERLAINE	
Poesías.....	349
ANTONIO DE ZAYAS	
Góngora.....	359

rebadado

ÍNDICE POR MATERIAS

Crítica.

La aldea lejana. Con motivo de la aldea perdida, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	5
De Quincey. «El vuelo de los sueños», por <i>Carlos Navarro Lamarca</i> ..	57
Jacinto Benavente, por <i>Pedro González-Blanco</i>	129
Juan Pablo Federico Richter. «Fixlein y Blümens-tuck», por <i>Carlos Navarro Lamarca</i>	165
Novelistas norteamericanos. Nathaniel Hawthorne, por <i>Carlos Navarro Lamarca</i>	337
Galdós, por <i>G. Martínez Sierra</i>	401
Con motivo de una refundición del «Hamlet», por <i>Carlos Navarro Lamarca</i> ..	481

Poesía.

Arias tristes, por <i>Juan R. Jiménez</i>	15
Sonetos y redondelas, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i> ...	138
Soneto, por <i>Salvador Rueda</i>	199
Poesías, por <i>Manuel Machado</i>	271
Poesías, por <i>Antonio Machado</i>	398
Paisajes, por <i>Juan R. Jiménez</i>	401

Teatro.

La noche del sábado.— <i>Novela escénica, cuadro quinto</i> , por <i>Jacinto Benavente</i>	21
El cuento de la hechicera.— <i>Entremés</i> , por <i>S y J. Alvarez Quintero</i>	145
Misericordia.— <i>Drama</i> , por <i>Francisco Acebal</i>	274
El teatro por fuera.— <i>Sainete inédito</i> , de <i>Don Ramón de la Cruz</i>	412

Novela.

¡Margaritas ad!..., por <i>Pedro González-B'anco</i>	46
La monja maestra, por <i>G. Martínez Sierra</i>	153
La corneja.—De un libro de recuerdos, por <i>Juan R. Jiménez</i>	173
Una aventura del padre Francisco, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	286
Sobre la filosofía maravillosa del silencio, por <i>Pedro González-Blanco</i>	426
El porvenir de Paco Tudela, por <i>Mauricio López Roberts</i>	69, 200, 312 y 449

Epistolario.

De <i>Angel Ganivet</i>	257
-------------------------------	-----

Poemas en prosa.

Peregrino, por <i>G. Martínez Sierra</i>	35
Hojas de la vida, por <i>Santiago Rusiñol</i> ..	64
Páginas dolorosas, por <i>Juan R. Jiménez</i>	303

Sociología, Política, Historia.

Apuntes internacionales. El ukase del Zar, por <i>S. Pérez Triana</i>	193
Evolución del socialismo, por <i>Alvaro de Albornóz</i> ...	213
El testamento político de Cecil Rhodes, por <i>Santiago Pérez Triana</i>	323
Afición taurina de las Cortes del siglo XVI, por <i>J. Ruiz Castillo</i>	444
Apuntes internacionales.—El novísimo derecho divino, por <i>S. Pérez Triana</i>	468

Pintura.

El color, por <i>Emilio Sala</i>	41, 179, 295 y 437
----------------------------------------	--------------------

Letras extranjeras.

Campanas del domingo, por <i>Georges Rodembach</i>	80
Lo porvenir, por <i>Mauricio Maeterlinck</i>	81
El esqueleto del Caney, por <i>R. B. Cunnigame Graham</i>	186
Juegos místicos y divinos. El visitante, por <i>Henri de Regnier</i>	220
Poesías, por <i>Paul Verlaine</i>	349

CRÓNICA

<u>Glosario del mes</u>	92, 221 351 y 461
--------------------------------------	-------------------

De arte.

Por <i>Edmundo Abel</i>	99
El frontón del Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, por <i>Edmundo Abel</i>	228
Academia libre	231
Juan de Avila (?) Retrato del Greco que se conserva en el Museo provincial de Toledo, por <i>J. L. R</i> ...	363
Querol, Benlliure, Blay, por <i>G. Martínez Sierra</i> ...	364

Información literaria.

El humanismo.—En el fondo, nuevo drama de Gorki, por <i>Raimundo de Peñafort</i>	104
Literatura afgana. Khouchal Khan, por <i>Raimundo de Peñafort</i>	233
Una impresión de Góngora.—Las bellaquerías, por <i>J. Martínez Ruiz</i>	358
Góngora, por <i>Antonio de Zayas</i>	359
Sobre Góngora, por <i>Miguel de Unamuno</i>	475
Del pobre Don Luis de Gongora, por <i>F. Navarro Ledesma</i>	477

	<u>Páginas.</u>
<u>Fémina.</u>	
por <i>Margarita María de Monterrey.</i>	
La misión del artista.....	110
El dinero en el matrimonio	112
Corazones de mujer.....	114
La poetisa polaca María Konopnitcka..	241
De la influencia social del celibato sobre el feminis- mo. Capacidad política de la mujer.....	370
Matilde Serao.....	492
<u>Los libros.</u>	
Peregrinaciones, por <i>Ruben Darío</i>	116
Nietzsche et l'inmoralisme, por <i>Alfredo Fouillée</i>	118
Vus du dehors, por <i>Max Nordau</i>	119
Retratos antiguos, por <i>Antonio de Zayas</i>	121
Las canciones de la sombra, por <i>Pedro de Répide</i> ...	131
Corte de amor, por <i>Ramón del Valle-Inclán</i>	246
Schopenhauer's system in its philosophical significan- ce, por <i>William Caldwell</i>	247
—Cañas y barro, por <i>Vicente Blasco Ibáñez</i>	248
Los duendes de la camarilla por <i>B. Pérez Galdós</i> ...	249
Les persecutés mélancoliques, por <i>Gaston Lalanne</i> ..	249
Odios, por <i>R. Sánchez Díaz</i>	250
Mariano José de Larra, por <i>Enrique Piñeyro</i>	251
Alma nómada, por <i>Angel de Estrada</i>	252
Poemas breves, por <i>J. Ortiz de Pinedo</i>	253
Théorie de la valeur, por <i>Christian Cornélissen</i>	374
L'enseignement des sciences sociales, por <i>Henri Hausser</i>	375
—El mayorazgo de Labraz, por <i>Pío Baroja</i>	376
Lo inconsciente, por el <i>Dr. Coste</i>	377
Los misterios del horóspoco, por <i>Ely Star</i>	378
The idea of god, por <i>Pablo Carus</i>	379
Canciones de la tarde, por <i>J. Sánchez Rodríguez</i> ...	380
—Antonio Azorín, por <i>J. Martínez Ruiz</i>	497
Soledades, por <i>Antonio Machado</i>	499
Sombras de vida, por <i>Melchor Almagro</i>	500
Visto y soñado, por <i>Luis Valera</i> , marqués de Villa- sinda	500
Por los Pirineos, por <i>J. Puigdollers Maciá</i>	502
<u>Notas de algunas revistas.</u>	122, 254, 382 y 503
<u>Nuestro salterio.</u>	127